Atrévete a Esposarme



M.R.Flower

Atrévete a esposarme

Titulo Original: Atrévete a Esposarme

Editor original: Autopublicada.

1ª edición:

Copyright ©

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Publicado por : Kindle Direct Publishing

Imagen: Canva, Freepik

Instagram: @rosmary_flower

www.amazon.es

ISBN: 979-83-25718-21-2

Para mi fan número uno, que no se pierde ni uno solo de mis libros.

Te quiero mamá.



Capítulo 1

Gema tenía una cosa clara en la vida; nunca se había enamorado. Tuvo novios, varios de hecho, y encuentros fortuitos en los cuales hubo mucho deseo y buen sexo. Pero nunca sintió esa chispa, aquello de lo que, por ejemplo, su socio y amigo Michael le describía cuando hablaba de Emma, su mujer. Cuando hablaba de ella, su rostro se iluminaba de una forma especial, su sonrisa se ensanchaba y todo en su cuerpo hacía ver que estaba loco por ella. En cambio, Gema jamás llegó a sentirse así. A sus treinta y seis años no había sentido esas *mariposillas* por ningún hombre. Meditaba sobre ello mientras iba en su coche camino a su empresa.

Ahora, siendo la vicepresidenta de una de las multinacionales más importantes del país, lo tenía todavía más complicado. Siempre que un hombre se le acercaba, nunca sabía si lo hacía por ella misma o por su fama y fortuna. Dudaba de las intenciones del susodicho y acababa echando por tierra cualquier tipo de relación que pudiese tener con esa persona.

Si hace tan solo doce años, cuando trabajaba de camarera para cuidar de sus hermanos, mientras se sacaba la carrera de ingeniería mecánica, le hubiesen dicho que acabaría yendo a su empresa, en un Porshe Cayenne, gris metalizado, último modelo, y enfundada en un traje de dos piezas, de falda de tubo y *blazer* rojo, con camisa blanca y tacones, todo de Prada, se habría reído escéptica en la cara de quién se lo dijese.

Y ahí estaba; el coche, uno de ellos, la ropa, el apartamento de lujo en un edificio espectacular, en la mejor zona de la ciudad, los viajes adonde quisiese ir en los hoteles más caros y bonitos del mundo...

Todo, por una simple palabra; sí. Cuando aceptó montar un taller a medias con Michael, no imaginó nunca hasta donde llegarían. A día de hoy, todavía no se lo podía creer. La gran red de talleres que habían montado y las sedes repartidas por el mundo; España, Estados Unidos, Portugal, Reino Unido, Francia, Italia, ...

Recordaba aquella conversación de hacía años, cuando todo empezó:

—Michael, no tengo dinero para montar un taller—. Le había dicho de pie en la terraza del bar

donde ella trabajaba, mientras le servía un café con leche, que él le había pedido previamente. Ella llevaba el pelo rubio recogido en una coleta, una camiseta de manga corta, unas mallas negras y unas deportivas blancas, gastadas por el pasar de los años, que se le habían quedado pequeñas a su hermano menor.

—No te lo estoy pidiendo —aseguró Michael instándola a que se sentara. Ella denegó el ofrecimiento, ya que, estaba en horario laboral. Él no era rico, pero, por suerte, nació en el seno de una familia de clase media y nunca le faltó de nada—. He pedido un préstamo, mi padre nos va a avalar. Mi tío quiere darme su taller y he pensado en hacerle unas mejoras. Ser mecánico es mi sueño y sé que el tuyo también. Quiero que nos asociemos, que lo llevemos juntos y que todas las decisiones que tomemos sean de los dos.

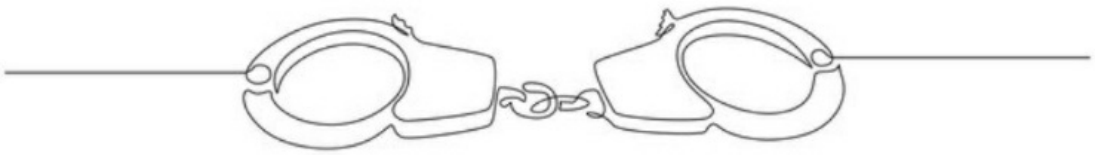
—Bueno, puedo trabajar para ti —sugirió Gema como alternativa.

—Quiero una socia, no una empleada —puntualizó Michael mirándola con sus ojos color avellana.

Tras aquella conversación, Gema lo meditó durante días. Hasta que, al fin, soltó la bandeja del bar en la barra y lo llamó para decirle que aceptaba. Los primeros meses no fueron fáciles, el trabajo era duro y los beneficios eran mínimos, pero poco a poco fueron subiendo hasta los grandes empresarios que eran hoy en día.

El cambio que había dado su vida era increíble, iba camino de la empresa para hablar con Michael de unos informes antes de irse de vacaciones. Su vuelo a Italia salía el domingo y estaba deseosa de desconectar de la rutina.

Decidió aparcar en el aparcamiento de carga y descarga que estaba justo en frente de la sede. No iba a tardar más de cinco minutos en hablar con él sobre las nuevas características de los neumáticos y los nuevos elevadores para examinar los coches, que eran más seguros para evitar accidentes entre los empleados. Salió del vehículo y entró a paso rápido en la sede.



Instantes antes, en una cafetería cercana, dos hombres, uniformados de policía, charlaban tranquilamente mientras disfrutaban de un buen café en su hora de descanso.

—¿Vas a venir a ver el partido de fútbol mañana por la noche? —preguntó Agus, a su compañero y amigo, Thiago.

Agus, como lo llamaban sus amigos y conocidos, tenía el pelo negro y los ojos de un marrón muy oscuro. A sus cuarenta y tres años ya se notaba que empezaba a perder pelo. Aunque todavía conservaba su atractivo de años atrás.

Thiago era más joven, con treinta y ocho años de edad, tenía el cabello castaño bastante grueso, corto y peinado hacia atrás, sus ojos eran de un azul muy intenso. Estaba más en forma debido a que nunca dejó la disciplina que le enseñaron cuando estuvo en la academia y que era bastante dura.

—La verdad es que me encantaría. —respondió este dando un sorbo a su café—. Pero no puedo.

Mañana es mi cumpleaños y voy a casa de mis padres para celebrarlo. Se han empeñado en hacerme una fiesta, como si tuviera cinco años.

Rio al pensarlo. Adoraba a sus padres, pero desde que nació su sobrino, el pequeño Óscar, hijo de su hermano Óscar y su novia Eli, cualquier excusa era buena para reunir a toda la familia. Hasta su hermano Héctor estaba empezando a inventarse historias para poder escaquearse de alguna que otra reunión.

A decir verdad, Thiago sentía debilidad por su sobrino. Quería con locura a ese pequeño, le encantaba pasar tiempo con él y sabía que, para el niño, él también era su tío favorito. Tenía poco más de un año de edad, pero en cuanto lo veía corría como podía con sus pequeñas piernecitas hasta él para que lo cogiese en brazos y lo lanzase hacia arriba como tanto le gustaba.

—¡Es verdad! Mañana es tu cumpleaños. —afirmó su compañero—. Te pediste el día libre la semana pasada para pasar tiempo con los tuyos. Disculpa tío, no me acordaba. Felicidades adelantadas por si no te veo mañana.

—Gracias, amigo —sonrió Thiago.

Agus miró su cartera para pagar lo que estaban tomando.

—Oye, ¿tienes algo suelto? —se dirigió a Thiago—. Es que solo tengo un billete de cincuenta euros y no quiero cambiarlos. Te pago en cuanto te vea.

—No te preocupes, hoy invito yo. —Thiago sacó su cartera del bolsillo trasero y puso un billete de diez euros en la mesa, a la espera de que el camarero les diese el cambio.

De pronto, su amigo miró hacia fuera del establecimiento, algo había llamado su atención.

—Menudo monumento se acaba de salir de ese pedazo de coche ¿La has visto? —dijo impresionado, sin parar de mirar a aquella mujer.

Thiago alzó la vista, mirando hacia donde su amigo le había indicado. Una chica bastante bonita, vestida de forma muy elegante, con el pelo rubio suelto, estaba comprobando que su coche estaba bien cerrado. Nada más verla, Thiago pensó que estaba bastante buena, pero que seguramente sería la típica tía con aires de grandeza.

—Es una pija ¿No la ves? —afirmó Thiago—. Lo único que yo veo es que ha aparcado en carga y descarga, y no veo que vaya a descargar nada.

—A lo mejor va a cargar algo. —rio Agus—. Vamos, admite que, pija o no, es un bombón de mujer.

—Lo es, pero seguro que tiene al típico marido multimillonario que le da todos los caprichitos que quiere y que busca un amante cada vez que puede.

—A mí no me importaría ser su amante. —Agus se encogió de hombros —. Con mucho gusto le daría como cajón que no cierra.

Thiago soltó una carcajada al oír a su amigo.

—¿Te conformarías con eso? —preguntó Thiago—. ¿Con ser uno más en su lista?

Agus lo pensó unos instantes.

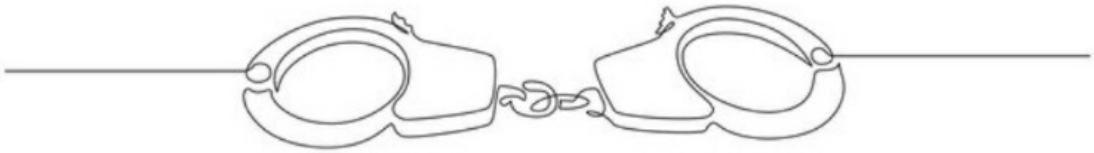
—Bueno, esperaría no enamorarme de ella, aunque, solo con verla, ya he tenido un flechazo.

—¡Hum! ¿Y qué harías con tu mujer y tus dos hijas?

—Sí, eso es un problema. —Fingió pensarlo.

—Anda, déjate de líos, que como Soraya se entere, te corta los huevos y se los da de comer a los perros de la comisaría.

Los dos rieron dando un sorbo a sus respectivas tazas.



Mientras tanto, en la sede, Gema subía hasta la última planta por el ascensor con la Tablet en la mano. Una vez salió de este, pasó de largo su despacho, directa al de Michael. Ambas estancias eran idénticas y estaban una al lado de la otra. Tenían incluso el mismo mobiliario, sencillo y moderno, en el que predominaban los tonos grises y blancos. Él no estaba allí, solo su chaqueta descansaba en la silla de su mesa, se acercó al ordenador y comprobó que estaba encendido. Habría salido unos instantes. Esperó unos minutos, pero al ver que no aparecía decidió buscarlo ella misma. Pasó por todas las oficinas de la planta, varios empleados trabajaban sin parar, pero Michael no estaba con ninguno de ellos. Quizás estaría en alguna de las plantas inferiores, volvió a su despacho y cogió el móvil de su bolso para llamarlo.

Un sonido junto con una vibración se oyó desde la chaqueta de Michael. Se había dejado el teléfono allí, no entendía nada.

Carlos, el asistente de Michael, pasó por la puerta por pura casualidad.

—Carlos, —lo llamó Gema. Este, al escuchar su voz, entró en la oficina saludando a Gema, esta le correspondió el saludo antes de preguntar—, ¿Sabes dónde está Michael? Necesito hablar con él.

—Michael... está... ha ido a hacer unas copias al cuarto de fotocopias.

—¿Seguimos teniendo cuarto de fotocopias? —preguntó extrañada, estaban intentando crear una empresa sostenible con el medioambiente e intentaban usar el menor papel posible. A todos sus empleados se les proporcionaba una Tablet para los distintos documentos y trabajos que tuviesen que hacer y todo se mandaba por email— ¿Y no tenemos a un becario que se encarga de esas cosas?

Carlos se quedó mirándola pensativo sin saber qué decir. Fue a abrir la boca, pero, al momento, la volvió a cerrar.

—Gema, discúlpame, pero tengo que ir a... a hacer una cosa urgente. — Salió disparado antes de que ella le preguntase algo más.

Gema se quedó atónita, preguntándose qué narices estaba pasando en su empresa. Solo llevaba tres días de vacaciones y el personal parecía que se había vuelto loco.

Michael apareció justo cuando ella estaba a punto de ir a su oficina para ver si averiguaba algo.

Tuvo que mirar para otro lado al ver el aspecto desaliñado de su socio.

—Gema, ¿qué haces aquí? ¿No te habías tomado unos días libres?

—¿Se puede saber, qué cojones estabas haciendo en el cuarto de fotocopias y con quién? —ella no quiso responder a su pregunta, estaba más intrigada y enfadada, por lo que era evidente que hacía su amigo cuando ella no estaba.

—Yo... solo fui a hacer unas... copias para... — Michael no sabía qué decir, se peinó con la mano su pelo rubio oscuro con nerviosismo.

—Michael, no me mientas. —le acusó ella —. Tienes los botones de la camisa mal puestos, barra de labios en el cuello y, lo que es peor, llevas la bragueta abierta. Creo que, copias no es precisamente lo que estabas haciendo. Dime que, por lo menos, Emma está por aquí.

Emma entró de golpe en la oficina intentando colocarse bien la falda negra que llevaba puesta.

—Sí, Gema, estaba conmigo. —la tranquilizó ella. Michael la fulminó con la mirada —. ¿Qué? Es evidente que nos ha pillado, por lo menos que no piense que me pones los cuernos con alguna chica de la empresa. Me tengo que ir, se me ha pasado la hora del desayuno y tampoco quiero quedarme para la bronca que Gema está a punto de echarte. Nos vemos, Gema.

Emma le dio un beso rápido a su marido en los labios antes de salir disparada hacia el ascensor.

—Cobarde —susurró Michael entre dientes.

—¿Se puede saber desde cuándo pasa esto en la oficina? —Gema se cruzó de brazos, muy enojada.—. Michael, tenemos que dar ejemplo, joder.

—Esto... no sabría decirte exactamente. Podría decirse que concebimos a nuestra hija una de esas veces. —Agachó la cabeza, avergonzado.

Gema abrió los ojos sorprendida con la respuesta de su amigo. Justo en el momento en el que iba a protestar, Marcos entró por la puerta para hablar con Michael.

—¡Gema! ¿Tú no estabas… —empezó a decir Marcos.

Marcos era el abogado y consejero de la empresa, aparte de ser un buen amigo, tanto de Michael como de Gema. Era dos años menor que Michael y ella, tenía el pelo castaño y los ojos verde oscuro.

—Él también lo hace —lo interrumpió Michael para intentar librarse de la regañina de ella—. En más de una ocasión también, de hecho.

Gema le lanzó una mirada a Marcos que provocó que este se asustase.

—¿Qué es lo que hago exactamente? —preguntó Marcos sin entender. Se empezó a dar cuenta del aspecto de Michael.

—Tirarte a tu mujer en horario laboral —soltó Gema de golpe.

Marcos no supo qué decir, una mezcla de vergüenza y asombro cruzó su rostro.

—Esto... bueno, tal vez en alguna ocasión. Pero ha sido algo muy puntual —quiso justificarse.

—Lo siento, Gema, de verdad. —dijo Michael, avergonzado, subiéndose la cremallera del pantalón—. Es que, desde que nació Julia, llevamos mucho tiempo sin... En fin y es que no lo he podido resistir.

—Existen los hoteles, ¿sabes? —ironizó Gema, para luego añadir—. Y las niñeras.

—Emma no quiere niñera, dice que un hijo debe criarse con su padre y con su madre. Adoro a mi hija, pero me está jodiendo la vida sexual.

—Para mí también es complicado tener intimidad en casa con los niños —empezó a decir Marcos.

—¡Venga ya! —lo interrumpió Michael—. Según Sarah, tu hija, Abigail, es un cielo que se queda dormida nada más tocar la almohada y Manuel es todo un hombrecito que, además, se queda dos semanas al mes en casa de su padre ¿Sabes la de tiempo que hacía que no tocaba a Emma? Te aseguro que esa niña tiene un radar para mis erecciones. Cada vez que me pongo cachondo o me acerco a mi mujer, viene corriendo a meterse en nuestra cama porque tiene miedo y yo me quedo más caliente que...

—¡Basta, Michael, por favor! —Gema levantó la mano para que parase—. De verdad que me importan muy poco tus erecciones, estamos en el trabajo y somos los jefes. Tenemos que dar ejemplo a los trabajadores.

Gema se sintió como una madre regañando a dos niños pequeños.

—Tienes razón, no ha estado bien por nuestra parte. —añadió Marcos. Michael estuvo de acuerdo con él— No volverá a ocurrir. A partir de ahora las relaciones conyugales se harán fuera de estas oficinas.

Michael asintió sin muchas ganas.

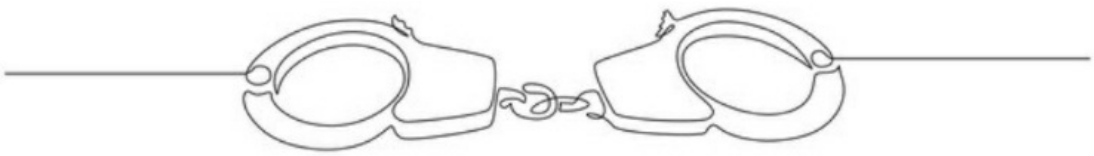
—Bien. —Gema, más calmada, levantó las manos para que aquella conversación acabase—. Venía a hablaros sobre unas mejoras que quería hacer en los talleres y algunos detalles más. Quería dejarlo todo bien atado antes de irme a Italia el domingo. Michael, el viernes por la noche estoy libre. Si quieres tener una cita con Emma, puedes traerme a tu hija unas horas sin problemas. Julia me conoce y no creo que no quiera estar conmigo. Puede estar en mi casa el tiempo que desees, me encantará pasar tiempo con la pequeña.

—¿Estás segura? —un hilo de esperanza se vio reflejado en la mirada de Michael—. Es decir, no sé si Emma aceptará y no quiero molestarte tampoco.

—Te lo estoy ofreciendo yo. —afirmó convencida—. Te aseguro que no me importa para nada quedarme con la niña. Será divertido, un plan de viernes diferente, tanto para vosotros como para mí.

Michael hizo un gesto de triunfo que provocó que, tanto Marcos como Gema, riesen.

—Y ahora, por favor, vamos a hablar de trabajo —finalizó ella.



Tras todo el incidente y la consiguiente conversación de las nuevas mejoras en las instalaciones, Gema salió de nuevo a la calle. Se sentía como si hubiese tenido una larga jornada laboral en lugar de hablar unos minutos con sus compañeros.

Se puso las gafas de sol, que sacó del bolso, y caminó hacia su coche para volver a su casa. Frente a su coche, de espaldas a ella, un hombre con uniforme de policía parecía estar anotando algo en un teléfono mientras miraba su vehículo.

En lo primero que se fijó Gema es que, por detrás, ya denotaba un cuerpo bien trabajado, sintió muchas ganas de ver el rostro de aquel agente, aunque lo que veía ya le estaba alegrando la vista. Él se puso de perfil frente al coche y ella descubrió que era muy guapo. Llevaba el pelo castaño peinado hacia atrás, aunque un mechón rebelde le caía sobre la frente.

«No me importaría que me llevase detenida» pensó bromeando para sí misma.

Su semblante cambió cuando, al acercarse, se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Se puede saber qué hace? —preguntó ella empezando a enfadarse.

Se quitó las gafas con un gesto de rabia.

—Multarla. —afirmó él como si no fuera evidente—. Ha excedido el tiempo límite de quince minutos en carga y descarga.

—Para su información, esa señal la pusimos nosotros, —quiso puntualizar ella señalando la señalización —, la solicitamos cuando abrimos la sede hace años. En teoría, es nuestra.

Él dejó de fotografiar la matrícula para mirarla. Al hacerlo, Gema se percató de unos ojos azules tan bonitos que, de no ser porque estaba enfadada, se habría derretido con solo mirarlos.

—Mire, señorita, las leyes están para cumplirlas. — explicó con voz calmada, pero con seriedad —. Me da igual si su marido solicitó este emplazamiento. La prohibición es para todos.

—¿Mi qué? —preguntó sorprendida.

—Bueno, su marido, novio, pareja o lo que sea — respondió en tono despectivo.

Con cada palabra, Gema se estaba poniendo cada vez más furiosa.

—¿Sabes con quién estás hablando? —Gema hizo referencia a su puesto en la empresa, aunque él se lo tomó como una amenaza.

—Me da igual el poder que tenga el dueño de esta empresa y lo que sea para usted. La multa se la voy a poner igual —ahí se le notó una nota de voz más enfadada.

Gema se puso frente a él, desafiándolo.

—Es usted un cabrón machista —la voz de Gema era calmada, pero cargada de mucha ira.

—Desacato a la autoridad, todavía me la llevo detenida —dijo él sin dejar de mirarla. Los ojos azul profundo de él la taladraban.

—Atrévase, pone-multas. —Gema nunca se había achantado ante nadie. La vida le había enseñado desde muy pequeña que jamás podía aparentar debilidad. Su fuerza interna estaba hecha de reveses y duros golpes que le había dado la vida.

Sin dejar de mirarla desafiante, él hizo amago de sacar las esposas de su cinturón, estaba más que dispuesto a llevarla a la comisaría, pero entonces una tercera persona se interpuso entre ellos.

—¿Va todo bien, agente? —Michael, que estaba saliendo de la sede, vio el altercado y no dudó en intervenir.

—Ocurre, que he multado a esta señorita por exceder el límite permitido en este aparcamiento y ella no quiere aceptarlo. —Se dirigió a él—. Yo no hago la ley, solo la aplico.

—Y hacen ustedes una excelente labor, —afirmó Michael intentando poner calma—, quizá mi compañera haya excedido el límite permitido, no sabía que eso también nos incluía a nosotros al haberla solicitado, haga su trabajo y ponga la multa pertinente. Del resto me encargaré yo.

—Pero, Michael... —empezó a protestar Gema.

Este hizo un gesto para que callase.

Thiago sintió la satisfacción de haber ganado esta guerra, justo cuando Michael se dio la vuelta para dirigirse a Gema, le enseñó a ella el aparato con el que ponía las denuncias, antes de alejarse, a modo de burla.

Gema lo fulminó con la mirada.

—Michael, gracias por defenderme —su voz era puro sarcasmo.

—No podía permitir que te detuviesen, Gema, — aclaró Michael—, los periodistas nos persiguen como alimañas, piensa en lo que dirían en la televisión, las redes sociales y todas las noticias sensacionalistas. Tenemos una reputación que mantener, es una putada, pero es así. Cualquier mala imagen nos podría hacer perder millones y tú lo sabes.

Gema no tuvo más remedio que darle la razón, tenía que guardar las formas en público.

—Tranquila, que en cuanto hable con el comisario, te quitaran la multa.

—No es por la multa, — puntualizó —, estaba claro que, el muy capullo, quería echarme un pulso. Eso es lo que me cabrea y que lo haya ganado me pone aún más furiosa.

Michael la abrazó en un gesto fraternal.

Verlos unidos no hizo más que confirmar lo que Thiago sospechaba. Que esos dos estaban liados y no entendió por qué, saber eso, le causó una incómoda molestia

Hizo un gesto con la cabeza desde el coche policial para que su compañero mirase hacia la dirección de ambos. Arrancó el coche y salieron de allí.



Capítulo 2

—... te deseamos, Thiago, cumpleaños feliz.

Tras, toda la familia, corear la canción, Thiago sopló las velas que representaban un tres y un nueve. Todos aplaudieron, incluso el pequeño Óscar, que estaba feliz en el regazo de su tío.

Allí se encontraban también sus padres, Teresa y Eduardo, y sus hermanos, Héctor y Óscar, junto a su novia Eli, a la que tenía tomada de la cintura en un gesto cariñoso.

Para Thiago, no había ninguna duda de que esos dos estaban muy enamorados. Su hermano, unos días atrás, le había pedido a Eli que se casase con él en la playa donde empezó su relación, y ella, sin dudarlo, había aceptado.

Thiago era el único de sus hermanos que tenía los ojos azules. Los rasgos faciales y el color de pelo eran muy similares entre los tres, pero tanto Óscar como Héctor tenían los ojos del mismo tono castaño claro. Ese color de ojos tan azul era herencia de su abuelo paterno.

—¡Felicidades, hermanito! Que poco te queda para que empiece a llamarte cuarentón —bromeó Héctor.

Óscar rio ante la burla de su hermano pequeño.

—Sois muy graciosos los dos. —rio Thiago—. Que sepáis, que estoy más en forma que vosotros dos juntos y os lo demuestro cuando queráis.

Todos se sentaron para disfrutar de la tarta de trufa y caramelo que Eli había traído de su pastelería favorita. El sabor del chocolate junto al caramelo le daba un dulzor espectacular a aquel suculento manjar.

—Eli, voy a enseñarte lo que te comenté — Teresa se levantó de su asiento para ir a buscar una cosa a la habitación de al lado. Volvió con una fotografía en las manos— ¿Ves lo que te dije?

Eli se recogió su cabellera rojiza en una coleta, justo antes de tomar la foto para verla bien. Se sorprendió con el contenido de esta.

—Tienes razón, ¡son idénticos!

—¿Qué es eso, cariño? —preguntó Óscar intrigado.

Eli puso la foto de manera que todos la viesen.

—Es una foto de tu hermano Thiago de niño, es increíblemente idéntico a nuestro hijo.

En la imagen un Thiago, de más o menos la edad del pequeño Óscar, se balanceaba feliz en un caballito de madera. No había ninguna duda de que ambos eran de la misma sangre, ya que, los dos, tenían los mismos rasgos, incluso los ojos claros, aunque los de Thiago eran azules y los del niño eran verdes como los de su madre.

Thiago sintió un gran orgullo al ver lo que su sobrino y él se parecían, miró al pequeño con ternura y este le correspondió con una sonrisa.

—Tengo que confesar que Eli y yo nos liamos una vez, días antes de que lo vuestro empezase —dijo Thiago con sorna, sabiendo que, por aquella época, ni tan siquiera se conocían.

—¡Es verdad! —Eli le siguió el juego—. Puede que el niño no sea tuyo después de todo.

Eli miró a su novio Óscar con una sonrisa.

—Ni hablar, sé de sobra cuando te dejé embarazada y tengo tan claro que ese niño es mi hijo como sé que eres toda mía, al igual que yo soy todo tuyo. —Miró a su chica con mucho deseo.

Óscar unió los labios con los de Eli en un beso breve, pero que estaba cargado de promesas de todo lo que iban a compartir esa noche.

—Si queréis, os dejamos solos —se burló Héctor.

Ambos sonrieron con complicidad.

Eli se acercó a Thiago para coger a su hijo y que su cuñado pudiese disfrutar de su porción de tarta con tranquilidad. El niño, al ver las intenciones de su madre, se echó hacia atrás enfurruñado, pegándose al pecho de su tío. Por nada del mundo quería que lo separasen de su persona favorita.

—Déjalo, —Thiago le quitó importancia—, me gusta tenerlo en brazos y puedo comer sin problemas.

—Pero queremos darte tu regalo también, ya veremos si te deja abrirlo. —Eli fue hacia un lado del salón donde tenía su bolso y sacó una caja rectangular, envuelta en papel de regalo rojo, con líneas verdes. Se la entregó a Thiago y se volvió a sentar al lado de Óscar. Como ella intuyó, cuando el niño vio los colores de aquel rectángulo, quiso quitárselo a su tío de las manos para poder jugar con él. Este lo abrió con rapidez y le dio a su sobrino el papel para que se entretuviera.

Abrió la caja que contenía un sobre. Alzó una ceja, mirando a todos con curiosidad. Se sorprendió al descubrir el contenido del sobre.

—¿Es un viaje a Italia? —preguntó ante su sorpresa—. Veo que me queréis perder de vista.

—Nada más lejos de la realidad, nosotros vamos contigo —respondió Eli ilusionada.

Thiago abrió la boca para luego volver a cerrarla, en realidad, viajar no era algo que le gustase

mucho. De hecho, prácticamente lo obligaban en la comisaría a cogerse vacaciones. Pero no quería decepcionar a sus hermanos. Aunque...

—Chicos, os lo agradezco mucho, pero no sé qué pinto yo en un viaje romántico con vosotros dos. —esperaba decirlo con tacto.

—Pero es que no hablo solo de nosotros. — aclaró Eli—. El regalo es de los tres. Héctor también viene.

El aludido levantó la mano. Se acercó a su hermano dándole una palmada en la espalda.

—Hermanito, nos vamos a hartar de italianas, te lo aseguro. Vamos a tomar unas cuantas curvas, y no me refiero a las de la carretera.

Que su hermano era un ligón empedernido, era sabido por todos, aunque él tampoco se quedaba muy atrás, pero era un poco más comedido. Procuraba evitar las relaciones íntimas en su entorno laboral, ya que, liarse con una compañera le parecía algo que, a la larga, sería incómodo cuando esa intimidad acabase. En cambio, a Héctor eso le daba exactamente igual. Él iba a por la chica que le gustase sin ningún tipo de reparo ni vergüenza. Motivo por el cual había pedido un traslado al hospital donde trabajaba su hermano Óscar. Ya que en el suyo le odiaban la mitad de las mujeres.

—¿Salimos el domingo? —miró con más detenimiento los billetes—. Tendré que hablar mañana con mi superior, no sé si me dará vacaciones con tan poca antelación.

—Ya hemos hablado con él. —esta vez, fue Óscar, su hermano mediano, el que habló—. Le dijimos que era una sorpresa y que no te dijese nada. Además, tengo entendido que te vendría bien perderlo de vista unos días tras la bronca de ayer.

Tanto Teresa como Eduardo, miraron a su hijo, asombrados.

—¿Bronca? ¿Qué bronca? —quiso saber su madre.

Thiago fulminó a su hermano con la mirada. Prefería olvidar los gritos del comisario del día anterior.

Esa tarde, mientras terminaba unos informes en la comisaria, su superior lo llamó a su despacho.

—Te la vas a cargar —canturreó entre dientes su compañero, Agus, que estaba a su lado.

Tal y como lo llamó el comisario, no puso en duda que algo pasaba.

—¿Señor? ¿Ocurre algo? —preguntó nada más entrar en la estancia.

—Oficial, cierre la puerta y sintiese —respondió este con tono serio. Thiago hizo lo que le pidió.

El comisario respiró hondo antes de continuar.

—¿Tienes la más remota idea de a quién has multado esta mañana? —conforme iba formulando la pregunta, estaba cada vez más furioso.

El rostro de Thiago era de pura sorpresa, estaba claro que el dueño de aquello tenía mucho poder para que su superior lo atacase de aquella manera.

—Yo solo cumplía con mi deber, señor. La novia de ese hombre estacionó su vehículo donde no debía y yo hice mi trabajo.

—¿La novia dices? —Santiago, el comisario, levantó una ceja—. Gema Martínez no es la mujer de Michael Robinson. Gema es la vicepresidenta y dueña al cincuenta por ciento de una de las empresas más importantes del país. Lo sé perfectamente porque los conozco a ambos, y a la mujer de Michael.

—¿Ella es la vicepresidenta de G. Motors? —preguntó sorprendido.

—Efectivamente, —afirmó su superior—, y también es la que nos dona una buena parte de los beneficios de la empresa. De no ser por ellos, esta comisaría se caería a trozos, créeme. Hasta los neumáticos de los coches y las motos policiales son de ellos. Incluso el uniforme que usted lleva puesto ha sido costeado por la empresa. Así que, me importa un comino si ha aparcado en carga y descarga y el coche lleva ahí un mes enteró ¿Me he explicado con claridad?

Thiago asintió sin saber que más decirle. Salió del despacho tras la petición de su jefe y se volvió a sentar en su escritorio.

—¿Está muy enfadado? —curioseó su amigo al ver su rostro.

—Digamos que, solo un poco. —respondió— ¿Sabías que, la pija del otro día, es la vicepresidenta de G.Motors?

Agus se encogió de hombros como respuesta.

—Nunca pensé que esa mujer fuese dueña de todo aquello.

—¿Qué esperabas? ¿A un tipo como el del Monopoly? ¿Viejo, calvo y soltando billetes por donde pasa? —se burló su compañero.

Thiago lo fulminó con la mirada. La conversación siguió por otros derroteros mientras seguían terminando los informes antes de poder irse a sus respectivas casas.

Thiago no se quitaba de la cabeza a aquella mujer y no solo porque le había costado una bronca con su jefe. También, estaba intrigado por saber cómo había llegado hasta allí. Probablemente, tuviese un padre muy rico que le habría puesto las cosas bastante fáciles.

Volvió al presente, lo mejor era olvidarse del tema de una vez por todas y alejarse de aquella empresa todo lo que pudiese, para no volver a meterse en líos.



Capítulo 3

Gema esperaba la llegada de Julia, la hija de su amigo Michael y Emma. Era bien entrada la tarde, había ido, ese mismo día, a una juguetería para comprar varias cosas para la niña. Michael no tardaría en llegar, lo dispuso todo en el salón de su piso. También compró galletas de animales, helado de distintos sabores y algunos alimentos infantiles que sabría que a un niño le gustaría.

Julia acababa de cumplir tres años y compró cosas acordes a su edad.

Tras unos instantes de espera, sonó el timbre de la puerta. Al abrir, vio a Michael muy elegante, vestido con un traje de chaqueta y corbata, llevaba a la niña en brazos y una maleta con ruedas en la otra mano.

—¿Cuánto tiempo exactamente he dicho que me quedaría con tu hija? —preguntó Gema con sorna al ver dicha maleta.

—Créeme que lo vas a necesitar. —respondió Michael—. Llevas varias mudas de ropa, algunos juguetes y algunos dulces sin azúcar que le gusta comer de postre tras la cena. Le gustan los espaguetis, pero se los tienes que cortar en trozos una vez estén cocidos. Acompáñalos de queso y tomate, no les eches demasiada sal; lleva también zumos, un babero de mangas, y...

—¿Algo más, papá del año? —lo cortó Gema—. Como sigas así, vas a estar toda la cita hablando conmigo. Vale que no soy madre, pero he criado a dos hermanos, creo que me las puedo apañar.

—¿Algunos de tus hermanos ha conseguido tirar a un perro por un balcón? —preguntó Michael alzando una ceja.

—¿Te refieres a Thor? —respondió sorprendida, haciendo referencia al pastor alemán de treinta kilos de Michael.

—Ya no es el mismo desde que Julia lanzó su pelota favorita por el ventanal del primer piso y él fue tras ella. Ahora le dan miedo las pelotas. — Gema se quedó muda, atónita sin saber que decir

—. Lo que me lleva a la siguiente regla, todas las puertas y ventanas deben estar cerradas.

—Fue sin querer. —aclaró la niña—. Thor es tonto y se cayó solo.

Michael miró a su hija. La niña le correspondió la mirada de forma inocente, con sus ojos de color avellana idénticos a los suyos, pero con el pelo rubio claro de su madre. Julia era, claramente, una mezcla de ambos de sus progenitores.

—Cielo mío, yo estaba allí, tiraste la pelota de Thor por la ventana a posta, suerte que la cama elástica estaba puesta justo debajo, si no, Thor se habría hecho mucho daño.

La pequeña agachó la cabeza avergonzada, la realidad es que nunca pretendió que Thor se hiciese daño, solo quiso verlo saltar.

Tras darle un beso a su hija, y ponerla en el suelo al lado de Gema, le dio las gracias junto con la maleta y caminó hacia el ascensor que lo llevaría a la cita más romántica que se le había ocurrido tener con su mujer, y que no tenían desde hacía bastante tiempo.

Gema cerró la puerta y caminó con la niña hasta el salón. Julia se sentía tímida al estar en una casa desconocida, pero en cuanto vio los nuevos juguetes que le había comprado Gema, alzó la mirada sorprendida.

—¡Ala! ¿Son para mí? —la niña levantó la vista hacia Gema para mirarla con entusiasmo.

—Sí, son todo tuyos, Julia. —Sonrió Gema, al ver la carita de sorpresa de la pequeña—. Puedes jugar con lo que quieras.

La niña dio unos pasos, acercándose a los juguetes sin saber cuál abrir primero. Fue hasta la muñeca de pelo largo, que había en una caja con unos peines y unos cuantos accesorios para el pelo. La soltó al llamarle la atención un coche teledirigido de color azul y verde. Ella no tenía ninguno así, pero entonces algo más le llamó la atención.

—¿Puedo pintar? —preguntó al acercarse a una caja de madera llena de témperas, pinceles, rotuladores y un sinfín de otros objetos para dibujar y hacer manualidades.

—¡Claro que puedes! —exclamó Gema ayudando a la niña a sacar los distintos utensilios. Previamente, había puesto un mantel de plástico en la mesa de centro para evitar que esta pudiera mancharse.

También le puso el babero de plástico que le ocupaba medio cuerpo, incluyendo los bracitos. La niña, entusiasmada, comenzó a mojar un pincel en uno de los botes de pintura, decantándose por el rojo, e hizo unos trazos en el folio con mucho entusiasmo.

—Mis papis han ido a trabajar juntos ¿lo sabias? —quiso contar la niña a Gema.

—¡Ah, ¿sí?! —Gema fingió estar sorprendida—. Algo me ha dicho tu papá.

«Más bien, papá se está trabajando a mamá» pensó Gema, mordiéndose el labio para evitar que se le escapase una risa.

Cogió uno de los pinceles, se sentó en el suelo y se puso a dibujar con la pequeña, remangándose las mangas de la sudadera para evitar mancharse.

—¿Te gusta el cole? —fue lo primero que se le ocurrió preguntarle para entablar una conversación. A decir verdad, no tenía ni idea de que hablar con una niña tan pequeña, pero

quería que le cogiese confianza por si, en un futuro, tenía que volver a quedarse con ella

—Sí, es divertido —se encogió de hombros.

—¿Tienes muchos amigos? —Gema quiso ahondar.

Julia asintió mientras se quitaba el pelo de la cara de un manotazo, dejándose en el trayecto una mancha de pintura en la mejilla.

Gema sacó una toallita húmeda de un paquete que había en la maleta y le limpió la carita.

—Mi mejor amiga se llama Abigail, pero no está en mí mismo cole —se refería a la hija de Marcos y Sarah que tenía un año más que ella.

—Bueno, pero seguro que os veis mucho, aunque no esté en tu cole.

—Sí, voy mucho a su casa y ella viene a la mía. Y su hermano me gusta.

—¿Te cae bien Manuel? —preguntó Gema.

—Sí, me gustaría que fuese mi novio, pero mamá dice que es muy mayor. Él me dice pequeñaja.

Gema volvió a quedarse sin palabras ante la inteligencia de una niña tan pequeña.

—¿Sabes? Creo que voy a ir por un vaso con agua para limpiar los pinceles. —prefirió cambiar de tema—. Y así podremos usar otras pinturas.

—¿A ti te gustan los chicos? —quiso saber Julia justo cuando Gema se levantaba para ir a la cocina.

—Sí —respondió sin más, no supo por qué, pero el rostro de cierto policía, borde, grosero y de mirada azul penetrante, pasó por su mente sin venir a cuento

¿Por qué había pensado en él?

Esperaba no volver a encontrárselo en la vida.

Fue a la cocina y llenó un vaso con agua del grifo. Un sonido la avisó de una notificación en el móvil. El pesado de su ex volvía a mandarle mensajes de «*te echo de menos*». Como si ella fuese idiota, lo más probable es que se le hubiese acabado el dinero y quisiera venir a por más. Era la última vez que se liaría con un aspirante a modelo con aires de grandeza y diez años menor que ella. Ya le había dado un par de oportunidades y siempre era lo mismo. Un polvazo de la ostia, regalitos absurdos que acababan saliendo de su propio bolsillo, decir que necesitaba dinero y que le prestase algo y, finalmente, el «*tenemos que ver a otras personas*». Gema tenía totalmente claro que no habría una tercera vez.

Ni siquiera contestó el mensaje, puso el móvil en silencio y lo dejó en la encimera de la cocina por si se le ocurría llamarla.

Pasó por la nevera y tomó de esta un par de zumos con pajita por si a Julia le apetecía.

Cuando llegó al salón casi le da algo, abrió mucho los ojos al ver el desastre formado.

El bote de pintura rojo estaba volcado en la mesa, derramándose en la alfombra, el sofá, de terciopelo blanco, había sido masacrado con distintas pinceladas de varios colores, tenía, incluso, una carita sonriente pintada en uno de los cojines. Y, lo peor, Julia no estaba por ninguna parte.

¿Pero cuánto tiempo había tardado? ¿Dos minutos?

Comenzó a llamarla desesperada, mirando en la terraza por si se le había ocurrido abrir y salir fuera. Miró detrás del sofá y algunos de los muebles. El corazón le martilleaba en el pecho. Pensó que a la calle no había podido salir porque ella misma había cerrado la puerta con llave y la había puesto en el colgador, donde la niña no llegaba.

Pero el piso era muy grande y tenía muchas ventanas, podría haberse dejado una abierta sin darse cuenta.

De pronto, vio lo que parecía el babero de plástico, justo en la entrada del pasillo a las diferentes estancias. Corrió hacia allí para ver si la pista la llevaba hasta la pequeña.

Tras abrir varias puertas, encontró al pequeño demonio en el baño, con toda la ropa manchada de pintura y dándose con el pincel en el rostro y el pelo.

—¡Julia! —exclamó Gema entre aliviada y enfadada— ¿Qué ha pasado en el salón? ¿Por qué está todo manchado? ¿Y por qué te has pintado toda la cara y el pelo?

—Quería ponerme guapa, como mamá —Julia se encogió de hombros.

—Pero esa pintura puede hacerte daño, —aclaró Gema—, además, el pelo no se pinta ¿Y qué ha pasado en el sofá y con tu ropa?

—Ha sido sin querer —se justificó la pequeña.

—Eso no es verdad, Julia, lo has hecho a posta y espero que sea algo que no vuelva a suceder. —respiró profundamente para intentar calmarse— ¿Me has oído?

La niña asintió con carita de ángel, como si no hubiese roto un plato en su vida.

—Bueno, vamos a recoger el salón y, después, te daré una ducha y te cambiaré de ropa.

—¿Puedo bañarme? Esa bañera es muy grande, parece una piscina —señaló la bañera de hidromasaje que Gema tenía en el baño a ras del suelo y que usaba ocasionalmente cuando necesitaba relajarse.

—Está bien. —cedió tras pensarlo un momento—. Pero primero vamos a recoger el salón y, si eres una buena ayudante, te llenaré la bañera.

La niña asintió entusiasmada.

Tras meterlo todo en una bolsa de basura, enrollar la alfombra y ponerla a un lado para llevarla a la tintorería, regresaron al baño. Por el pobre sofá no podía hacer nada, lo más probable es que tuviese que volver a tapizarlo. Esta vez, escogería un color más oscuro para futuros incidentes.

Le quitó la ropa sucia a Julia y la metió en una bolsa de plástico mientras se llenaba la bañera.

La niña daba gritos de entusiasmo cuando se metió en el agua y empezó a chapotear. Se sorprendió aún más cuando Gema le dio a un botón de la bañera y esta comenzó a burbujear. Empezó a dar palmaditas en el agua con mucha felicidad

—Si se echa gel ¿Hace más burbujas? —preguntó Julia curiosa.

—Si se echa gel, hace mucha espuma, incluso pompas. —Gema estaba más relajada, la felicidad de la pequeña había provocado que casi se olvidase del estropicio del salón, casi.

—¿Podemos? —suplicó Julia con un mohín.

Gema sonrió y se dio la vuelta para coger un bote de jabón y una toalla para la niña.

—Solo un poquito ¿Vale? Si no, hará demasiada espuma y llegará hasta casi al techo. Voy a coger el gel.

—Aquí hay uno —dijo Julia.

—Sí, pero ese no se toca. Es un gel especial para mí —respondió Gema de espaldas a la bañera.

Cuando se dio la vuelta, vio a Julia echando sin mesura su gel favorito, y bastante difícil de conseguir, exfoliante de sales del mar muerto por toda la bañera.

El líquido comenzó a formar una espuma increíble que ya cubría toda la bañera y comenzaba a subir.

—¡Julia, he dicho que no! —Gema no sé percató de que había gritado y la niña, al asustarse, cayó la botella de gel abierta en la bañera.

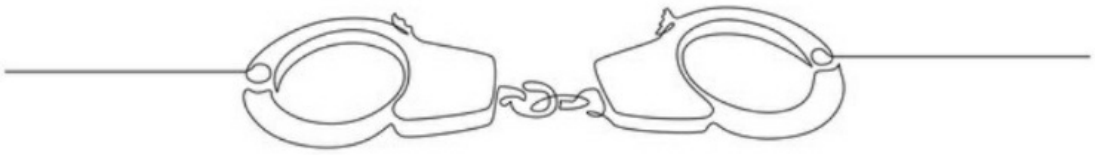
Gema se alarmó y empezó a rebuscar por la enorme bañera para localizar la botella antes de que se vaciase del todo. Cuando fue a apagar el hidromasaje, se le resbaló la mano y, sin poder aguantar el equilibrio, tuvo una caída de los más cómica en la bañera. Si la hubiesen grabado, probablemente, el vídeo se habría hecho viral en todas las redes sociales.

La honda que provocó la caída, formó charcos en todo el cuarto de baño. Además de salpicaduras en paredes y espejos.

—Te has bañado con la ropa puesta —rio Julia con las manitas en la boca.

—No, bonita, no me he bañado. Me he caído —intentó decir con seriedad, aunque la niña no paraba de reír.

En ese instante, tras ver el bote de gel casi agotado y con lo que quedaba del contenido aguado, pensó que esperaba que Michael no tardase mucho, o sería ella misma quién fuese en su búsqueda.



Unas horas más tarde, Gema recibió a Michael con los brazos abiertos.

Le pidió con un dedo en los labios que guardase silencio. Julia dormía plácidamente en el sofá, le había costado bastante y no quería que se despertara, al menos no hasta que saliera de su casa.

—¿Se ha portado bien mi pequeño ángel? — preguntó Michael en voz baja.

—Tú solo levanta la manta que he puesto en el sofá —fue la única respuesta que le dio Gema.

—¡Oh! —Michael se quedó sin saber que decir nada más levantar la manta y ver la obra de arte que había realizado su hija—. Se me olvidó decirte otra norma; nada de pinturas en casa.

—La próxima vez que me dejes a tu hija, mándame antes un PDF con las normas, por favor.

Michael no pudo evitar sonreír. Tomó a su hija en brazos con mucho cuidado dejando que pusiese la cabecita en su hombro.

—Gracias por todo, de verdad. Hacía mucho tiempo que no teníamos una cita así Emma y yo, creo que esta noche nos hemos enamorado aún más el uno del otro.

Gema sonrió, aunque seguía alarmada por las travesuras de la pequeña, se alegró por su amigo.

—No me importará quedarme con ella otro día, pero espera unos meses. —bromeó Gema.

—Emma y yo hemos hablado y vamos a contratar una niñera para momentos puntuales. En cuanto a lo que te haya roto mi hija, cárgalo de mi cuenta.

Gema fingió pensar como si estuviera haciendo números.

—Pues, aparte del tapizado del sofá, que no va a ser precisamente barato, me debes la tintorería de la alfombra, un gel de sales del mar muerto, difícil de conseguir, cuyo valor es de doscientos euros y voy a necesitar a alguien que consiga quitar la costra de tomate del techo que se ha formado en mi cocina.

La cena había sido otra odisea, que había conllevado una ducha, esta vez, y otro cambio de muda. Ya que los espaguetis habían volado por todas partes.

—Te haré también un regalo, lo que quieras — dijo Michael avergonzado.

—Pues no te diría que no a una ligadura de trompas —respondió Gema medio en broma medio en serio.

Tras unas palabras más, se despidieron. Michael le deseó buen viaje y Gema pensó que, tras haber tenido el día que había tenido, ese viaje lo necesitaba más que nunca.



Capítulo 4

Los tres hermanos y Eli, esperaban en el aeropuerto Alghero Airport de Cerdeña para poder coger sus maletas de la cinta que las iba sacando.

Thiago iba vestido con un polo blanco, unos vaqueros, unas zapatillas deportivas y unas gafas de sol. Hacía años que no se iba de vacaciones y, aunque al principio estaba reacio, ahora sí que tenía ganas de disfrutarlas.

Cuando tuvieron las maletas a mano, la de Thiago era negra con un lacito azul en el asa para distinguirla, fueron a alquilar un coche para poder pasear con soltura por toda la isla.

Óscar y Eli alquilaron uno y Héctor y Thiago otro, por si los tortolitos querían pasear a solas durante el viaje.

El hotel era sumamente bonito. Se podría considerar que se estaba en el paraíso, con piscinas, bares nocturnos, restaurantes, espectáculos y un sinfín de actividades. También tenían una preciosa playa de agua virgen justo al lado. Thiago no veía la hora de poder sumergirse en esas preciosas aguas. En cuanto se instalase en la habitación, se pondría el bañador e iría un rato a nadar.

En recepción, un chico los recibió con mucha amabilidad.

Eli le dio el número de reserva para que el chico, cuya placa ponía el nombre de Mario, la buscara.

—Bien, aquí veo dos habitaciones dobles superiores con vistas a la playa.

—¿Cómo dos habitaciones? —preguntó Héctor sin entender—. Yo quería una habitación solo para mí. Os lo dije al hacer la reserva ¿O es que, acaso, Thiago va a dormir con vosotros?

—Yo contraté tres habitaciones. —aclaró Eli a Mario, le enseñó la app que había usado para tal fin— ¿Lo ve? Tres habitaciones superiores, no dos.

Mario no supo que decir, cogió el teléfono e hizo una llamada. Al cabo de unos instantes, un

hombre trajeado salió a la recepción. Tras un breve saludo, miró la aplicación y la reserva del chico en el ordenador. Habló en italiano con Mario, los cuatro supusieron que buscando una solución.

—Mis disculpas, —habló el hombre trajeado —, no sé qué habrá podido pasar. Habrá habido un error en la app. Por algún motivo, se han reservado dos habitaciones con el pack luna de miel. Esperábamos a dos parejas de recién casados.

A Héctor le entró la risa.

—Es que mi marido y yo nos hemos peleado, no quiere dormir conmigo —dijo con sorna.

Thiago lo fulminó con la mirada.

—Será porque eres insoportable. —Parecían realmente una pareja que estaba discutiendo.

—Eso me ofende, cariño. Esta noche, te quedas sin sexo —soltó Héctor haciéndose el ofendido intentando aguantar la risa.

—Somos hermanos, es una broma —quiso aclarar Thiago al personal que estaba atónito pensando que verían una pelea en medio del hotel.

—En fin —cortó Óscar —, ¿pueden solucionarlo?

—Por supuesto. —respondió el hombre trajeado —. Y no solo eso, por las molestias causadas, como el hotel aún tiene habitaciones de sobra, les vamos a dar tres suites de lujo. Lo único que vamos a pedir a cambio son unas reseñas positivas en la app.

Los cuatro abrieron mucho los ojos, gratamente sorprendidos ante tal regalo.

—Pues muchísimas gracias. Esas reseñas dalas por hecho —fue Eli la que habló.

—Lo único, es que no son contiguas, no sé si eso será un problema —aclaró el hombre.

—No se preocupe por eso, no tengo ningún interés en escuchar cómo estos dos se dan mimos toda la noche —Thiago señaló a Óscar y Eli.

Óscar abrazó a su novia por detrás con cariño mientras le sacaba la lengua a su hermano con gesto de burla.

—Nuestras habitaciones están perfectamente insonorizadas —carraspeó Mario.

—Mejor todavía —esta vez fue Héctor el que habló. Tenía todo el pensamiento de llevarse a alguna chica a la habitación.

—Nosotros si queremos el pack ese de luna de miel. Cárguelo a mi cuenta. —dijo Óscar sacando su tarjeta, luego miró a Eli—. Tengo curiosidad por saber de qué se trata.

Eli sonrió, la verdad es que ella también sentía curiosidad por saberlo. El pequeño Óscar y Trueno y Capitán se habían quedado en casa de su hermana Claudia esos días y pensaban aprovechar cada momento a solas al máximo.

Mario asintió tecleando algo en el ordenador. El hombre trajeado se despidió de ellos deseándoles una feliz estancia.

Tras darles las tarjetas, caminaron al ascensor que era enorme, cabían los cuatro con sus correspondientes maletas sin ningún problema.

Cuando llegaron a la planta indicada, cada uno fue a ver su habitación.

Thiago se quedó alucinado al ver la gigantesca habitación que se presentó ante él. Miró a todos lados, estaba decorada con un estilo sencillo y moderno. La cama era de dos por dos metros, una bañera de hidromasaje estaba a un lado de la habitación. Cuando se acercó a la terraza, descubrió una piscina privada infinita con vistas a la playa más espectacular que había visto en su vida. No acababa de salir de su asombro, cuando oyó la voz de su hermano Héctor tras de sí.

—Tu habitación es exacta a la mía, bendito error de la aplicación esa. —dijo Héctor disfrutando de las vistas con su hermano, que seguía mudo disfrutando del paisaje — ¿Nos cambiamos y bajamos al bar a pie de playa? Tengo ganas de disfrutar de las maravillosas vistas que nos van a ofrecer las italianas.

Thiago lo miró y sonrió ante la picaresca de su hermano.

Asintió y, cuando su hermano salió de la habitación, cerró la puerta y caminó hacia su maleta.



Capítulo 5

—¡No, No, No!, pero ¿qué? —Thiago miraba la maleta abierta con desesperación. Rebuscaba entre las prendas de ropa inútilmente, como si, bajo la ropa femenina que tenía ante sus ojos, fuese a encontrar la suya.

No entendía de qué forma era posible, haber cogido una maleta equivocada en el aeropuerto. Al parecer, la dueña de aquella maleta, había tenido la misma idea de ponerle un lazo azul para distinguirla. Sus cavilaciones fueron interrumpidas por un toque en la puerta de su habitación.

Con el rostro serio y el ceño fruncido por el fastidio que llevaba en su interior, fue a abrir.

—¿Todavía estás así? ¿No sabes qué ponerte, cielo mío? Sabes que todo te sienta muy bien. —preguntó Héctor burlón, que ya estaba vestido con un bañador verde y una camiseta blanca con letras a juego con el bañador —. Por cierto, Óscar me ha mandado un mensaje diciendo que nos

vemos más tarde, que él y Eli están dando un paseo romántico. Tiene gracia que haya dicho eso, teniendo el cartel de *no molestar* puesto en su habitación.

Thiago no sonrió ante la burla de su hermano, cosa que extrañó a Héctor.

—¿Qué te pasa? —preguntó sin entender lo que pasaba por la cabeza de su hermano.

—Mira la maleta que hay en mi cama —fue la única respuesta de Thiago.

Héctor entró en la habitación acercándose para ver lo que su hermano quería mostrarle. No pudo evitar reírse al ver lo que había en la maleta.

—No tiene gracia, Héctor. —repuso Thiago con voz enfadada —. A saber, dónde está mi maleta. Probablemente, la tenga la dueña de esta.

—¿Y no puedes llamar al aeropuerto por si la tuviesen allí? —preguntó como si aquello lo solucionase todo —. Igual la tienen ellos.

Thiago llamó al aeropuerto y, tras una conversación y dar algunos datos, se dio cuenta de que todo había sido en vano.

Al parecer, por lo que le habían explicado en atención al cliente con un español pésimo, lo cual hizo que tuviese que repetirle sus datos varias veces y muy despacio, no tenían ninguna maleta con esas características en el aeropuerto. Mucho menos, con un lazo azul. Lo más probable es que aquella mujer se hubiese llevado su maleta. Cosa que, ya sabía que era lo que había pasado.

De repente, se dio cuenta de algo y empezó a rebuscar en sus bolsillos sacándose una especie de billetera negra y suspirando de alivio.

—¿Qué es eso? —preguntó Héctor.

—Mi placa, —aclaró —, pensé que la había dejado en la maleta. Menos mal que tengo la manía de guardarla en el bolsillo.

—¿Te has traído la placa a las vacaciones? —Héctor se quedó atónito — ¿Qué piensas? ¿Ponerte a detener gente en la playa?

—No, pero no te haces una idea de las puertas que puede abrir este trozo de metal. —la agitó en el aire antes de volver a meterla en el bolsillo —. Imagínate que hubiésemos tenido algún problema en el aeropuerto o pasase algo durante el viaje, con enseñarla, se soluciona al momento.

—¡Ah!, ¿sí? —preguntó curioso su hermano —. Quizás debería ser yo el policía en estas vacaciones.

—Es un delito grave hacerse pasar por agente de la ley —advirtió Thiago muy serio señalando a su hermano.

—No seas aguafiestas. —replicó —. Préstamela, anda, igual triunfo con alguna chica a la que le pongan los uniformes.

—¿Es que ya no te vale el rollo de médico playboy? —Thiago fue cerrando la maleta de la desconocida para entregarla en el aeropuerto en cuanto acabara el viaje.

—Sí, pero me gustaría descubrir a qué tipo de chicas les gustan los policías. Puede ser todo un descubrimiento. —Alzó una ceja, pícaro.

Thiago suspiró.

—Que te quede bien claro. —aclaró mirando a su hermano —. No pienso darte mi placa para ligar con nadie. No es un juguete.

Héctor se sintió como un niño pequeño al que su padre estaba regañando. Su hermano mayor tenía muy poco sentido del humor.

Héctor volvió un momento a su habitación para coger una camiseta y un bañador que poder prestarle a Thiago.

También le envió un mensaje a Eli contándole lo que había ocurrido con la maleta de Thiago. Volvió con un bañador rosa de rayas finas y una camiseta blanca.

Cuando iban bajando en el ascensor, Thiago recibió un mensaje en su móvil.

Eli: Esta tarde nos vamos de compras 😜

—¡Anda que has tardado en contarlo! —ironizó Thiago enseñándole el móvil a Héctor.

Este, como respuesta, se encogió de hombros.

—Míralo por el lado bueno, vas a tener una personal shopper esta tarde. Va a ser divertido.

Thiago puso los ojos en blanco, las vacaciones estaban empezando a estresarle. Ya echaba de menos su comisaría y patrullar por las calles. Esos cinco días se le iban a hacer eternos.

En vez de ir al bar del hotel, decidieron ir al de la playa. Las vistas eran preciosas y Héctor sugirió que habría muchas más chicas en bikini, provocando que Thiago negara con la cabeza por las ocurrencias de su hermano pequeño.

Se sentaron en unos taburetes en la barra y pidieron dos cervezas mientras charlaban animadamente. Los tres hermanos siempre habían estado muy unidos y se lo solían contar todo sin cortarse por nada.

De pronto, Héctor, que ya estaba haciendo buena cuenta de las chicas que pasaban por allí, señaló una de las mesas con la cabeza.

—Mira, hermanito, que dos preciosidades hay en el fondo.

Thiago miró hacia donde su hermano le señalaba. Dos chicas, bastante guapas, en bikini, se estaban tomando unos cócteles mientras se reían la una con la otra.

—¡Sí que están bien! —exclamó Thiago —¿Por cuál te decantas?

—¿Quién ha dicho que vaya a escoger? —Héctor alzó una ceja.

—¿Te piensas ligar a las dos? —Thiago miró a su hermano sorprendido.

—Habrá que probar ¿No? Nunca se sabe lo que puede pasar. —dijo Héctor con una sonrisa pícara—. Luego nos vemos.

—Pero… —a Thiago no le dio tiempo de acabar la frase, ya que, su hermano salió disparado hacia donde estaban las chicas.

Miraba como las saludaba y le contaba algo que las chicas encontraron muy gracioso. Tras unos

instantes, ya estaba sentado en la mesa de ellas, haciéndolas reír. No cabía la menor duda de que las estaba llevando rápidamente a su terreno. Su hermano, definitivamente, tenía un don para las mujeres. Solo esperaba que nunca se le volviese en su contra. Verlo enamorado iba a ser de lo más divertido.

Se terminó su botellín de cerveza y pensó en ir a darse un baño en la playa.

—No puede ser ¿Pone-multas? —Se paró en seco al escuchar esa voz. Solo una mujer podría llamarlo así. La única mujer con la que no quería encontrarse.

La niña pija.



Capítulo 6

Gema no entendía, con lo grande que era el mundo, como podía encontrarse al último hombre que quería ver, en otro país y en la misma ciudad. Sus vacaciones no habían empezado demasiado bien, debido a que se había confundido de maleta en el aeropuerto. Cuando la abrió y encontró un montón de ropa masculina, casi le dio algo.

Tras llamar a atención al cliente del aeropuerto, le confirmaron que otra persona había llamado por el mismo motivo, que el susodicho había dejado todos sus datos y que devolvería la maleta en cuanto pudiese. Los datos no pudieron facilitárselos debido a la protección de datos, pero dejó los suyos para que, en cuanto este la devolviese, la llamasen para poder recuperarla.

Así que, se fue de compras. Se compró bastante ropa nueva y una maleta para poder meterla de vuelta a casa. Piero, su amigo y personal shopper no dudó en acompañarla. Tomaron un tentempié en uno de los restaurantes de la zona, junto con el nuevo novio de este. Armando, un chico cubano de lo más divertido. Sin pensarlo, había tenido un día muy agradable. Al fin y al cabo, no hay mal que por bien no venga.

Después de soltar todas las compras en la habitación, decidió tomarse algo en la playa.

Justo cuando se estaba sentando en una de las mesas, lo vio.

El hombre de sus pesadillas, el pone-multas saliendo del bar hacia la playa.

—No puede ser ¿Pone-multas? —le salió sin pensar, por la sorpresa de encontrarlo allí.

Él se paró en seco, se dio la vuelta y la taladró con esos ojos azules que no había olvidado.

Tragó saliva, al sentir esa cosquilla molesta que le estaba produciendo aquella mirada.

—No jodas ¿En serio? ¿Tú? —respondió él, también sin pensar.

Para ella fue como un jarro de agua fría en cuanto lo oyó hablar. Las cosquillas desaparecieron

de un plumazo.

—¿Qué haces aquí? —Ella se levantó molesta para enfrentarle.

Él se acercó más a ella.

—Pues, hasta ahora, disfrutar de unas espléndidas vacaciones. —Fue un poco exagerado al decir eso, pero ella no tenía por qué saber nada—. Hasta ahora.

—¿Estás insinuando que te he fastidiado las vacaciones? —preguntó enfadada.

—Espero que no. Por lo pronto, por tu culpa me he llevado una bronca de mi jefe.

—Te lo mereces, no deberías haberme puesto la multa.

—¿¡Ah, sí!? ¿Me lo merezco? Yo solo hacía mi trabajo. Tendrías que haber aparcado tu cochecito de lujo en el aparcamiento que, seguro, tienes en la dichosa sede y no habría pasado nada. —Thiago estaba cada vez más enfadado.

—Te lo mereces porque se notaba, a leguas, que lo hacías para fastidiarme y en mi sede aparco donde me da la gana que para eso es mía.

La tensión entre ambos era cada vez más palpable.

La gente de alrededor estaba empezando a darse cuenta de la discusión.

Justo cuando Thiago iba a volver a protestar, Héctor se acercó y se puso entre ambos.

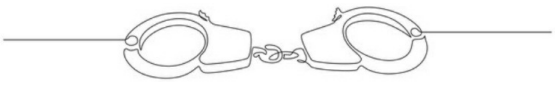
—¿Pasa algo? —Héctor los miró a ambos sin entender.

Thiago respiró hondo.

—No, todo va bien. —El acercamiento de su hermano lo hizo reflexionar y que se calmase un poco. Pensó que no merecía la pena seguir discutiendo con la niña pija.

—Me voy a mi hotel. —Gema, más calmada, cogió sus cosas de la mesa y se fue.

—Yo me voy a dar un baño en la playa —dijo Thiago y, antes de que su hermano le hiciera una pregunta que no tenía ningunas ganas de responder, caminó hacia la orilla, dejando a su hermano atónito y sin entender absolutamente nada.



Tras el baño, que pareció calmarlo un poco, subió a su habitación y se dio una ducha. Mientras se duchaba, pensaba en cómo era posible que la mujer que lo irritaba tanto había escogido el mismo lugar que él para su viaje. El mismo país y la maldita misma ciudad.

Al salir de esta, se dio cuenta de que no tenía ropa limpia que ponerse. Eso lo hizo suspirar de frustración. Se puso la ropa con la que había llegado, obviando los calzoncillos y, justo cuando iba a salir solo a darse una vuelta y comprar algunas cosas, su cuñada lo llamó para que fuesen a comprar ropa juntos.

Eli lo llevó a varias tiendas y le iba poniendo por delante todo lo que a ella le iba gustando; dos pares de bañadores, varias camisetas, un par de camisas, calzoncillos, un par de vaqueros, unos zapatos de vestir, unas deportivas, chanclas…

Todo bajo la atenta mirada de Óscar, que no hacía otra cosa que aguantarse la risa.

—Eli, vamos a estar aquí cinco días, no cinco meses. —gruñó Thiago al ver qué Eli iba a buscar más ropa y que iba a acabar gastándose medio sueldo como siguieran así.

—No seas gruñón —bromeó Eli—. Tendrás que estar guapo, sobre todo si te encuentras con esa chica con la que discutiste en la playa ¿Te gusta?

—¡Maldito Héctor!, no sabe estarse callado. —susurró para sí—. Ella no me gusta, que conste. Al revés, cada vez que la veo me entran ganas de estrangularla. Y que hayamos coincidido aquí ya es de locos.

Óscar alzó una ceja y Eli le correspondió con una sonrisa cómplice.

—Bueno, pues si no para ella, para cualquier otra chica con la que quieras estar. Esa camisa resalta el azul de tus ojos. Eres muy guapo, Thiago, no hay una sola chica que no te haya mirado hoy.

Observó a su alrededor y vio a un par de mujeres que bajaban la mirada, avergonzadas en cuanto la suya se cruzaba con la de ellas.

—Está bien, —se dio por vencido—, compraré todo esto, pero nada más. En mi casa tengo ropa de sobra y, que conste, que es bonita. Tengo gusto para comprarme ropa solo.

—No lo pongo en duda —sonrió Eli.

Llegaron al hotel, cargados de bolsas y una maleta nueva para meter toda la ropa. Thiago volvió a su habitación para cambiarse, habían quedado para salir a cenar en poco más de media hora. Héctor se sumó a la cena. Los cuatro disfrutaron de la maravillosa gastronomía italiana, mientras brindaban con un buen vino y una muy amena y divertida conversación.

Un poco más tarde de las doce de la noche, cada uno se fue a su habitación agotados.

Thiago no tenía sueño y decidió que un buen baño nocturno en la piscina privada le haría relajarse después del día que había tenido. Se puso el bañador, cogió una toalla y caminó a la terraza.



Capítulo 7

Gema llegó a su habitación del hotel cansada del día. Había quedado de nuevo para cenar con su amigo Piero que la invitó a su nueva casa. Al parecer, Piero había dejado su apartamento en el centro y ahora vivía en una preciosa casa cerca de la playa. Las cosas como personal shopper le iban bastante bien al parecer.

Disfrutaron de una conversación y un buen vino. Después se despidieron y ella volvió al hotel en taxi. Ya allí, tomó el libro que estaba leyendo en el avión y se fue a la terraza para disfrutar del calor de la noche nocturna en una de las hamacas. Las vistas de noche eran espectaculares, la luna iluminaba el mar y, sabía que, cuando todos los establecimientos cerrasen, que por la hora que era poco faltaba, las estrellas se dejarían ver. Dando paso a un precioso cielo estrellado.

Tiró el libro en la hamaca y se apoyó en la barandilla de cristal, absorta en sus pensamientos.

Salió de su trance cuando oyó un chapoteo en la terraza contigua. Por pura inercia miró hacia donde se escuchaba el ruido y abrió mucho los ojos al ver de quién se trataba.

El pone-multas estaba saliendo de la piscina, mesándose el pelo corto hacia atrás para escurrírselo. Posó su mirada en ella y se quedó sorprendido al verla también.

—Pero ¿qué? —fue lo único que pudo decir al verla.

Ella se acercó al lateral.

—¿Me estás siguiendo o qué? —preguntó ella irritada.

—O tú a mí —contraatacó él enfadado.

—¿Es que no había más hoteles en toda Cerdeña?

—Podría preguntarte lo mismo.

Ella prefirió obviar que estaba empapado y medio desnudo, dejando ver un cuerpo demasiado perfecto. Y en lo que le gustaría quitarle esas gotitas de agua a lametones.

Él también prefirió ignorar que ella llevaba un vestido precioso que se adaptaba a sus curvas y que dejaba ver un bonito y sensual escote. Y en las ganas que tenía de enterrar su cara en él.

Ambos se quitaron esos pensamientos de la cabeza. No entendían por qué sentían aquello cuando, la realidad era que no se soportaban.

Ella para él era una niña pija y él para ella era un pone-multas. Esa era la realidad.

—Me voy a dormir. —dijo ella tras unos instantes de aguantarse la mirada con rabia—. Espero no encontrarme contigo más.

Caminó hasta su habitación.

—Lo mismo digo —gruñó él antes de que ella cerrara el ventanal en un golpe seco.

Él hizo lo mismo, lo mejor era que se fuese a dormir, ese día parecía no acabar nunca.



A la mañana siguiente, Thiago se levantó bastante tarde. Lo hizo a posta para no encontrarse con la pija en el pasillo. Lo que nunca supo es que ella hizo exactamente lo mismo con el mismo propósito y que, casi coinciden por tan solo cinco minutos de diferencia.

En el bar del hotel, estaban sus hermanos y Eli, en una de las mesas, rodeados de un delicioso desayuno mediterráneo.

—Pensábamos que no te ibas a levantar nunca. —bromeó Óscar tras darle los buenos días.

—No sé ni para que vine aquí, me tendría que haber quedado en casa. —dijo enfadado. No tenía ninguna intención de menospreciar el regalo de sus hermanos, pero estaba teniendo más ansiedad que patrullando las calles en plenas fiestas de la ciudad. Eso no eran realmente vacaciones—. Pierdo la maleta, el traidor este me deja solo y, encima, me encuentro a la niña pija por la que me llevé una bronca de mi jefe. Que resulta, que se ha hospedado en la habitación contigua a la mía. Ya no voy a poder ni salir a la piscina.

El camarero fue a tomarle nota y pidió un café y unas tortitas con sirope de arce. Necesitaba endulzarse un poco al menos.

—Anímate, hombre. —Eli intentaba que se viniese arriba—. Hoy estamos todos juntos, podemos hacer un plan los cuatro.

—Sí, claro, ¿qué te apetece hacer? —sugirió Óscar.

—Conmigo no contéis. —respondió Héctor—. He quedado con las chicas de ayer. Estoy intentando conseguir algo que sería histórico y que recordaré el resto de mi vida.

Óscar y Eli lo miraron desconcertados.

—Se quiere montar un trío —aclaró Thiago cogiendo un par de moras del desayuno de su hermano pequeño.

La pareja se quedó sorprendida al escuchar aquello y Thiago negó con la cabeza.

—En fin, me daré una vuelta por la isla, quizás vaya a uno de esos sitios donde se conduce un Ferrari, puede ser divertido —Thiago prefirió cambiar de tema.

—Vamos contigo —dijo Eli risueña.

—No, vosotros disfrutad del tiempo a solas. Me sentiré mejor sabiendo que hacéis cosas románticas. Me sentiría muy mal si os chafo los planes.

—No nos vas a chafar nada, Thiago, de verdad. —aclaró Óscar.

—Insisto. —quiso acabar la conversación. Se terminó el desayuno—. Voy a cambiarme y le preguntaré al de recepción dónde hay una de esas pistas. Me lo voy a pasar en grande si consigo conducir uno de esos.



Capítulo 8

Cansado de estar solo en su habitación decidió darse un paseo por la playa.

Cuando llevaba caminando unos minutos por la orilla, una notificación en su móvil le avisó de un mensaje.

Héctor: Hermano, mañana te lo compenso, pero es que esto lo tengo que vivir.

Puso los ojos en blanco y volvió a bloquear el móvil. No se iba a esforzar en contestar al traidor que lo había dejado solo.

Pensó que iba a tener un poco de diversión cuando vio, a lo lejos, lo que parecía un puesto de motos de agua. La verdad es que le encantaban y, siempre que surgía la ocasión, se montaba en una.

El hombre que llevaba el puesto le dijo que tendría que haberlas reservado, ya que estaban muy cotizadas. Señaló hacia la orilla donde la gente comenzaba a montarse.

—La última se la acaba de llevar aquella *signorine* de allí. —comentó el hombre de pasada—. Tendrá que esperar a que se quede alguna libre o reservar una hora que esté disponible.

Thiago miró hacia donde le había señalado. La niña pija de sus pesadillas se estaba preparando para montarse en una de las motos. Acababa de arrebatarle el pasar un momento de lo más placentero.

Vio que le estaba costando sacarla de la arena y, por puro e inentendible impulso, decidió ser un caballero e ir a ayudarla.

—Deja que te eche una mano —dijo Thiago haciendo que ella se sobresaltase al no esperarlo tras ella.

—¿De verdad que no me estás siguiendo? —preguntó ella al darse la vuelta—. Esto ya es acoso, tú deberías saberlo mejor que nadie.

—No te lo tengas tan creído. —respondió él, molesto—. Solo hemos coincidido, pretendía ayudarte a empujar para que te fuera más fácil. Yo solo he venido aquí a montarme en una de estas, pero parece que me voy a quedar con las ganas.

Cuando la moto estuvo en el agua, Thiago decidió alejarse para que la pija no siguiera pensando que la quería acosar.

—Gracias —oyó decir tras de sí. Él ni tan siquiera la miró, levantó un brazo a modo de *no hay de qué* y siguió caminando. Quizás una cerveza en algún bar de los alrededores le sentaba bien.

Gema no entendió que se le pasó por la cabeza, quizás fue que se sintiese avergonzada por cómo le había hablado cuando él solo quería ayudarla. Pero tuvo un impulso.

—¡Pone-multas! —gritó cuando él se estaba alejando. Thiago se dio la vuelta poniéndose la mano en la cara a modo de visera—. Podríamos compartirla si te apetece.

—¿En serio quieres seguir en compañía de tu acosador? —preguntó burlón acercándose para no gritar.

—No creo que seas un acosador. —respondió ella—. Solo hemos coincidido en la misma zona... y el mismo hotel ¿Quieres compartirla o no?

Thiago lo pensó unos instantes antes de responder.

—¿Puedo conducirla?

—Podemos turnarnos —Gema se encogió de hombros.

—Debería pagarte, al menos, la mitad del alquiler.

—Para nada, luego me invitas a una cerveza y estamos en paz. —No entendió porque dijo eso—. Quiero decir... si te apetece. Es decir, que no hace falta.

—Estaré encantado de invitarte a esa cerveza —sonrió.

Thiago depositó sus cosas en la bolsa impermeable que estaba colgada en el manillar y fue corriendo al puesto para ponerse un chaleco salvavidas. Cuando estuvieron listos, él se montó detrás, pidiendo permiso para sujetarla por la cintura antes de hacerlo.

Esas manos provocaron en Gema un cosquilleo en el estómago que nunca había sentido. Tragó saliva y puso en marcha la moto para comenzar el paseo. Después de muchas vueltas en el agua vieron a lo lejos lo que parecía una cala entre las rocas y decidieron ir hasta allí.

Era una preciosidad de arena fina y aguas cristalinas. Un pequeño trozo de paraíso. Otra moto de agua estaba en la orilla. Una pareja disfrutaba del paisaje, la chica estaba recostada en el pecho del chico, mientras charlaban y reían. Gema y Thiago se alejaron todo lo posible para que los enamorados tuviesen un poco de intimidad.

Gema se quitó el chaleco y se sentó cerca de la orilla con las palmas apoyadas en la arena y los ojos cerrados disfrutando del calor del sol de media tarde. Thiago hizo lo mismo, sentándose a su lado. Tras unos minutos de silencio, se decidió a hablar.

—¿Y qué más te gusta, además de las motos acuáticas? —quiso saber él.

—Pues me gusta la playa, la montaña, hacer senderismo, escalada. —Gema abrió los ojos para mirarlo.

—¡A mí también! —se sorprendió Thiago—. Aunque nunca he hecho escalada, no he tenido la oportunidad, pero me gustaría.

—Pues es una pasada, sobre todo por la satisfacción cuando llegas arriba. Es una maravilla.

—En mi próximo viaje me apuntaré lo de hacer escalada. Me lo has puesto demasiado bien.

—A ver si no nos da por escalar la misma montaña —bromeó Gema, lo que provocó que él sonriera.

Los ojos de Thiago se veían aún más bonitos con el reflejo del mar. Daban ganas de sumergirse en ellos.

—También me gusta la cocina, probar sabores nuevos. Investigar distintas recetas —Gema prefirió romper aquel momento de conexión que acaban de tener y que ambos habían sentido.

—Te va a sonar extraño, pero a mí también me gusta hacer eso. —Thiago agachó la cabeza y sonrió.

—¿De verdad?

—Sí, también me gusta probar restaurantes nuevos y, sí son extranjeros, aún mejor. Me encanta probar cosas nuevas.

—Vaya, somos más parecidos de lo que creía —sonrió ella.

—Eso parece, si fuéramos pareja no nos pelearíamos por decidir que hacer o donde ir. — Se dio cuenta al instante de lo que había dicho. Carraspeó queriendo aclararlo—. A ver que solo es una forma de hablar, no pretendía insinuar nada.

Gema levantó una ceja.

—No te lo tengas tan creído pone-multas —rio Gema.

Él le correspondió la sonrisa.

—Me llamo Thiago, por cierto. —Alzó la mano—. Podríamos dejar las multas atrás y empezar de nuevo.

—Gema. —Ella le estrechó la mano para enterrar el hacha de guerra.

El roce de sus manos les hizo sentir una sensación muy agradable a ambos. Ninguno de los dos quería soltar la mano del otro.

Gema volvió a sentir ese cosquilleo que sintió cuando él la tomó por la cintura en la moto.

Se soltaron las manos despacio, Thiago miró al frente y Gema jugueteó con la arena. Querían decir algo, pero no sabían cómo iniciar una conversación.

—Bueno, será mejor que nos vayamos o no te va a dar tiempo de conducir un rato la moto —fue ella quien rompió el silencio.

Thiago asintió, se levantaron y volvieron a ponerse los chalecos. Pusieron la moto en el agua y, tras unas vueltas más, volvieron a la playa. Esta vez Gema sujeta a la cintura de él.

Caminaron por la orilla de forma relajada, charlando animadamente.

—¡Yo también tengo dos hermanos menores! — exclamó Gema, después de que Thiago le

contase que ese viaje era un regalo de sus hermanos—. Luis se fue a vivir a Londres y Rodri, como yo le llamo, vive en Valencia con su mujer. Nos reunimos cada vez que podemos. Tienes suerte de tenerlos cerca.

—Tengo suerte a ratos. —bromeó Thiago—. Pero la verdad es que los quiero mucho. No les vayas a decir que lo he admitido, o se pondrán más pesados.

—Tu secreto está a salvo conmigo —rio Gema haciendo el gesto de la cremallera en la boca.

Llegaron a un bar hablando de otra cosa y pidieron dos cervezas.

—Me cuentas que en tu familia todos son médicos ¿Por qué te hiciste policía? —Gema sentía curiosidad por saberlo.

Thiago le dio un sorbo a su cerveza antes de hablar.

—La verdad es que iba a ser dentista. —explicó—. Estudié ciencias en el instituto. Tengo que admitir que la medicina no era algo que me entusiasmase en absoluto, pero toda mi familia lo era y mis hermanos estaban preparándose para ser médicos. Óscar siempre quiso ser ginecólogo porque le entusiasmaba mucho la creación de vida. Y a Héctor le fascinaban los huesos, así que no había duda de que sería traumatólogo. En cambio, a mí no me gustaba ninguna especialidad en concreto. Cuando hice la selectividad, con una nota bastante buena he de decir, mi padre me preguntó que qué iba a escoger y yo dije lo primero que se me vino a la mente.

— Dentista —afirmó Gema.

Thiago asintió.

—De camino a la universidad para matricularme, pasó algo. Una niña de unos cinco años, que se entusiasmó con una tienda de golosinas, se soltó de la mano de su madre y cruzó la carretera sin percatarse del autobús que pasaba por allí. Un policía joven que patrullaba por allí, no se lo pensó dos veces. Corrió hacia la carretera y tomó a la niña en brazos lanzándose hacia la acera de enfrente. Lo hizo de tal manera que fuese él el que cayera en el suelo. La niña salió completamente ilesa

—Fue un acto muy heroico por su parte. —dijo Gema impresionada.

—Lo fue, cualquiera no es capaz de hacer eso. Se llevó algunos rasguños y poco más, por suerte. Entonces supe lo que quería ser. Rompí los papeles de la matrícula y pregunté por la academia de policía. Lo más gracioso es que aquel agente acabó siendo mi compañero Agus.

—¿Cómo se lo tomaron tus padres? —preguntó ella.

—No se lo esperaban, pero se lo tomaron bien. Ellos solo querían que hiciera lo que me hiciese feliz ¿Y, tú? ¿Cómo llegaste a ser vicepresidenta de G. Motors?

—Desde luego, no fue viendo un acto heroico —bromeó Gema—. Sacaba muy buenas notas en el instituto, en selectividad saque una nota media de 9,8.

Thiago se impresionó al escuchar aquello.

—Me gustaban mucho los coches y tenía toda la intención de meterme en un ciclo formativo de mecánica. Pero entonces, con la nota tan buena que había sacado, me dieron una beca completa para la universidad y me metí en la carrera de ingeniería mecánica. Allí conocí a Michael y, cuando acabamos los estudios, él me propuso montar un taller a medias. Y poco a poco fuimos

creciendo hasta ahora.

—¡Vaya! Es impresionante lo lejos que habéis llegado —exclamó Thiago.

Gema asintió.

—Y pensar que estuve a punto de no aceptar la propuesta de Michael. —se dijo más para sí misma que para él.

—¿Por qué? —quiso saber Thiago.

—En casa había otras prioridades y lanzarme a montar un taller desde cero, sin saber cómo iba a ir, era muy arriesgado.

—Pues ahora tus padres deben estar muy orgullosos de ti.

El semblante de Gema se tornó serio de repente, agachó la mirada y le dio un sorbo a su cerveza para disimular.

—Perdón si he dicho algo que te haya ofendido. —Thiago no se esperaba esa reacción por parte de ella.

—No, no pasa nada. No te preocupes —respondió Gema.

Un mensaje sonó en el móvil de Thiago rompiendo el enrarecido ambiente.

Thiago fue a ver de qué se trataba.

Eli: No has querido venir con nosotros a pasar el día. Pero de la cena no te escapas. No seas tonto, que tú no los molestas para nada. Te esperamos a las nueve en la puerta del hotel. Como no vengas pienso buscarte por toda Cerdeña. Es una advertencia ��.

Thiago rio con el mensaje de su cuñada. Le contestó que iría encantado.

—He quedado con mi hermano y mi cuñada para cenar ¿Te animas a venir? —preguntó Thiago con una sonrisa.

El semblante de Gema se tornó más alegre.

—Me encantaría, pero he quedado con unos amigos.

Thiago asintió con resignación.

—Pero mañana estoy libre —continuó ella—. Podríamos quedar para pasar el día juntos si te apetece.

La sonrisa de Thiago se ensanchó más si eso era posible.

—Me encantará pasar el día contigo.

Acordaron una hora para quedar al mediodía. Se sentaron en aquel bar para almorzar algo ligero y luego caminaron hasta el hotel para despedirse hasta el día siguiente.

Justo cuando cerró la puerta de su habitación, Thiago hizo un gesto de triunfo. El día siguiente iba a ser de lo más interesante.



Capítulo 9

A la mañana siguiente, Thiago se levantó con una sonrisa en los labios. Se puso un bañador y una camiseta y caminó hasta la zona de comedor del hotel, donde le esperaban sus dos hermanos y su cuñada para desayunar.

Para ninguno de ellos, pasó desapercibido el rostro de felicidad que tenía Thiago aquella mañana.

—Se te ve mucho más animado que ayer. —Fue Eli quién se atrevió a hablar— ¿Ha pasado algo nuevo que debamos saber?

—Las vacaciones están empezando a gustarme —respondió Thiago sin más, encogiéndose de hombros.

—¡Pues que bien! —se alegró Eli—. Hoy podríamos hacer algo los cuatro…

—No. —Thiago carraspeó al ver qué había sido demasiado impulsivo al interrumpir a Eli—. Es decir, hoy he hecho planes, digamos que conmigo mismo, y me he propuesto hacerlos. Así que Óscar y Eli podéis hacer el plan de pareja que queráis y Héctor, el traidor, ve a tirarte a todas las tías que te dé la gana. Móntate una orgia a mi salud.

Tomó el zumo de naranja a modo de brindis.

—Venga, hermanito, no te enfades. —dijo Héctor sintiéndose algo culpable—. Es que tengo a esas chicas a punto de ceder. Hoy no las voy a ver en todo el día. He quedado mañana con ellas, podemos hacer lo que tú quieras y prometo no poner ninguna pega.

—Pues que te cunda el día solito —soltó Thiago con una sonrisa.

Tras terminar el desayuno, volvió a su habitación para coger una toalla. Gema y él habían quedado en la playa para pasar el rato y luego verían que iba surgiendo a lo largo del día.

Se encontraron en el vestíbulo del hotel y fueron caminando hasta la playa. Gema llevaba un vestido blanco corto y un bikini de color rojo.

Cuando encontraron un sitio adecuado, pusieron las toallas en la arena y se tumbaron a tomar el

sol y charlar, contándose cosas el uno del otro.

Después de un buen rato tumbados y de picar algo en el bar que estaba más cerca de la playa, Thiago la invitó a un helado de una de las heladerías artesanales que había alrededor.

Disfrutaron del helado dando un paseo por la orilla del mar.

Thiago le señaló algo en el horizonte y, cuando Gema fue a darse la vuelta, él le manchó la mejilla con el helado a posta, ahogando una risa. Ella, como venganza, cogió un poco de helado con el dedo y le manchó la nariz a él, sonriendo en el acto.

Él se tocó la nariz y se lamió el dedo.

—Muy rico —dijo justo antes de tomar a Gema como un saco de patatas y llevarla corriendo hacia el agua.

—¡Estás loco! —Gema pataleaba y reía hasta que él los zambulló a ambos en el agua.

—Había que quitarse el helado —se justificó riendo cuando volvieron a la superficie.

Gema le echó agua en la cara.

—Me debes otro helado —bromeó ella volviendo a salpicarlo.

—Todos los que quieras, —rio él—, pero no empieces una guerra que no puedes ganar.

Parecían dos niños lanzándose agua el uno al otro y zambulléndose hasta que Gema se rindió.

—He ganado, merezco un premio —dijo Thiago.

—¿Y qué premio quiere el vencedor? —preguntó Gema curiosa.

—¡Hum!, a ver, no hay mucho por aquí. —Fingió pensarlo—. Tal vez… un beso de la que ha sido derrotada.

—¡Tú eres muy listo! —dijo Gema alzando una ceja.

—¿Qué me propones entonces? Los vencedores se merecen una recompensa.

Tras pensarlo un momento, Gema cedió.

—Está bien, un beso. Pero sólo uno —advirtió.

Él asintió satisfecho.

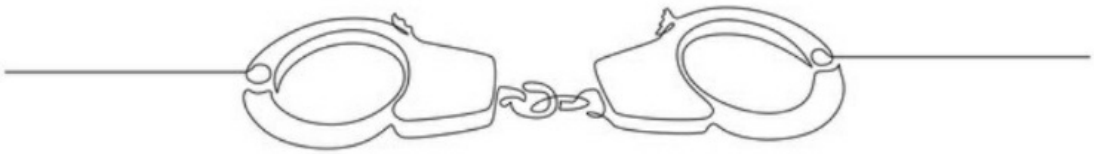
Ella se acercó a él, le pasó las manos por el torso hasta rodear su cuello mirándolo fijamente haciendo que el corazón de Thiago se saltase un latido. La sonrisa se desvaneció de sus labios preparándose para probar la sensual boca de Gema.

Ella se acercó más, mirando los labios de él y pasándolos de largo para depositar un beso rápido en su mejilla y salir corriendo hasta la arena.

—Eres una tramposa. —gritó él tras ella.

—Para nada. —rio Gema—. Has dicho un beso y es lo que te he dado. Estamos en paz. Bueno, en realidad, todavía me debes un helado.

Thiago rio moviendo la cabeza a ambos lados.



Después de estar en la playa casi todo el día, decidieron ir a cambiarse para cenar juntos.

Por primera vez en su vida, Thiago no sabía que ponerse para salir. Miraba la ropa que se había comprado dudando en cómo debía ir vestido.

Decidió mandarle un mensaje a Eli para pedirle consejo.

Thiago: ¿Puedes venir a mi habitación un momento? Ven sola, por favor.

Eli: Claro, dame unos minutos.

En unos instantes, Eli estaba llamando a su puerta.

—¿Por qué querías que viniese sola? —preguntó Eli sin entender.

—Es que quiero pedirte consejo, y no me apetece escuchar las burlas de mis hermanos —se justificó Thiago.

Le explicó lo que le pasaba y Eli no pudo evitar sonreír al escucharlo.

—Es que no quiero ir demasiado formal, pero tampoco demasiado sport…, no sé si me explico.

—Esa chica te gusta de verdad. —afirmó ella más que preguntó—. Nunca te has esforzado para impresionar a nadie.

—A decir verdad, sí que me gusta. —sintió que se sonrojaba—. Es decir, es simpática y lista y guapa y…

—Me alegro mucho por ti, y tranquilo, que tu secreto está a salvo conmigo.

—Gracias, en cuanto a la ropa… —señaló toda la que tenía encima de la cama.

—Ponte la camisa celeste de lino, los pantalones vaqueros y los náuticos. Esa camisa resalta el color de tus ojos. Así, no irás demasiado formal, pero tampoco como si fuera lo que te pones a diario.

—¿Estás segura? —seguía dudando.

—Completamente, ya me contarás. —Le guiñó un ojo—. Que sepas, que pienso preguntarte en cuanto estemos a solas.

Eli salió de la habitación de Thiago con una sonrisa en los labios y volvió a la suya, donde Óscar la estaba esperando.

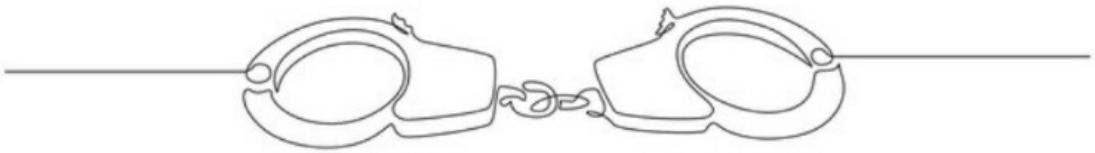
—¿Qué quería mi hermano? —preguntó con curiosidad en cuanto Eli cerró la puerta.

—Nada importante, solo quería decirme que no viene a cenar. —Era una verdad a medias

—Pues menudo misterio, podía habernos enviado un mensaje ¿Por qué no viene a cenar? ¿Está enfadado o algo así?

—Para nada, solo quiere tener un día para él. —Eli se dio la vuelta, fingiendo que doblaba una camiseta para disimular la sonrisa que se le había escapado. Volvió a darse la vuelta y abrazó a su prometido por la cintura. Decidió cambiar de tema—. Voy a llamar a mi hermana para ver cómo está nuestro pequeñito. Luego, tú y yo vamos a darnos un baño muy placentero en la piscina antes de llamar a Héctor y prepararnos para la cena.

—Eso suena de maravilla —gimió Óscar antes de fundir sus labios con los de Eli en un provocador beso lleno de deliciosas promesas.



Gema también había dudado que ponerse de ropa. Se había cambiado unas tres veces. Después de desechar algunas prendas, se acabó decantado por un vestido sencillo de color blanco sin mangas con bordes de encaje, escote en v y una transparencia de encaje a la altura de la cintura. Era un vestido muy bonito y fresco. En lugar de tacones, se puso unas cuñas de esparto atadas a la pierna y un bolso de esparto a juego.

Se sentía muy nerviosa y no entendía por qué. Thiago parecía ser distinto al resto de hombres que había conocido, o al menos, ella lo veía así.

Era tan divertido, tenía una sana mezcla entre la seriedad y la simpatía. Era un hombre de principios, pero a la vez, le gustaba bromear. Era un chico increíble y quería seguir viéndolo y conocerlo más.

Quedaron en la entrada del hotel. Cuando ella llegó, él ya estaba allí, vestido con una camisa azul cielo que le resaltaba el color de sus preciosos ojos azules.

—Estás preciosa —se atrevió a decir él, tomando la mano de ella y dándole una vuelta para contemplarla entera.

—Tú también estás muy guapo —dijo Gema con una sonrisa.

Él se la correspondió con una suya provocando que Gema se derritiese por dentro.

—Conozco un restaurante a unas manzanas de aquí en el que se come muy bien y podemos ir caminando sin problema. —ella quiso romper la tensión que comenzaban a sentir.

—Me parece una idea estupenda, después de ti. —Thiago hizo una reverencia a modo de broma. Ella se la correspondió riendo y caminaron uno al lado del otro hasta el restaurante. El camino se les hizo muy corto, hablando para conocerse un poco más.

Pidieron una botella de vino y decidieron compartir los platos que iban pidiendo para probarlo todo.

Disfrutaron de unos *culurgiones* que era una especie de pasta casera rellena de deliciosa crema de patatas con sabor a menta, servida con salsa de tomate fresco y albahaca.

También pidieron ensalada de pulpo sarda que se componía de pulpo, patata cocida y apio. Aliñada con sal, perejil y limón.

De postre compartieron un delicioso tiramisú y unas seadas, que era un dulce muy típico de

Cerdeña y estaban en casi todos los restaurantes de la zona.

Thiago insistió en pagar a pesar de las protestas de Gema.

—Al menos, paguemos a medias —seguía insistiendo ella.

—Te debía un helado y quiero compensarlo con la cena. —sonrió Thiago—. Insisto y no se hable más.

—Bueno, hay un bar con música muy buena en el hotel. Déjame, al menos, invitarte a una copa.

Esa petición iba con la intención de que Gema no quería que la noche acabase, quería pasar más tiempo con él.

Thiago asintió satisfecho, él tampoco quería separarse de ella todavía.

Caminaron de vuelta al hotel, llegaron hasta el bar de copas en el que había muy buen ambiente, se sentaron en una de las mesas de la terraza y pidieron dos ginebras con refresco de naranja.

Las vistas de la playa eran preciosas desde donde estaban. Hacía una noche cálida y casi todo el mundo estaba fuera, paseando por la arena o tomando copas y cócteles en los bares.

La canción de *1000cosas* de Lola Índigo y Manuel Turizo empezó a sonar.

—Me encanta esta canción. —Gema se levantó e instó a Thiago a que hiciera lo mismo—. Ven, vamos a bailar.

—Advierto que no sé bailar —dijo Thiago dudoso.

—Vamos, que solo es moverse —lo tomó de la mano sin apenas darse cuenta y lo guio hasta la pista de baile.

Gema comenzó a menear el cuerpo y Thiago la seguía, al principio algo cohibido, pero luego empezó a soltarse cada vez más. Se atrevió a tomarla por la cintura y ella, con una sonrisa, le rodeó el cuello con los brazos.

Thiago la miraba embelesado, se la veía muy bonita, totalmente desinhibida con el baile.

«A la mierda, si me llevo un guantazo habrá merecido la pena». Pensó él justo antes de unir su boca a la de ella en un beso lento y apasionado.

Cuando paró el beso ella lo miró seria y volvió a unir sus labios con los de él, deseosa de que no parase. Él la acercó más hasta rozar sus cuerpos.

La canción acabó y Gema acercó su boca al oído de él.

—¿Tú habitación o la mía? —le susurró.

—La que quieras —respondió Thiago.

—La tuya entonces, te será más fácil encontrar tu tarjeta en el bolsillo. —Lo cogió de la mano y lo llevó hasta la salida del bar.

Nada más cerrarse las puertas del ascensor del hotel no pudieron contenerse y empezaron a besarse con desesperación. Gema sentía cosas que nunca había sentido, era algo que no podía describir con palabras, salvo diciendo que ese hombre la volvía loca. Thiago daba gracias a que él ascensor estaba vacío cuando entraron. Si por él fuera, le daría al botón de parada y que pasase

allí lo que tuviera que pasar. Estaba totalmente ciego por el deseo y las ganas de entrar en ella.

Llegaron hasta la habitación de él entre besos. Thiago sacó la tarjeta de la habitación del bolsillo de su vaquero y fue ella quien abrió la puerta mientras él le daba besos en el cuello por detrás.

La necesitaba en su cama como necesitaba respirar.

Entraron dentro y cerraron la puerta sin ni tan siquiera encender las luces. Se chocaban con los muebles de forma descontrolada con muchas ganas de llegar a la cama. Él empezó a besarle el cuello, dejándole al descubierto un hombro para saborearlo con sumo placer. Ella comenzó a desabrocharle los botones de la camisa.

—Espera. —lo paró Gema un momento— ¿Tienes condones?

—Sí —afirmó el.

—Vale.

Gema volvió a besarlo. Encontraron la cama y Thiago la empujó para tumbarla en ella.

Gema, al tumbarse, hizo una mueca de dolor.

—Thiago, me he clavado algo en la espalda. —avisó ella.

Él fue a encender la luz y, cuando Gema fue a ver qué era lo que había en la cama, dio un salto y lo miró furiosa.

—Eso es ropa de mujer ¿Tienes pareja? —encima de la cama había un vestido, un collar y unos tacones en el suelo.

—¿Qué? ¡No! —Thiago estaba atónito—. No sé cómo ha llegado esa ropa ahí, se suponía que debía estar…

—¡Un momento! —Gema miró las prendas con más detenimiento—. Esta ropa es mía ¡Esa es mi maleta!

Se percató de la maleta entreabierta que había a un lado de la habitación con un lazo azul.

—¿Qué haces tú con mi ropa? —Gema estaba muy enfadada.

Thiago no sabía que decir, no tenía ni idea de cómo había llegado la ropa a la cama.

—Me confundí de maleta en el aeropuerto. —quiso aclarar—. No sabía de quién era, de verdad, yo la dejé cerrada en un lado de la habitación para devolverla.

—¿Y qué hacía ahí mi vestido? ¿Se puede saber que has hecho con él?

—Nada, en serio que no sé cómo ha llegado a la cama. No he vuelto a tocar la maleta.

Thiago se acercó a ella.

—No me toques, no me fío de ti. —advirtió Gema—. Si me tocas, gritaré.

Thiago retrocedió con los brazos arriba para indicarle que no pensaba hacerle nada.

Gema recogió a toda prisa sus cosas y se llevó la maleta consigo.

—No quiero volver a verte en la vida —dijo enfadada justo antes de salir dando un portazo.

Thiago se puso los brazos en jarra intentando adivinar que acababa de ocurrir. Segundos más tarde, oyó un golpe sordo en la terraza.

Cuando fue a mirar, descubrió lo que, segundos más tarde, se percataría de que era su maleta perdida.

Se sentó en la cama entre desconcertado y dolido. Al mirar hacia el suelo encontró un papel escrito. Apretó los dientes con furia en cuanto leyó lo que ponía:

Mi amor, no te enfades conmigo. Ponte esto, te espero en el bar de abajo para invitarte a una copa. Con mucho cariño, tú amado Héctor.

Iba a esperar al día siguiente para hablar con él, si iba ahora a buscarlo, sabía que lo mataría y no tenía ganas de ir a la cárcel por matar a un gilipollas.



Capítulo 10

Gema se levantó de la cama a la mañana siguiente y fue a darse una ducha. Tenía todo el pensamiento de cambiar de hotel ese mismo día o irse a España directamente. Las vacaciones, para ella, se habían acabado. Estaba claro que, hasta los pervertidos eran guapos. Sintió un pinchazo en la boca del estómago, probablemente era de decepción. Parecía que había encontrado a alguien con quien compartir mucho y, al final, todo era una farsa. A saber, si no la había investigado, o algo así, para saber lo que a ella le gustaba y así poder camelársela. Había demasiadas coincidencias entre los dos, hasta la misma maleta con un lazo azul. Probablemente todo había sido una estratagema de él.

Cuando volvió a vestirse, llamaron a la puerta. Un empleado del hotel le entregó un sobre.

Al abrirlo encontró dos papeles escritos con dos letras diferentes. Leyó primero el que llevaba su nombre.

Gema, he descubierto quién colocó tu ropa en la cama. Fue mi hermano para gastarme una broma de mal gusto. Yo solo quería aclarar que no soy ningún pervertido ni nada por el estilo. Espero que esto lo demuestre.

Por mi parte, me vuelvo a España así que no volverás a verme, espero que disfrutes de lo que te resta de vacaciones. Un saludo, Thiago.

Vio el otro papel en el que estaba escrito el nombre de Héctor.

El tal Héctor les había fastidiado una noche que habría prometido ser estupenda. Recordó los besos de la noche anterior y esos ojos azules que hacían que sus piernas se convirtieran en gelatina.

Lo buscó en la habitación contigua, quería hablar con él y disculparse por haberlo juzgado mal.

En la habitación, que estaba abierta, solo había dos chicas limpiando. No había ningún objeto

personal que hiciese ver que la habitación estaba ocupada.

Corrió hacia abajo para ver si lo encontraba. Fue a la recepción y preguntó al chico por la persona que le había entregado ese sobre.

—Señorita, ese sobre lo entregaron hace más de una hora. El caballero que nos lo dio, se marchó nada más entregarlo. No sabemos nada más de él, es todo lo que puedo decirle. —informó el chico de recepción.

Gema, decepcionada, se volvió a su habitación. Al parecer Thiago se había convertido en un bonito sueño. Lo único que le quedaba de él eran los maravillosos recuerdos y los besos apasionados que se le habían grabado a fuego en la piel.



Unas horas antes, Thiago recogió todas sus cosas, llevándose consigo las dos maletas. No quería irse sin despedirse, así que bajó al restaurante donde sabía que estaría su familia.

Óscar y Eli reían con algo que él le estaba contando mientras disfrutaban de un café. Cuando vieron a Thiago con las maletas, sus semblantes cambiaron por completo tornándose serios.

—¿Dónde vas? —preguntó Óscar tras saludar a su hermano.

Eli también estaba intrigada por saberlo.

—Vuelvo a casa, chicos. —respondió Thiago sentándose unos minutos para poder explicarse—. Estos días han ido de mal en peor y cuando parecía que todo iba a mejorar y ser alucinante, cierto hermano pequeño nuestro lo estropeó con sus estúpidas bromas.

—¿He oído hermano pequeño? —Héctor se acercó a la mesa sonriente y se sentó entre Thiago y Óscar.

—Será mejor que ahora mismo te pierdas de mi vista, si no quieres que te retuerza el pescuezo con mis propias manos. —gruñó Thiago, su voz era calmada, pero su enfado era más que latente —. Me has estropeado una cita increíble con una mujer maravillosa que ahora no quiere ni verme.

—¿Cómo he podido hacerlo, si no te vi en todo el día? —Héctor no entendía nada.

Thiago explicó los últimos acontecimientos.

Óscar y Eli miraron a Héctor enfadados.

—¿Cómo has podido? —preguntó Eli atónita.

—No sabía que tenía una cita. —intentó justificarse Héctor—. Dijo que estaría solo, quería invitarle a una copa ¿Por qué no dijiste la verdad?

—Precisamente, porque no me apetecía escuchar ninguna de tus burlas o que intentaras montarte una orgia. —respondió Thiago molesto.

Justo cuando Héctor iba a volver a hablar para disculparse, dos chicas, las del bar, lo llamaron

desde otra de las mesas.

—Un momento, ahora vuelvo. Esta noche es la noche, las he invitado a mi habitación y han aceptado. Hermanito, hay más peces en el mar. Probablemente encuentres pronto a otra chica con la que acostarte —dijo Héctor orgulloso antes se levantarse y acercarse a las chicas.

Thiago lo fulminó con la mirada.

—¿Pero este, cuando piensa madurar? —preguntó Óscar retóricamente.

Thiago frunció el ceño furioso, mirando como su hermano Héctor reía con las dos chicas, se levantó y se acercó a ellos.

De pronto cambió el semblante, puso una sonrisa, se colocó tras su hermano y pasó las manos por el torso de este.

—Cariño, —puso una voz afeminada—, ya sé que estos días hemos estado enfadados, pero quería disculparme. Siento haber cogido una habitación separados. No intentes darme celos con estás chicas, ya he captado el mensaje.

—Thiago, ¿Se puede saber qué haces? —Héctor no entendía ese numerito.

—Vamos, si me lo haces siempre. —Thiago hizo aspavientos y se sentó al lado de las dos mujeres para dirigirse a ellas—. Se enfada y se pone a ligar con mujeres, no sé por qué con mujeres. Yo creo que para no meter la pata. Y luego, cuando ellas quieren algo más de él, evidentemente no puede hacerlo, porque a mí chico solo se le levanta conmigo. Luego se arrepiente y vuelve conmigo y las reconciliaciones ¡son una locura!

Las dos chicas, completamente atónitas, se levantaron de sus asientos con una excusa y se marcharon diciendo que al final no podían quedar con él esa noche.

—No, chicas, esperad, por favor, está de broma… —no pudo seguir diciendo nada más porque las chicas prácticamente salieron corriendo en dirección contraria. Miró a su hermano enfadado — ¿Por qué has hecho eso?

—Estamos en paz. —Thiago volvió a poner su voz de siempre. Se levantó y palmeó el hombro de su hermano—. No te preocupes, hay más peces en el mar. Seguro que encuentras a otras dos mujeres que esta noche quieran acostarse contigo a la vez.

Dicho eso, con una sonrisa de triunfo, fue hasta la mesa de Óscar y Eli. Se despidió de ellos, cogió sus dos maletas, dejó un sobre para Gema en recepción y se marchó de allí.

Un vuelo hacia su casa le esperaba en el aeropuerto.



Capítulo 11

Gema volvió a su casa al día siguiente.

Su apartamento, de repente, se le hizo demasiado grande y no entendió por qué. Una sensación de soledad, que nunca había sentido, la invadió sin más.

Quedó al día siguiente con Emma, para tomar algo y charlar un rato. A raíz del matrimonio de Michael con ella, ambas habían forjado una buena amistad. También conoció a Sarah a través de Marcos e incluso conoció a Clara un día que salieron las cuatro en plan día de chicas.

Se lo pasó genial con ellas. Pero con quién más confianza tenía era con Emma. Tras una conversación trascendental, Gema le acabó contando todo lo que había ocurrido en Italia.

—¿Y no tienes forma de contactar con él? ——preguntó Emma.

—Sé su nombre y su profesión, podría ir a una de las tres comisarías que tenemos en la ciudad, pero dudo mucho que quiera verme. Lo tomé por un pervertido, llevo insultándolo prácticamente desde que lo conocí.

—No, no es buena forma de iniciar algo. —dijo Emma pensativa.

Gema jugueteaba con la cucharilla de su taza de café.

—A ver, tampoco es que pensara en tener una relación con él. —quiso aclarar—. Tan solo, sentía curiosidad por ver qué iba surgiendo. Y habría estado genial que esa noche hubiese acabado… bien.

Los besos de Thiago seguían torturándola cada día, ese hombre besaba con una ternura y, al mismo tiempo, con una avidez impresionante. Sus labios la habían derretido como un cubito de hielo puesto al sol en pleno agosto.

Cuando volvió el lunes al trabajo, se encontró una caja en su oficina. Era de color blanco, envuelta en un lazo rojo. Un sobre, justo encima, acompañaba el paquete.

Al abrirlo, vio que había una nota:

Espero que este regalo te anime. Con cariño, Emma.

No esperó más para abrirla. Le quitó el lazo con cuidado y, con un cúter, rompió el celo. En ella había, nada más y nada menos, que diez botellas de su gel de ducha favorito con sales del mar muerto.

Abrió mucho los ojos y empezó a dar saltitos de alegría, como una niña el día de reyes.

Paró nada más oír unos golpecitos en la puerta.

—Veo que te ha gustado el regalo de Emma —rio Michael.

—¿Cómo los ha conseguido? Son muy difíciles de encontrar. Casi siempre están agotados. —preguntó Gema sorprendida.

—Pues, por lo visto, hay una tienda en la ciudad vecina que los suministra. —respondió Michael —. Creo que Emma los ha dejado sin existencias, a ella también le gusta. Solo que ella los guarda a buen recaudo para que Julia no los encuentre.

Ella sonrió al acordarse del desastre de la bañera.

—Voy a necesitar la ubicación de esa tienda. Nunca se sabe cuándo me vais a volver a dejar a vuestra hija. —bromeó.

—Le diré a Emma que te la envíe en cuanto pueda.

Los dos se pusieron manos a la obra nada más acabar la conversación, hablaron sobre los proyectos y nuevos talleres que abrirían en un futuro. A parte de preparar, también, contratos con proveedores y publicidad.

Por otro lado, Thiago volvía a la comisaría con el rostro impasible y sin ganas de hablar con nadie. Agus le preguntó por el viaje y él le respondió con un gruñido poco amigable.

—Veo que no muy bien —se respondió Agus a sí mismo.

—No tendría que haber ido a ese maldito viaje. Créeme que hubiera estado más feliz aquí, en la comisaría.

—Pero ¿Tan mal fue? —a Agus le extrañó la reacción de su amigo.

Mientras patrullaban, Thiago le fue contando todo por lo que había pasado.

—Casi me detiene la policía italiana por fratricidio —concluyó la anécdota.

Agus se mordió los labios para no reírse. Sabía que su compañero lo había pasado bastante mal, pero la situación era bastante cómica.

—¿En serio? ¿La chica de la sede? ¿La *pija* con la que no te acostarías porque no querías ser uno más en su lista?

—¿Solo te has quedado con eso de lo que te he contado? —preguntó Thiago—. Además, es una mujer increíble. Es mucho mejor de lo que pensaba. Y ahora, si me la encuentro, que espero que

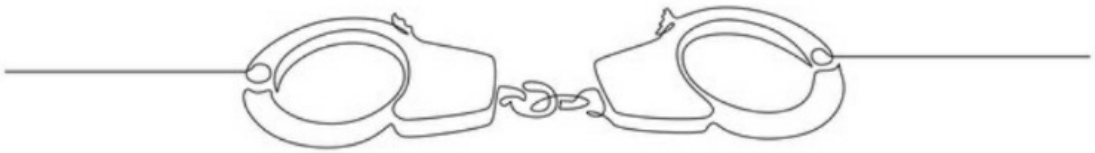
no, voy a tener que correr en dirección contraria para que no piense que la estoy acosando.

Thiago no paraba de pensar en el día del bar de copas. En los besos que no pudieron parar de darse hasta que no llegaron a su habitación. En esos ojos marrones que lo miraban con deseo y en la suavidad de esa piel en sus manos. Le entraron muchísimas ganas de parar ese ascensor y tomarla allí mismo. Pero todo se había desvanecido. Se tendría que conformar con esos recuerdos el resto de su vida.

—Oye ¿Qué te parece si, cuando salgamos, te invito a una cerveza? Le diré a Soraya que llegaré más tarde a almorzar y así te animas un poco.

Thiago aceptó la invitación de su amigo.

Lo mejor sería que pasase página y se olvidase de una vez por todas de Gema.



Conforme el tiempo iba pasando, parecía que todo mejoraba. Unas semanas después del viaje a Italia, Thiago casi no pensaba en ella. Se acordaba de vez en cuando, pero comprendió que era agua pasada. Además, no había pasado, tampoco, nada entre ellos.

Se acordaba de ello mientras ayudaba a meter a su sobrino en el coche. Lo sentó en la silla de seguridad y le puso el cinturón. El pequeño Óscar se iba comiendo unos gusanitos que le había dado su madre para que estuviese entretenido. Le ofreció uno con una espléndida sonrisa a su tío y este lo cogió gustoso mordiendo los deditos del pequeño, como si fuera a comérselos, y haciéndolo reír. Luego se montó en el asiento del copiloto y Eli se montó en el del conductor. Eli le había pedido que la acompañase al centro comercial para hacer unas compras y devolver unos zapatos del pequeño Óscar por otros de mayor tamaño.

—Gracias por acompañarme. —Habló Eli mientras se abrochaba el cinturón—. Contigo va a ser más fácil tenerlo entretenido y me dejará hacer las compras. Los zapatos tenía que devolverlos ya o me iba a caducar el plazo de devolución. No me puedo creer que el pequeño Óscar necesite ya un número más. Espero no haberte chafado ningún plan.

Thiago sonrió a su cuñada.

—Tranquila, iba a pasar la tarde en casa hoy, no tenía ningún plan en mente y me encanta pasar tiempo con mi sobrino. Como dices, el tiempo pasa muy rápido y el niño crece a pasos agigantados. Parece que fue ayer cuando lo cogí por primera vez en brazos un par de días después de que vinieseis del hospital.

Miró hacia atrás para ver la carita de su sobrino que, cada día que pasaba, era más niño y menos bebé.

El camino al centro comercial pasó rápido mientras charlaban de cosas sin importancia. Óscar iba feliz en brazos de su tío, señalando todo lo que le llamaba la atención. Thiago paró con él en una juguetería para comprarle un regalo.

—Me lo estás mimando demasiado —regañó cariñosamente Eli a su cuñado.

—Solo es un juguete. —Thiago le quitó importancia—. Quiero aprovechar todos estos momentos con él. Algún día, será un adolescente y no querrá pasar tiempo con su tío. Pensará en chicas y videojuegos…

—Falta mucho para eso. —respondió Eli—. Además, seguramente os buscará a ti o a Héctor para hablar de chicas. Con su padre o conmigo le dará vergüenza hacerlo.

Se encontraron un pequeño parque de juegos y Óscar no paraba de señalar donde este se encontraba para poder jugar. Thiago decidió quedarse con el pequeño en el parque mientras Eli devolvía los zapatos.

El pequeño Óscar se decantó por un caballito que daba saltos al echarle una moneda. Thiago se sorprendió al ver qué, para ponerlo en marcha, también se podía pagar con tarjeta. Ya no había excusas para que los niños no pudiesen montar.

Justo antes de echar la moneda, escuchó una voz tras de sí.

—¡Eres un cabrón!

Hasta el niño miró hacia donde se escuchó aquel insulto. Thiago cogió al niño en brazos y se dio la vuelta para encontrarse cara a cara con Gema.



Capítulo 12

Gema no salía de su asombro, había salido de la oficina y, tras comer algo en un restaurante con una amiga, había decidido ir al centro comercial para hacer unas compras. Había ido antes a su casa para quitarse la ropa que solía llevar al trabajo y ponerse algo más informal. Se puso unos vaqueros, unas zapatillas deportivas y una camiseta de manga corta. Se dejó el pelo suelto y cogió un pequeño bolso negro para completar el atuendo.

Cuál había sido su sorpresa, cuando vio a Thiago con una mujer y un niño que no podía ser más idéntico a él.

Se encendió de ira y aprovechó que la chica se alejó para decirle todo lo que la consumía por dentro.

—¡Eres un cabrón! —Fue lo que salió por su garganta nada más posicionarse tras él. Thiago se volvió con el niño en brazos, sorprendido de verla.

—Que conste que este ha sido otro encuentro totalmente fortuito. —quiso aclarar él—. En ningún momento he pretendido que nos volviéramos a ver. Yo solo estoy aquí porque…

—Eso me da igual, —lo interrumpió ella muy enfadada—, estás casado y tienes un hijo. —afirmó más que preguntó si dejar hablar a Thiago—. No me lo negarás, ese pequeño es tu viva imagen ¿Qué pasó en Italia? ¿Aprovechaste que estabas solo para correrte una juerga con otra mujer mientras tú chica estaba aquí con tu hijo? ¡Eres un sinvergüenza!

Óscar frunció el ceño y empezó a agitar su pequeña manita para defender a su tío de la mujer que lo estaba regañando.

Thiago casi se muere de ternura por el gesto de su sobrino.

—Él no lo podría definir mejor —se dirigió hacia Gema señalando a su sobrino mientras le entraba la risa.

—¿Encima te ríes? —Gema se sentía aún más furiosa.

—Me rio por lo ridícula que te vas a sentir en tres, dos, uno…

—Estaba devolviendo los zapatos y he pensado que mejor me llevo al niño. Para poder probarle otros y no tener que volver en unos días. —dijo Eli acercándose a Thiago y tomando a su hijo en brazos—. Hola, soy Eli. —Se percató de la mujer que estaba entre ellos.

Gema se armó de valor y decidió aclarar las cosas con aquella mujer.

—Que sepas, que tu chico estuvo coqueteando conmigo cuando estuvo en Italia. Me besó incluso y casi… casi acabamos en la cama. Tenía que decírtelo para que supieras con la clase de impresentable que estás.

—¿Que Óscar qué? —preguntó Eli sin podérselo creer. Calculando en qué momento Óscar se quedó solo en el viaje.

—Calma, Eli, que se está refiriendo a mí —respondió Thiago viendo cómo la cara de su cuñada se enrojecía.

—¡Ah! Thiago no es mi pareja. Es mi cuñado.

Ahora la que se enrojeció, pero de vergüenza, fue Gema. Thiago tenía razón, se sentía ridícula y no sabía dónde meterse.

—Bueno, me voy a por los zapatos con el niño. —Eli rompió el silencio incómodo que se formó entre los tres, empezó a alejarse con las protestas del pequeño Óscar por alejarlo de su tío y del parque de juegos—. Tranquilo, mi pequeño que mami te va a comprar una chuche en cuanto salgamos de la zapatería, y luego vamos a volver al parque…

Gema iba a hablar, pero Thiago la interrumpió.

—¿Un café? —preguntó sonriente señalando una cafetería cercana—. Me debes al menos eso. Además, casi te cargas la relación de mi hermano.

Gema asintió cabizbaja.

Caminaron hasta la cafetería y se sentaron en una de las mesas libres.

—Yo… lo siento, Thiago, pensé que el niño era tuyo. Es idéntico a ti. —se atrevió a decir Gema — ¿No hay alguna posibilidad de que lo sea?

—Teniendo en cuenta que yo ni conocía a Eli cuando ese niño fue concebido… —fingió pensarlo—. Es poco probable, pero podemos preguntarle a mi hermano, el padre del niño, es ginecólogo y a lo mejor nos dice algo que no sepamos.

Gema se mordió el labio para evitar que se le escapase una risa. Al instante volvió a ponerse seria.

—Eres una buena persona, Thiago, y te he juzgado mal desde el principio. Soy lo peor, pensarás mal de mí y con razón.

Una chica se acercó para tomarles nota. Pidieron un par de cafés solos con azúcar. Cuando la chica se marchó, Thiago empezó a hablar.

—Eres la primera mujer que me llama pervertido y cabrón. Eso tiene que significar algo, aunque no entiendo exactamente el qué. Tranquila, que no te odio ni nada por el estilo. Acepto tus disculpas a cambio de una cena el sábado. Si quieres, si sigues creyendo que soy un acosador no

aceptes.

—La verdad, es que cuántas más cosas extrañas nos pasan, menos pienso que seas un acosador. —dijo Gema pensativa—. Pero entiéndeme, tenemos tantas cosas en común, que es normal que lo pensara en su momento; la maleta con el lazo azul, la habitación contigua, la moto de agua…

—Le puse en lazo azul porque es mi color favorito y así podía diferenciarla, —aclaró Thiago—. aunque, al parecer, puede haber dos maletas idénticas con el mismo lazo. El código de seguridad de mi maleta es cero, cero, cero porque, a decir verdad, nunca me ha dado por pensar en un código para esta. La utilizo más bien poco. La habitación contigua fue porque en recepción hubo una equivocación. Las motos de agua me apasionan y la comida también.

Gema se sorprendió al escucharle.

—No entiendo cómo podemos tener tantos puntos en común. Parecemos dos caras de la misma moneda.

—Como dije en su día, eso puede ser muy bueno —Thiago se encogió de hombros sin darle mayor importancia.

Continuaron charlando hasta que Thiago vio a Eli montando al pequeño Óscar en el caballo que quería. Se despidió de Gema, no sin antes intercambiarse los números de teléfono para estar en contacto. Él puso un billete para pagar los cafés insistiendo en ello. Ambos se levantaron de sus asientos.

—Nos vemos el sábado —le recordó Thiago con muchas ganas de que ese día llegase y eso que, todavía era martes.

—Sí, el sábado nos vemos.

Thiago sonrió y se alejó hasta llegar a donde se encontraba Eli.

Ella se alegró al ver la cara de felicidad de su cuñado.

—Así que es la chica de Italia —afirmó Eli más que preguntó.

—Sí, la chica de Italia. —Abrazó a su cuñada con euforia—. Gracias por dejarme acompañarte al centro comercial, muchas, muchas gracias.

Eli abrió mucho los ojos por la sorpresa, le dio una palmadita en la espalda con la mano con la que no estaba sujetando al niño e intentó aguantar la risa.



Capítulo 13

Gema decidió ir el jueves con su amiga Emma de compras. Quería comprarse un nuevo vestido para su cita con Thiago. Estaba muy ilusionada con ese encuentro, nada de lo que veía en las tiendas le gustaba. La pequeña Julia las había acompañado a la aventura y, en más de una ocasión, Emma tuvo que quitarle de las manos unas cuantas cosas que estuvo a punto de romper, incluso hacía el intento de cruzar la carretera sola, provocando que Emma la tuviese que coger en brazos.

—El café nos lo tomamos en mi casa. —Emma estaba desesperada con su hija—. Así podremos hablar relajadamente. Ella se pondrá con sus juguetes y se quedará tranquila.

—Es una niña muy activa —respondió Gema al ver qué Emma no podía más.

—Mucho, por lo que nos han dicho en el colegio, es una niña con altas capacidades. Se aburre enseguida y le gusta explorar cosas nuevas. —explicó Emma—. Nos han propuesto que la llevemos a un colegio de inteligencia superior, pero no estoy del todo segura de si deberíamos llevarla. Quiero que siga siendo una niña.

—En eso te entiendo, yo tengo un cociente intelectual por encima de la media y no es fácil ser la lista del cole. Con la diferencia de que yo no tuve lo que se dice infancia, ni adolescencia. —Gema deshizo los recuerdos negativos de su niñez. El pasado, era el pasado. No tenía que regodearse en ello.

Llegaron hasta el coche de Gema y fueron al chalé de estilo moderno en el que vivían Michael y Emma.

Vivían justo en medio entre la ciudad y la costa. Gema prefería vivir en la ciudad, aunque no descartaba, algún día, mudarse a las afueras.

Hacía un espléndido día de finales de Junio y Emma decidió que tomasen algo en el jardín mientras vigilaba a Julia que se puso a saltar en la cama elástica.

Bien entrada la tarde, llegó Michael vestido con ropa deportiva. Acababa de llegar de un partido

de baloncesto que había tenido con Marcos. A ambos les encantaba ese deporte y, siempre que tenían ocasión, aprovechaban para tirar unas canastas.

Michael le propuso a Gema que se quedase a cenar con ellos, pero ella declinó la oferta. Entre el trabajo y las compras, estaba agotada y tenía muchas ganas de llegar a casa.

Aparcó en el parking y cogió el ascensor con un par de bolsas en la mano. Nada más llegar al rellano, notó que algo no iba bien. La puerta de su apartamento estaba entreabierta. Al empujarla descubrió, nada más entrar, que la casa estaba toda revuelta. Alguien había entrado y había tirado todo lo que había encontrado a su paso. Una sensación de pánico recorrió todo su cuerpo. En lugar de llamar a emergencias, llamó por impulso a la primera persona que cruzó su mente. Ni si quiera lo dejó hablar tras descolgar la llamada.

—Thiago, ven deprisa a mi casa, por favor, han entrado en mi apartamento, creo que a robar, y no sé si siguen aquí, estoy muy asustada. —intentó hablar bajito por si todavía había alguien allí.

—Mándame la ubicación, voy para allá, tranquila. No entres en el piso. Ve abajo y, si tienes portero, quédate con él. Bajo ninguna circunstancia te quedes sola —le explicó Thiago antes de despedirse de ella y colgar.

En cuestión de diez minutos, llegó Thiago al portal junto con otro chico, ambos vestidos de paisano.

—¿No estás trabajando? —preguntó Gema al verlo con ropa habitual.

—No, esta semana estoy en el turno de mañana. Estaba tomándome una cerveza con mi compañero y amigo Agus. — Hizo las presentaciones—. Ha querido acompañarme para ayudar.

—Siento haberos molestado. Es que no sabía a quién acudir.

—Has hecho bien en llamarme. Así me aseguro de que estás bien. —Thiago la miró con una mezcla de cariño y alivio al ver qué estaba de una pieza.

Un minuto más tarde, llegó un coche policial con dos compañeros de Thiago que saludaron a sus amigos con profesionalidad antes de preguntar por el piso al que había que ir.

Cuando llegaron, se pusieron unos guantes, dándole un par a Thiago y a Agus para que se los pusieran también, y comenzaron a mirar en todas las habitaciones. A simple vista, no parecía haber nadie.

Thiago le preguntó a Gema que mirase si echaba algo en falta y si tenía algo de valor en el apartamento.

—Todo lo que tiene algún valor, lo tengo en la caja fuerte. Y es indetectable. —explicó Gema—. Nadie sabe de su existencia salvo yo. Y en el caso de que la encontrasen, es inexpugnable. Necesitarían mis huellas dactilares y un código de seguridad.

Thiago pidió que se la mostrase. Lo que parecía, en apariencia, una simple pared, se retiró con un mecanismo oculto como si fuese una simple puerta corredera. Al retirarse la pared, se dejó ver una puerta metálica acorazada con una pantalla en el centro. Gema introdujo un código numérico y, a continuación, puso el dedo índice y el corazón. Se escuchó una especie de click y la puerta se abrió.

Thiago, por un instante, se sintió como en una película de acción. Eso no era una caja fuerte, era

una cámara acorazada.

—La hice construir cuando me mudé aquí quitando un trozo de la habitación contigua. —explicó Gema—. Todo lo de valor está aquí.

Thiago le indicó que mirase si echaba en falta algo.

Allí había sobre todo joyas, metidas en fundas y cajitas de terciopelo, y dinero.

Gema echó un vistazo a todo y negó con la cabeza. Todo parecía estar en su sitio.

Salieron de allí y Gema volvió a cerrar la habitación de seguridad. Porque, como pensó Thiago, llamar a eso caja fuerte sería quedarse corto.

Thiago revisó la puerta y la pantalla de la alarma que estaba en la entrada.

—No hay indicios de forcejeo y la alarma parece estar desconectada ¿Te aseguraste de ponerla cuando saliste?

—Sí, siempre lo compruebo dos veces y puedo conectarla también desde mi móvil. —aseguró Gema sacando su smartphone del bolsillo de sus vaqueros—. De hecho…

Se quedó mirando la pantalla unos instantes. No se lo podía creer, sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Ocurre algo? —Thiago se preocupó al ver su rostro.

—Según mi móvil, la alarma se desconectó a las cinco de la tarde. No puede ser, porque yo no estaba aquí y Marian, la chica que viene a limpiar, se fue antes que yo.

—¿Marian, tiene llaves del apartamento y sabe cómo desactivar la alarma?

—Sí, pero sé que ella no ha sido. Es de mi absoluta confianza, lleva muchos años conmigo. Ha tenido oportunidades mejores para robarme. —defendía a la chica con seguridad—. A veces, dejo dinero en la encimera cuando tengo prisa y ella jamás lo ha tocado. Es una buena mujer, os lo puedo asegurar.

—De todas formas, tenemos que hablar con ella para asegurarnos. Lo más probable es que tenga coartada. —respondió Thiago—. Si la alarma se desconectó, las cámaras no pudieron grabarle. La persona o personas que hicieron esto o son muy listas o tienen llaves y conocen la alarma.

Miró hacia afuera, en el rellano había cámaras. Era un edificio de lujo y estaba bien asegurado.

Según le explicó Gema, las cámaras grababan cada vez que detectaban movimiento y las grabaciones iban a una empresa de seguridad.

Tendrían que pedir una orden, pero por ahí podrían hacer algo.

—Bueno te recomiendo que no te quedes aquí. —explicó Thiago—. Lo mejor sería que te fueses a un hotel o quizás…

—Thiago, disculpa mi atrevimiento, pero ¿Puedo quedarme contigo? —preguntó Gema dejándolo sin palabras—. No quiero quedarme sola en un hotel, mis hermanos; uno vive a seiscientos kilómetros y el otro vive en Londres. Y tampoco quiero molestar a Michael, que es lo más parecido que tengo a un familiar aquí. Me da miedo quedarme sola, temo que hayan querido ir a por mí.

Thiago se quedó mudo, sin saber que decir. Agus se fue con los dos agentes con una excusa para dejarlos a solas.

—Lo siento, sé que ha sido pedir demasiado. —continuó Gema al ver qué él no decía nada—. No pasa nada, llamaré a Michael, sé que con ellos estaré bien.

Gema sacó su móvil para hacer la llamada.

—Espera. —Thiago por fin habló—. Sí, puedes…quedarte conmigo. Es solo… que me ha sorprendido tu petición, nada más.

—¿Estás seguro? —preguntó Gema.

—Sí, sin problema ¿Quieres coger tu coche? O, si lo prefieres, podemos ir en el mío.

—No, es decir, te sigo en mi coche, mañana tengo que ir a trabajar. Cogeré un par de cosas del vestidor y te seguiré.

Thiago simplemente asintió, estaba tan atónito que las palabras no querían salir de su boca.



Capítulo 14

Thiago le indicó donde aparcar al lado de su edificio y, cuando ella entró en su coche, metió su vehículo en la plaza del parking.

Entraron en el portal, cogieron el ascensor en silencio y llegaron hasta la última planta.

Thiago abrió la puerta de su apartamento con nerviosismo, como si fuese la primera vez que una mujer entrara en su casa. No entendía por qué se sentía así con ella.

Gema entró tras él hasta llegar al salón y depositó su pequeña maleta a un lado del sofá.

—Es muy bonito tu apartamento, Thiago.

—Es de mi hermano Óscar. Se lo alquilé hace unos meses, cuando él y Eli se compraron una casa en las afueras. La zona es muy buena y muy céntrica. No está en el centro, pero casi. Prácticamente se puede ir caminando a todos lados. No es tan lujoso, ni tan grande como el tuyo, pero…

—Es perfecto, Thiago. —lo interrumpió Gema, no entendía por qué, ese hombre, se sentía, de alguna forma, inferior a ella— ¿Conoces el barrio de la barraca?

—Todos los policías lo conocemos. —respondió Thiago—. Son incontables las veces que he estado allí; atraco a mano armada, escándalo público, drogas, robo de vehículos, destrozos varios, agresiones… es el peor barrio de la ciudad ¿Por qué lo preguntas?

—Vivía allí con mis hermanos, desde los dieciocho hasta los veinticuatro años más o menos, que pude permitirme algo mejor. —respondió Gema dejando una vez más a Thiago sin palabras—. Llevaba en el bolso un spray de pimienta y una navaja para poder salir a la calle. Mis hermanos también lo llevaban. Por suerte, nunca me hicieron nada. Bastaba con agachar la cabeza y no mirar lo que hacían. Si la policía venía, nadie había visto nada, esa era la regla. Mi hermano pequeño tenía diez años y mi hermano mediano dieciséis. Yo era la mayor y la que los tenía que proteger. Y cuando éramos más pequeños, ni que decir que no vivíamos en un barrio mejor. No nacimos nadando en dinero. Todo lo que he conseguido ha sido ganado con el sudor de mi

frente. Así que sí, tu piso es precioso y la zona es magnífica. Poco después de cumplir veinticuatro años, nos mudamos a una zona mucho mejor. El taller iba muy bien y pudimos salir de allí. Fue maravilloso poder darles a mis hermanos un buen futuro, a saber cómo habrían acabado de habernos quedado allí ¿Algo más que quieras saber?

Thiago abrió la boca para decir algo y volvió a cerrarla.

—Hay un italiano justo abajo ¿Te apetece comer algo? Puedo llamar y pedir algo para cenar. —no supo que más decir.

Gema asintió con una sonrisa. Cuando vino el repartidor, él insistió en pagar, pero ella se negó a que lo hiciera.

—Thiago, me has invitado a tu casa, es lo menos que puedo hacer —se justificó Gema.

Thiago se dio por vencido.

Comieron unos *tagliatelle* con trufa, un trozo de lasaña y pan de ajo mientras charlaban en el comedor. Más tarde, él le mostró el baño para que ella pudiera ducharse y cambiarse de ropa. Le puso un cepillo de dientes nuevo, le entregó una toalla limpia que sacó de un armario y le dijo que lo llamase si necesitaba algo más.

Gema procuró no tardar mucho en el baño, se duchó deprisa y se puso el pijama. Salió de este con la toalla y su bolsa de aseo en la mano.

Thiago cogió la toalla, rozando la mano de Gema sin querer y sintiendo una descarga de sensaciones en el acto. Cómo si hubiese sido el más íntimo de los contactos. Llevó la toalla hasta un cuarto de lavado que tenía al lado de la cocina y la echó en un cesto.

Volvió hasta dónde estaba Gema y le indicó donde iba a dormir.

—Este es mi dormitorio, cambié las sábanas ayer, pero si quieres, puedo volver a cambiarlas. Si necesitas cualquier cosa, estaré en el salón —Thiago sacó una manta fina del armario, un pijama, unos calzoncillos y el uniforme que se pondría al día siguiente.

—Podría dormir en cualquier sitio, no tienes por qué cederme tu dormitorio —dijo Gema apurada.

—Cuando mi hermano se fue se llevó algunos muebles, las otras dos habitaciones están vacías. Solo está la cama y el sofá para dormir. Tranquila, es bastante cómodo, dormiré bien.

—Pues podría dormir yo en él… —sugirió Gema.

—Me niego, eres mi invitada. Estaré bien en el sofá.

Se quedaron en silencio unos instantes, hasta que Gema asintió agachando la mirada. Él le deseó buenas noches y caminó hacia la puerta del dormitorio.

—Thiago… —lo frenó ella. Él se dio la vuelta para mirarla y ella se acercó—. Sólo quería darte las gracias… por todo.

—Es mi deber —respondió él con mucha profesionalidad. Le costaba mostrar lo placentero que era que ella estuviese en su casa. Cómo si hubiese dejado a cualquiera dormir allí.

—Ya, por lo de *proteger y servir* ¿No? —Bromeó Gema.

—Bueno, ese lema es estadunidense. Aquí es *comprometidos contigo,* pero sí. —sonrió.

Ella se atrevió a darle un beso en la mejilla, de apenas unos segundos, pero que a él lo quemó por dentro. Tragó saliva, se contuvo y volvió a darle las buenas noches. A Gema no se le ocurrieron más excusas para retenerlo y caminó hasta la cama.

Cuando se tumbó en ella, tras destaparla, sintió un cosquilleo en la boca del estómago. Las sábanas olían a Thiago, se tomó la libertad de aspirar el aroma de su colonia que desprendía la almohada.

Lo oyó entrar en la ducha, estaba atenta a cada sonido que escuchaba. Deseando que él volviese a entrar en el dormitorio con cualquier excusa.

Él salió del baño con el pijama puesto y la ropa que se había quitado en las manos, se quedó parado unos segundos en la puerta cerrada de su dormitorio, hizo amago de volver a entrar, pero, en el último segundo se contuvo y negó con la cabeza. Caminó hasta el cuarto de lavado y después al salón.

Tras poco más de una hora dando vueltas, Thiago se quedó dormido. Ella no tuvo tanta suerte, entre el olor de esa cama y el saber que el hombre, que ocupaba últimamente sus pensamientos, estaba a pocos metros, la hicieron perder por completo el sueño.

Se levantó cansada de dar vueltas, se fijó que la habitación estaba perfectamente limpia y ordenada. Ya había visto que toda la casa estaba así, pero ahora lo veía más minuciosamente. Se notaba que allí vivía un hombre al que le gustaba el orden y la perfección. Se atrevió a abrir una de las puertas del armario y vio las camisas de él perfectamente planchadas y colgadas. Abrió otra en la que había unos estantes con camisetas y pantalones bien colocados. En otras perchas estaban los uniformes. Todo era pura perfección. En una estantería encontró su arma y su placa. Se le había olvidado cogerlas. Una parte de ella sentía curiosidad por ver cómo entraría, a la mañana siguiente, para cogerlas con ella en la habitación.

Sin poder aguantarlo más, salió del dormitorio y fue directa al salón. No sabía lo que iba a hacer, pero quería hacer algo.

Se acercó con cuidado al sofá, Thiago dormía plácidamente boca arriba con la cabeza de lado. La manta se le había caído al suelo y los pantalones de pijama cortos que llevaba dejaban ver unas piernas bien trabajadas por el ejercicio.

Gema se mordió el labio, se veía aún más guapo relajado. Se removió por el sueño y se despertó sobresaltado al no esperarla de pie observándolo.

Se inclinó apoyando uno de los brazos en el sofá.

—¿Ocurre algo? —preguntó sin entender que hacía allí.

Gema sintió sus mejillas arder por la vergüenza. No sabía dónde meterse.

—Esto… —no sabía muy bien que decir—. Me entró sed, no sé dónde están los vasos y me daba vergüenza registrar.

Obvió decir que ya había cotilleando medio armario.

—¿Llevas mucho tiempo ahí de pie?

—No, la verdad es que acababa de llegar —era mejor que decir que llevaba casi tres minutos

mirándolo embelesada.

Thiago se levantó del sofá y fue a la cocina, sacó una botella de agua de cristal de la nevera y, acto seguido, sacó un vaso de uno de los muebles superiores. Lo llenó de agua y se lo pasó a Gema que estaba unos pasos por detrás de él.

Gema lo tomó y le dio unos sorbos.

—Gracias —dijo una vez se había bebido medio vaso.

—Si quieres más, que no te de vergüenza sacar la botella de la nevera —sonrió. Cogió una garrafa que estaba escondida al lado de esta para rellenar la botella y volvió a guardarlo todo en su sitio.

Iba a caminar hasta el salón para volver a acostarse, pero Gema lo volvió a llamar.

—Esto… Thiago. —él se volvió para mirarla—. La verdad es que sí que me ocurre algo.

—¿Él que? —preguntó Thiago sin entender.

Ella se acercó lentamente a él, depositando el vaso en la mesa de la cocina.

—No quiero dormir sola.

Thiago se quedó atónito ante la respuesta de ella. Entreabrió los labios por la sorpresa, aunque le costó pronunciar las palabras.

—¿Me estás pidiendo lo que yo creo? Porque a veces no sé…

Gema lo tomó por la camiseta para que él se inclinase y unió sus labios con los de él en un intenso beso, que les hizo a ambos cerrar los ojos.

Cuando pararon el beso, él seguía por completo sorprendido.

—¡Hum! —fue lo primero que salió de sus labios—. Gema, no sé qué estás buscando esta noche, pero tengo ganas de hacerte de todo desde que compartimos la moto de agua. Así que, si es un juego, para, por favor. Me estás calentando demasiado.

—Thiago, —susurró con voz melosa—, estoy deseando que me hagas de todo. No es ningún juego. Pero si no...

Thiago no la dejó hablar, la tomó en brazos uniendo su boca con la de ella, llevándola hasta el dormitorio.

Prácticamente la tiró en la cama provocando que Gema rebotase, haciéndola reír. Thiago se quitó la camiseta del pijama y la tiró al suelo haciendo que Gema se mordiese el labio al ver esos abdominales y ese pecho salpicado con fino vello corporal.

Se quitó la parte de arriba de su pijama y los pantalones, justo antes de que Thiago se uniese a ella en la cama.

Él empezó a besarla despacio disfrutando del dulce sabor de su boca con la palma de su mano en la mejilla. Gema le rodeó la cintura con los brazos, acariciando su espalda, disfrutando del calor de su piel.

Thiago se acercaba cada vez más a ella. Hasta tumbarla por completo en la cama. Profundizó el beso descendiendo su mano hasta ahuecarla en el pecho de Gema que aún conservaba el

sujetador.

Él iba despacio, temeroso de que ella acabase rechazándolo, pero Gema no quería eso. Se levantó haciendo que Thiago apoyase la espalda en el cabecero. Se quitó el sujetador y las bragas para ponerse a horcajadas encima de él. Mientras, Thiago acababa de desnudarse, dejando al descubierto su erección que pedía a gritos ese placer que ella podía darle.

Gema la rozó un par de veces, provocando que Thiago cerrase los ojos, gustoso. Pasó en caricias las manos por las caderas de ella hasta posar dos dedos en el clítoris de Gema al que comenzó a hacer movimientos circulares. Esta vez, ella se aferró a los hombros de él, gimiendo entre besos en su boca, casi sin poder aguantar esa maravillosa tortura.

—Thiago, —pudo decir entre jadeos separando la boca un momento de la de él—, te lo suplico, ponte el condón que no puedo más. Necesito sentirte.

Esas palabras excitaron mucho a Thiago. Apartó la mano de la vagina de ella y abrió el cajón de la mesilla de noche. Sacó un paquetito cuadrado, lo rasgó y se puso el preservativo lo más rápido que pudo.

Nada más terminar, Gema se alzó para colocar la punta de su pene en su abertura. Estaba tan mojada que, de un solo empujón, él entró por completo en ella.

Esto provocó que ambos soltasen, a la vez, un suspiro de placer.

Ella se quedó, un momento, quieta, disfrutando del placer de sentirlo dentro.

—Si esto es un sueño, te aseguro que no quiero despertar. —dijo Thiago, aferrado a las caderas de ella como si en cualquier momento se fuese a volatilizar.

—¿Esto te parece un sueño? — Gema empezó a moverse con energía provocando que mil sensaciones pasasen por el rostro de él.

La instó a que fuese más rápido. Se metió uno de los pezones de ella en la boca haciendo que esta echase la cabeza hacia atrás. Gema, sin poder evitarlo mordió uno de los hombros de él, haciendo que Thiago se sintiese arder.

Tomó impulso y, sin separar las caderas el uno del otro, la tumbó sobre la cama. Ahora él encima de ella. Comenzó a moverse uniendo su boca con la de Gema hasta que ella comenzó a sentir el orgasmo, que llegó con fuerza, sin poder evitar un grito de placer.

Él empezó a moverse más deprisa y, en unos instantes, se hundió completamente en ella sintiendo su propio placer derramarse en el preservativo. Se desplomó encima de ella. Alzó la cabeza y apoyó los brazos en los codos para darle un tierno beso.

—Ha sido… —empezó a decir ella.

—… alucinante, sí —terminó él la frase.

Se levantó y fue al baño para quitarse el condón. Volvió al dormitorio unos instantes después, para meterse en la cama. Rodeó a Gema con un brazo y ella apoyó el rostro en su pecho. Thiago los tapó a ambos.



Capítulo 15

Se quedaron un rato en silencio, sin saber que decir.

Gema alzó la mirada y él se la correspondió girando el cuello. Una tímida sonrisa salió de los labios de ella, de repente sentía un poco de vergüenza por lo que acababa de pasar.

Él se inclinó un poco para darle un rápido beso y sonreír antes de preguntar a modo de broma:

—¿Tenías planeado esto desde el principio?

—De verdad que no. —respondió ella apurada—. Cuando, tras el allanamiento, te pedí venir aquí, fue porque estaba muy asustada y no quería quedarme sola. Pero también tengo que admitir, que tenía muchas ganas de hacer esto y cuando fui a buscarte al sofá fue con la intención de…

No pudo acabar la frase, sintió como le ardían las mejillas por la vergüenza y escondió el rostro en el hueco del brazo de Thiago, haciendo que este no pudiese evitar una risa.

—No pasa nada, —la tranquilizó—, yo también tenía muchas ganas, solo que pensaba que hoy no era el momento adecuado. Ayer, no paraba de pensar en el sábado y en qué, esta vez, no te ibas a escapar de mí.

Los ojos de Thiago se encendieron de deseo, lo que le provocó a Gema un cosquilleo muy agradable en el estómago.

Esas cosquillas eran nuevas para ella, nunca había sentido esa sensación por un hombre. Deseo sí, pero esto era diferente y no entendía por qué.

Se acurrucó más en los brazos de Thiago, era un lugar muy placentero para ella. Se sentía como en casa, en un lugar muy atrayente y satisfactorio.

Empezaron a hablar de cosas sin importancia, pero que, a la vez, le hacían conocerse mejor.

Hasta que Thiago quiso sacar un tema más íntimo.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Sí, claro —respondió ella con curiosidad.

—Tengo curiosidad por saber algo ¿Alguna vez te has acostado con Michael, tu compañero? —a decir verdad, hablaba por él una sensación que se podría comparar a los celos, aunque era muy pronto para saberlo con seguridad. Al ver que ella lo miraba frunciendo el ceño con extrañeza quiso retractarse—. No me lo cuentes si no quieres. Es que os lleváis tan bien que pensé que a lo mejor…

—Que me llevé bien con uno de mis mejores amigos, no significa que me haya acostado con él. —quiso aclarar Gema—. Y, en respuesta a tu pregunta, no, no me he acostado con Michael. Él es casi como un hermano, nunca lo he visto de esa forma. Es muy guapo, pero nunca hemos tenido esa química sexual. Tengo mucho que agradecerle, nos conocimos en la universidad y fue de él la idea de montar un taller a medias. Gracias a él soy lo que soy hoy en día. Casi estuve a punto de decirle que no contase conmigo.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Mi vida no era fácil, casi no llegaba a fin de mes. Tenía que cuidar de dos hermanos pequeños, estábamos los tres solos. Iba a meterme en un negocio sin dinero y sin saber sí funcionaría. Un negocio que me gustaba sí, pero a ciegas. Y tenía un trabajo fijo de camarera que nos daba de comer. Mi vida era muy monótona, no iba a fiestas, ni quedaba con amigos. Siempre iba de casa a la universidad, de la universidad al trabajo y del trabajo a casa. De hecho…

—¿Qué? —la instó él al ver qué callaba.

—No perdí la virginidad hasta casi tener veintiséis años. —respondió haciendo que Thiago se sorprendiese—. Con uno de los primeros mecánicos que contratamos. No se lo digas a Michael que él no lo sabe. —bromeó —. El taller iba a las mil maravillas. Él era muy guapo y le encantaba coquetear conmigo, sabía que le gustaba y un día… bueno, digamos que nos lo montamos en el despacho del taller justo después de cerrar. Lo hicimos en varias ocasiones hasta que me dijo que se estaba enamorando de mí. Yo no sentía lo mismo por él, así que decidí que era mejor terminar cuanto antes aquella relación.

—¿Siguió trabajando para ti?

—Claro, y sigue, es uno de los directores de los talleres más grandes que tenemos. —Thiago abrió mucho los ojos—. Se olvidó de mí en cuanto otra chica puso los ojos en él. Era enamoradizo por naturaleza. Ahora está casado y tiene un hijo. Nos llevamos bastante bien.

—Vaya, yo me sentiría incómodo sí me acostara con alguien de mi entorno laboral. —carraspeó Thiago—. Cada vez que la viese, pensaría en lo que hemos hecho y me sentiría un poco avergonzado.

—Eso es ridículo. Con el tiempo, ni siquiera te lo planteas. A ver, qué solo me he acostado con él, en el entorno laboral. No es que vaya tirándome a todos los mecánicos que contratamos —aclaró con una risa.

Hablaron un rato más hasta que se quedaron dormidos. Los despertó la luz de la mañana, abrazados. Thiago le dio los buenos días con un beso en los labios que fue profundizando hasta tumbarse encima de ella. Estaba más que dispuesto a volver a hacerle el amor, hasta que él smartwatch, que llevaba en la mano, se encendió haciéndole ver la hora que era. Dio un salto de

la cama.

—Joder, llego tarde. —corrió hacia el armario para ponerse unos calzoncillos limpios, luego se volvió para mirarla—. Quería invitarte a desayunar, pero me va a ser imposible. Ojalá pudiera estar más tiempo contigo. —Corrió al salón y volvió con el uniforme a medio poner. Gema también comenzó a vestirse—. Puedes quedarte el tiempo que necesites. Sólo asegúrate de darle al botón de la alarma cuando te vayas y, con un portazo, la puerta permanecerá cerrada.

Era la primera vez que le decía eso a una mujer. Nunca había invitado a ninguna chica a quedarse en su casa

—Te lo agradezco, pero yo también tengo que irme. —respondió Gema cuando por fin la dejó hablar—. Llego tarde a trabajar y tengo que pasar por casa, para cambiarme antes de ir a la sede.

Cuando acabaron de vestirse, los dos salieron del apartamento y pusieron rumbo a sus respectivos coches. En el portal, justo antes de que ella abriera la puerta, él la frenó.

—Espera. —la tomó de la mano— ¿Sigue en pie lo del sábado?

—Sí, si tú quieres —respondió ella tímidamente.

—Lo estoy deseando. —aseguró él. La oscuridad de deseo se volvió a reflejar en esos preciosos ojos azules. La tomó por la cintura con un brazo y la besó con muchas ganas—. Nos vemos mañana.

Ella asintió con una leve sonrisa. No pudo decir nada, ese beso la había dejado temblorosa y anhelante. Cuando llegó a su casa, todavía podía sentir los labios de Thiago posados en los de ella y ese cosquilleo en el estómago que le había provocado.

Un policía estaba en la puerta de su apartamento, vigilando. Gema lo saludó con una sonrisa y le ofreció un café que él agente agradeció.

Al parecer, la noche había sido bastante tranquila. Marian ya estaba allí recogiendo todas las cosas tiradas. Por lo visto, la policía había recogido todas las pruebas que necesitaban y ya podían ordenar la casa. Marian le contó que la habían interrogado. Gema se disculpó con ella, pero la chica le quito importancia. Ella estaba en el cumpleaños de su sobrina cuando todo ocurrió y tenía coartada. De todas formas, Gema confiaba ciegamente en ella. Sabía que, con coartada o no, Marian no había sido la causante de todo aquello.

Se dio una ducha rápida y se vistió para irse a trabajar. Se preparó un café para llevar, como hacía cuando iba con prisas, y cogió una barrita energética de la despensa. Ese tendría que ser su desayuno por ahora. Era la consecuencia de despertarse tarde, abrazada a un hombre maravilloso. Gema pensó que no le importaría para nada hacer otros cuantos desayunos así. Amanecer en esos brazos, lo merecía todo.

Le dejó más dinero del habitual a Marian por las molestias que iba a causarle el tener que recoger el estropicio y se marchó a la sede.

Llegó más de una hora tarde a la oficina y, nada más llegar, Michael entró en su despacho.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado tras saludarla.

—¿Por qué no iba a estarlo? — Gema le quitó importancia al asunto.

—Normalmente no llegas tarde. A veces, llegas incluso antes que yo ¿Ha ocurrido algo?

—No exageres. En alguna ocasión sí que he llegado tarde.

Michael lo pensó unos instantes.

—La única vez que recuerdo que llegaras tarde, fue cuando viniste con cuarenta de fiebre hace como un par de años. Te desmayaste mientras hablábamos y tuve que llevarte a tu casa para que pudieses descansar. Recuerdo que me enfadé contigo porque pretendías volver al día siguiente. Y, aunque logré convencerte de lo contrario, tuve que llamarte por videoconferencia en varias ocasiones porque te empeñaste en trabajar desde la cama. Así que, no es de extrañar que me preocupe por ti.

Gema le contó los últimos acontecimientos. Todo lo del allanamiento y que la policía no quería que durmiese en su casa.

—¿Te ocurre algo así, y no se te ocurre llamarme? —Michael estaba entre enfadado y preocupado.

—Michael, no quería preocuparos y estoy bien.

—Claro, era mejor quedarse en un hotel sola, que en la casa de unos amigos que son cómo de la familia. —ironizó Michael—. Gema, sabes que eres como una hermana para mí. Si me hubieses llamado, habría corrido a buscarte.

—Michael, lo hice con buena intención. Además, no me quedé en un hotel. Me quedé en casa de… Thiago —se miró las uñas y después se puso a ordenar la mesa para no mirarle directamente.

Michael, al principio, se puso a pensar en si conocía a alguien con ese nombre, pero, segundos después, cayó en la cuenta de a quien se refería su compañera.

—Así que Thiago. —una sonrisa pícara se asomó en su rostro—. Ahora lo entiendo. Ese ha hecho algo más que interrogarte.

No pudo evitar soltar una carcajada que provocó que Gema se sonrojarse.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó ella haciendo como que encendía el ordenador.

—Pues, toda tú. —Michael no podía parar de reír—. Ahora lo entiendo todo. La próxima vez, llega dos horas tarde. El mañanero es el mejor.

Y dicho eso, salió del despacho de Gema antes de que ella pudiese rechistar.



Capítulo 16

Para Thiago no fue muy diferente su día, en comparación con el de Gema. Su superior le preguntó si había ocurrido algo, debido a que él no solía llegar nunca tarde a trabajar. Thiago se disculpó, prometiendo que no volvería a suceder.

Mientras tecleaba en su ordenador, Agus no paraba de mirarlo. Cuando Thiago lo miraba y se encogía de hombros sin entender, este negaba con la cabeza y sonreía.

Su compañera, Elena, se acercó a él en una ocasión.

—Thiago, te noto diferente. —se atrevió a decir— ¿Ha ocurrido algo que no sepamos?

—No sé a qué te refieres. —Thiago le quitó importancia.

—Soy policía, Thiago, y también tengo un máster en psicología. —le recordó ella—. Sé detectar mentiras a kilómetros de distancia. Sabes que soy la mejor en los interrogatorios. Y tú hoy has llegado tarde y no paras de sonreír, así que hay algo nuevo en tu vida que te hace feliz.

Thiago miró a su amiga.

—Estoy tan bien como siempre. No hay nada nuevo que contar.

Agus se aguantó una carcajada que disimuló con un carraspeó, lo que provocó que Thiago lo fulminase con la mirada. Elena los miró a ambos y sin ni siquiera preguntar más dijo:

—Chica nueva por lo que veo. Espero que te vaya muy bien con ella — dicho eso, se alejó de ellos.

—Elena, —la llamó Thiago, lo que hizo que esta se diese la vuelta—, eres mejor rastreadora que los perros policía.

—Lo sé —respondió orgullosa. Se apretó la coleta castaña y se volvió a sentar en su mesa.

A Thiago le provocó una sonrisa la respuesta de su compañera. Se llevaba bastante bien con todos, tenía mucha suerte de estar en esa comisaría donde había un muy buen entorno laboral.

Cuando Agus y él salieron a patrullar, Thiago decidió preguntarle por el caso de Gema. Ya que él, al estar implicado emocionalmente, no podía estar en este.

—Bueno encontramos varias huellas, pero yo creo que las cámaras del rellano van a ser la clave para ver quién ha sido el causante del allanamiento. Ya tenemos la orden para poder pedir las imágenes.

—¿Puedes mandármelas en cuanto las tengas? —preguntó Thiago como favor personal.

Agus asintió. No le importaba para nada hacerlo. Además, sería algo que quedaría entre ellos.

El sábado pasó bastante despacio para el gusto de Thiago, no veía la hora en qué quedaría con Gema para ir a cenar. Se puso una camisa, un pantalón y unos zapatos. Se peinó el pelo corto castaño hacia atrás y salió hacia su coche.

Recogió a Gema en el portal de su edificio. Estaba preciosa con un vestido verde que resaltaba sus curvas, se había rizado el cabello, que normalmente lo tenía liso, y el atuendo iba acompañado de unos tacones negros.

A decir verdad, Thiago se planteó la posibilidad de pasar de la cena y llevársela directamente a la cama, para desnudarla lentamente y hacerle el amor hasta quedar agotados. Pero se contuvo, quería llevarla a un restaurante muy bonito que sabía que ella iba a disfrutar.

Con lo que no pudo contenerse, fue con darle un intenso beso en esos preciosos labios pintados de rojo, nada más ella sentarse en el asiento del copiloto. Un beso que la dejó sin aliento y le volvió a provocar esas cosquillas que solo sentía con él.

Llegaron al restaurante cogidos de la mano, con los dedos entrelazados y una sonrisa en los labios.

Se sentaron en una de las mesas de la terraza que el restaurante tenía justo encima. Era preciosa, predominaban los tonos verdes por las plantas y enredaderas y los tonos madera. También había unas espectaculares vistas de la ciudad. A decir verdad, Gema nunca había estado allí y se impresionó muchísimo al ver la belleza del lugar.

—Lo abrieron hace poco. —respondió Thiago a su muda pregunta—. Vine con mis hermanos hace cosa de un mes y, cuando te propuse esta cena, supe exactamente dónde quería llevarte.

—Es precioso, Thiago —dijo Gema, tras salir de su ensoñación.

—Y se come aún mejor, ya lo verás.

Disfrutaron de una deliciosa cena y unas copas de vino.

En los postres, mientras Gema le contaba una anécdota bastante graciosa, Thiago recibió un mensaje de Agus. Al abrirlo, vio que era el vídeo de las cámaras de seguridad.

Se puso serio y decidió mostrárselas a Gema. Un hombre joven sin ningún tipo de pasamontañas ni nada que cubriera su rostro, entraba con unas llaves y desconectaba la alarma como si estuviese entrando en su casa. Tras unos minutos, sin molestarse siquiera en cerrar la puerta, se fue como si nada hubiese pasado.

—¡Será gilipollas! —fue la reacción de Gema al ver el vídeo—. Es que no se puede ser más tonto. Este tío tiene el cerebro en los músculos.

—¿Lo conoces? —curioseó Thiago.

—Es mi exnovio —respondió Gema.

—¿Tú exnovio? ¿Este crío? —Thiago lo dijo sin pensar, pero es que no pudo contenerse.

—Todos tenemos una mancha en nuestro expediente. — respondió Gema—. Y esta la pienso borrar esta misma noche.

Pidió la cuenta y fue a sacar su móvil del bolso para pagar. Thiago se lo impidió sacando él el suyo.

Gema insistió en pagar, pero él no se lo permitió.

—La idea de venir aquí ha sido mía, la próxima vez pagas tú —se justificó Thiago apoyando su móvil en el datáfono que le mostró el camarero.

Gema le dio una dirección y llegaron a un edificio de apartamentos.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Thiago—. Deberíamos detenerlo.

—Como he dicho, voy a borrar esta mancha en mi expediente.

—Eso suena a delito. A ver si voy a acabar deteniéndote a ti.

—¿Qué? ¡No! —Gema arrugó el rostro, ella era incapaz de hacerle daño a nadie—. Lo que quiero decir es que no va a querer volver a acercarse a mí nunca más después de esta noche.

—Eso sigue sonando a delito.

—Anda ven, ya verás.

Llegaron hasta un segundo piso y llamaron a la puerta. De fondo, se escuchaba una estruendosa música y muchas voces.

El chico de la cámara de seguridad, abrió la puerta con una camiseta sin mangas y abrazado a una chica que acabaría de cumplir los dieciocho años. O al menos eso esperaba Thiago.

En cuanto el susodicho vio de quién se trataba, alejó a la chica de sus brazos.

—¡Gema, que alegría verte! No sabes cuánto te he echado de menos, mi amor.

—Ya se nota. —La voz de Gema era puro sarcasmo—. He venido para decirte que como te vuelvas a acercar a mi casa, o a mí entorno, te hundo la carrera de modelo que te ayudé a preparar. Sabes que, de no ser por mí, no te querrían ni para promocionar yogures.

—¿Por qué me dices eso, amor? Con lo que yo te quiero. —dijo con voz melosa.

Gema respiró hondo antes de mostrarle las imágenes en el móvil.

—¿Pero las cámaras no dejan de grabar cuando pones la clave de la alarma? —preguntó, delatándose por completo.

—Las de mi casa sí, las del rellano no. —Prefirió guardarse el imbécil que estaba a punto de salir de sus labios—. No sé qué estarías buscando, pero en mi casa no hay nada que te pueda servir. Ni para pagar tus caprichos, ni para absolutamente nada. ¡Ah! Este es Thiago, es policía. — Thiago saludó con la mano haciendo que el semblante del chico se tornase pálido y tragase saliva —¿Vas a dejarme en paz definitivamente? ¿O le digo que entre en tu piso a ver cuántos delitos

puede contar? Probablemente los suficientes para llevarte detenido una buena temporada.

—Te dejo en paz. —El chico levantó los brazos en son de paz.

—Las llaves, puedes quedártelas. He cambiado la cerradura y la contraseña de la alarma.

—Y chaval, —continuó Thiago antes de que se fueran—, a estas horas no se puede tener la música tan alta en una zona residencial, yo que tú la bajaría porque, como uno de tus vecinos se queje, entonces sí que tendré que entrar.

El chico asintió asustado.

Cuando salieron entre risas del edificio y llegaron al coche, Gema se volvió para mirar a Thiago y lo besó aferrada a su camisa.

—Y, tras toda esta odisea, ¿Vamos a tu casa o a la mía? — preguntó en un ronroneo, totalmente excitada. Deseando tener a Thiago entre sus piernas.

—Mi casa está más cerca. —sugirió él.

—¿Va a atreverse a esposarme, señor policía? —susurró ella en su oído.

—No podría. —respondió Thiago serio, dejando a Gema atónita—. Según el reglamento, el material policial solo puede ser utilizado para…

—Thiago, para, acababas de cortarme todo el rollo.

Gema fue a separarse de él, pero Thiago la tomó de la mano hasta tenerla atrapada entre su cuerpo y el coche.

—Tranquila, que vuelvo a calentarte.

Posó sus labios en los de ella, descendiendo las manos por su cintura, pasando las manos por sus caderas e instándola a que levantase una de las piernas para que pudiese sentir la erección que ya era más que evidente en sus pantalones. Dejó un reguero de besos en su mandíbula, su cuello y su clavícula mientras, metía la otra mano por el escote para estimular uno de los pezones. Gema tuvo que aferrarse a la cintura de él para no caerse. Las piernas apenas le respondían por la excitación.

—Vamos a tu casa, Thiago —consiguió decir en un susurro.

—Casi mejor —Thiago levantó la cabeza. Como siguieran así, iban a acabar dando el espectáculo.

Definitivamente, el trayecto hasta su casa se iba a hacer demasiado largo.



Capítulo 17

Dos meses más tarde.

Llevar tanto tiempo en una relación, para Thiago, era algo completamente nuevo. Nunca había estado con una mujer más de un par de semanas, debido a que nunca había congeniado con ninguna. Tampoco era algo que se hubiese planteado, pero es que con Gema era todo muy fácil.

Se llevaban muy bien, estaban de acuerdo en muchas cosas y, en las que no, las discusiones solían ser cortas y las reconciliaciones, muy intensas.

Se sentía cómodo a su lado. No veía el momento de quedar con ella para verse y pasar tiempo juntos. Sólo había un pequeño detalle que quizás le molestaba. Y se trataba de toda la fortuna que ella poseía. Temía que ella pensase que se quería aprovechar de alguna forma y se empecinaba en demostrarle que no necesitaba nada de lo que ella pudiera ofrecerle.

Por lo demás todo iba a las mil maravillas.

Gema se sentía igual de bien con él, las cosquillas de felicidad cada vez que lo veía se habían convertido en algo habitual y necesario. Dormir en sus brazos se había convertido en su lugar favorito y nunca habría imaginado toda la pasión que rebosaba su agente de la ley, ni en cuantos lugares podía demostrárselo.

Un día, en su oficina, justo después de que Thiago le hiciese una visita, Michael fue a su oficina para hablar con ella de unos informes.

—Por lo que veo, Thiago ha venido a saludar —dijo Michael con una sonrisa.

—Sí, hemos desayunado juntos —carraspeó Gema sentada en su mesa.

—Y ¿Nada más? —preguntó curioso alzando una ceja.

—No, nada más.

—De acuerdo. —Michael pareció conformarse con esa respuesta—. La próxima vez que quieras que te crea tira bien el papelito de condón a la papelera y… esto, —señaló el sofá—, las bragas

sobresalen por detrás de aquel cojín, se te ha olvidado ponértelas por lo que veo.

Gema sintió que se sonrojaba de pies a cabeza. Cómo explicarle a su compañero que le ponía muchísimo ver a Thiago vestido de uniforme.

Michael se acercó un poco más a ella y, lejos de echarle la bronca que, perfectamente, se merecía, le dio un consejo.

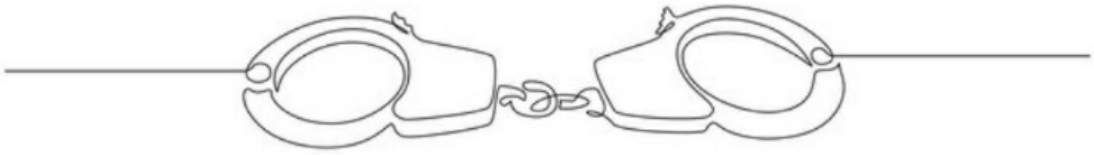
—La próxima vez, usa el cuarto de fotocopias, es muy discreto y es una pasada. —rio al decirlo.

Gema asintió, no sabía muy bien que responderle.

Cuando volvió para salir del despacho de Gema, Marcos pasó de casualidad por allí.

—Tenemos vía libre, compañero —le dijo Michael a Marcos rebosante de felicidad y con un gesto de triunfo.

Marcos arrugó el ceño sin entender por qué le había dicho eso. Miró a Gema para ver si le podía aclarar algo y esta agachó la cabeza y fingió que estaba viendo algo muy importante en el ordenador.



Thiago, tras la insistencia de su cuñada Eli, decidió preguntarle a Gema si quería ir a conocer a sus hermanos. Eli los había invitado a cenar a los dos un fin de semana de primeros de septiembre. Aún hacía mucho calor, así que Eli y Óscar organizaron la cena fuera, en la terraza.

Thiago hizo las presentaciones.

Allí se encontraba también Héctor, el hermano menor.

—Así que tú eres el de la broma del vestido en la cama —confirmó Gema.

—Sí, siento lo que pasó, de verdad. No sabía que era tu ropa, ni que mi hermano tuviese una cita.

Gema le quitó importancia. Los cinco, disfrutaron de una muy animada velada. Gema trajo unas bandejas de sushi para compartir. El pequeño Óscar dormía plácidamente en su dormitorio, vigilado continuamente por sus padres a través del monitor de bebés. Y los perros, Trueno y Capitán, se recostaron juntos en el frescor del césped.

—Pues hoy han vuelto a venir a ver la casa invendible —dijo Óscar en una de las conversaciones que tuvieron.

—¿Y qué tal? —preguntó Thiago.

—Pues, por lo visto, a la pareja que vino, no les convencía del todo. Quieren ver más casas.

Thiago hizo un gesto de triunfo.

—¿Qué es la casa invendible? —quiso saber Gema.

—Es esa casa, justo al lado de la nuestra, es exactamente igual a esta y nunca se ha vendido —Eli señaló la casa contigua a la de ellos—. Thiago se enamoró de ella y tiene la teoría de que lo

está esperando a él y que en cuanto reúna el dinero suficiente para la entrada, será toda suya.

—Presiento que esa casa será para mí, por eso no se vende —explicó Thiago con convicción.

Un poco más tarde de las doce de la noche se despidieron todos, prometiendo volver a verse más adelante en otra ocasión.

De camino a casa de Thiago, Gema se atrevió a hablar con él del tema de la casa.

—Thiago si tanto te gusta esa casa ¿por qué no te la compras?

—Porque necesito ahorrar el veinte por ciento del valor de la casa para que me concedan la hipoteca. —explicó Thiago—. Cada mes me falta un poco menos. Sé que esa casa algún día será para mí. Tengo casi en quince por ciento ahorrado.

—Thiago, si necesitas dinero… —comenzó a decir Gema.

—No —negó tajante.

—Sería un préstamo. —quiso ella explicarle—. Así podrías tener esa casa y puedes devolvérmelo en cuanto puedas.

—Te lo agradezco, Gema, pero no. Si esa casa es para mí, será para mí y, si no, encontraré otra que me guste. No quiero estarle debiendo dinero a nadie y menos a mi novia.

Un silencio, acompañado de una sonrisa por parte de Gema, se alojó en el interior del coche.

—¿Qué? —preguntó Thiago, al ver que lo miraba risueña.

—Es la primera vez que me llamas novia. —dijo Gema con voz melosa—. Y me ha encantado.

—Es lo que eres ¿No es así? Llevamos casi tres meses juntos —Thiago sintió su corazón acelerarse a pasos agigantados.

—Claro que sí, novio —dijo ella antes de acercarse a él y darle un beso en la mejilla.

—Cuidado, —advirtió Thiago—, un simple beso mientras se conduce puede ser un peligro para la seguridad vial.

—Sí, señor agente —Gema puso los ojos en blanco y se recostó en su asiento.

Thiago le puso la mano en la rodilla y fue ascendiendo hasta la zona más sensible del interior de su muslo. Haciendo que la respiración de Gema se acelerase.

—Pero en cuanto lleguemos a mi apartamento, pienso comerte entera.

Esos ojos azules se encendieron tal y como a Gema le gustaba y sabía que aquella promesa, para nada era una frase hecha.



Capítulo 18

—¿Por qué no me dejas pagar, nunca? —se atrevió a preguntar Gema, ya cansada de la insistencia de Thiago de invitarla siempre.

Thiago se encogió de hombros.

—No sé, supongo que, como decía mi abuelo, los hombres de bien que quieren conquistar a una hermosa mujer, tienen que invitar a la dama en cuestión.

A Gema casi se le desencaja la mandíbula al oír eso.

—¿Pero tú, de qué época te has escapado? —preguntó—¿Qué es lo próximo? ¿Darme un golpe en la cabeza y arrastrarme hasta tu cueva, cavernícola?

—Bueno, iba a sugerirte ir a dar una vuelta a algún bar. Pero si prefieres eso, no me importará llevarte a mi cueva y no parar en toda la noche. Lo del golpe en la cabeza está totalmente descartado. —Rio Thiago con sorna—. Ya que insistes tanto, paga tú está vez

—Gracias —ironizó Gema pasando su móvil para pagar la cuenta.

Fueron a tomar una copa a un bar en medio de un parque, a finales de septiembre el calor era más suave a esa hora de la tarde y era muy placentero tomarse algo allí, rodeados de naturaleza. Thiago pidió una cerveza sin alcohol, ya que tenía que conducir.

Después, dieron un paseo por el parque, cogidos de la mano, disfrutando del olor a hierba recién cortada y viendo cómo los patos nadaban en el pequeño lago.

—Esta navidad he decidido ir a Londres para darle una sorpresa a mi hermano pequeño Luis y pasar unos días con él. —comenzó a decir Gema—. Si te apetece, podrías venir conmigo y así podríais conoceros.

—Pues no me parece mala idea, —respondió Thiago—, podría coger unos días libres en la comisaría. Además, nunca he estado en Londres.

—¡Te va a encantar! —A Gema se la veía ilusionada con la idea—. Y Luis es maravilloso. Está deseando conocerte, de hecho, había pensado, un día de estos, que hiciéramos una conferencia con mis hermanos.

Thiago estuvo de acuerdo, estaría encantado de conversar con esos dos chicos de los que Gema no paraba de hablar.

—¿Cuánto tiempo lleva Luis en Londres? —quiso saber Thiago.

—Pues se mudó definitivamente hará unos cinco años más o menos. Se fue para estudiar y aprender inglés y se enamoró de un chico de allí. Estuvo un tiempo yendo a Londres para verle; en vacaciones y algunos fines de semana. También Tom venía de vez en cuando y, un día tomó la decisión de quedarse allí con él. Lo echo mucho de menos, pero es feliz y eso me alegra muchísimo. Hablamos casi todos los días los tres por videoconferencia.

Siguieron charlando hasta llegar al coche.

—¿Por qué no vamos a mi casa? —sugirió Gema—. Nunca vamos allí.

—Mi piso está más cerca —respondió Thiago—. Y mis cosas están allí; el uniforme, el pijama, mi cepillo de dientes.

—Mañana es domingo y no tienes que ir a la comisaría. Un cepillo de dientes te puedo dejar y, —se acercó a él de forma muy sensual—, cuando estamos juntos, dormimos desnudos. Parece que te buscas excusas para no ir a mi casa.

—No es eso… es solo que… —no sabía que decir—. Bueno, está bien, iremos a tu piso.

Thiago estaba particularmente serio de camino a casa de Gema. Estaba callado, como si en vez de a su casa fuese a algún sitio peligroso al que quisiese evitar ir.

Nada más llegar al apartamento, Gema cerró la puerta y lo guio hasta el sofá de la mano.

—Es más grande de lo que recordaba. —Fue más un pensamiento en voz alta que una conversación en sí—. Creo que todo mi apartamento cabe entre el salón y la cocina.

—Eso es un poco exagerado —Gema sonrió.

Con la palma en el pecho de él, lo empujó hasta que se sentó en el sofá y se puso a horcajadas encima de él comenzando a besarlo con mucho deseo.

—El sofá es muy suave —dijo una vez lo dejó respirar. Se le veía algo incómodo.

Gema paró para mirarlo.

—¿Estás bien? —lo miró dudosa

—Sí, perfectamente. —carraspeó él.

—Es que no te veo muy concentrado, estás como disperso.

—Solo he dicho que el sofá es muy suave, el color azul es muy bonito. ¿Y pone Versace en el reposabrazos?

—¡Ah, sí! —rio al acordarse—. Pero eso es una broma de Michael. Antes era blanco, pero su hija decidió hacer de Picasso con él, y, como le costó tapizarlo cinco mil euros, hizo poner ese bordado ahí diciendo que un sofá de Versace le habría costado más barato.

Thiago se quedó sin palabras al saber el precio. Abrió la boca para hablar y luego volvió a cerrarla.

—Mi sofá es de Ikea. —consiguió decir—. Creo que tiene la etiqueta por alguna parte.

Gema se encogió de hombros sin entender por qué Thiago había dicho eso.

Decidió ignorarlo y quiso volver a besarlo, pero él la frenó.

—¿Y si vamos mejor a tu dormitorio? —sugirió, temiendo manchar el valioso sofá.

—Está… bien. —Thiago estaba muy raro, pero Gema no entendía muy bien el motivo.

Lo guio hasta el dormitorio principal y le levantó la camiseta hasta quitársela para disfrutar de la increíble vista de ese cuerpo que la volvía loca.

Volvió a intentar besarlo y, aunque Thiago la correspondió unos segundos, de repente no pudo seguir.

—Para, Gema —dijo sin más.

—¿Se puede saber que te pasa? —preguntó Gema sin entender—. Estás raro desde que te sugerí venir aquí.

Se alejó de él y se sentó en la cama esperando una explicación. Él se puso la camiseta antes de hablar.

—Que no puedo seguir, eso es lo que me pasa —Parecía que iba a darle un ataque de ansiedad.

—Pero ¿por qué?

—Gema, ¿No ves lo que tienes a tu alrededor? Es todo riqueza y opulencia. —Abrió los brazos, señalándolo todo. Gema no veía la opulencia por ningún sitio, de hecho, ella era bastante sencilla decorando y su piso no estaba para nada recargado. Más bien al contrario.

—¿Adónde quieres llegar?

—A qué yo no puedo ofrecerte nada de esto. Yo… yo tengo un sueldo de policía que me da para vivir bien, pero no así. No puedo ni soñar con un coche como el tuyo. No puedo comprarte joyas, ni diamantes, ni vestidos caros, ni tampoco comer en restaurantes de lujo todos los días.

—¿Y quién te está pidiendo eso? Yo no necesito un hombre que me dé lujos. Lo que quiero, me lo compro yo solita, que para eso lo gano. Thiago, yo solo quiero un hombre con el que simplemente estar. Con el que compartir algo muy bonito y, hasta ahora, todo contigo era perfecto.

—Eso dices ahora, Gema. —Thiago parecía al borde de un ataque de ansiedad—. Pero algún día, cuando te canses de mí, te irás con el primer trajeado pijo que te ofrezca más que yo y eso me destrozaría por dentro. Prefiero acabar ahora antes de que me enamore más de ti.

—¿Tan superficial crees que soy? —Gema estaba cabreada con él—¿En serio piensas eso de mí? —Thiago tragó saliva—. Pues si piensas eso, tienes razón, mejor dejar la relación aquí, antes de que yo también me enamore más de ti, aunque creo que eso ya es imposible porque no puedo quererte más de lo que ya te quiero. Y es una pena, pero es tu decisión.

Thiago quiso acercarse a ella, quiso explicarse mejor, pero ella se levantó de la cama y se alejó

de él.

—Vete Thiago, ya has dicho todo lo que tenías que decir. —Se puso de espaldas a él para que no viese como una lágrima recorría su mejilla.

Él volvió a hacer el intento de tocarla pero ella volvió a alejarse.

Esperó hasta escuchar la puerta de la entrada cerrarse y, entonces se derrumbó en su cama dándole rienda suelta a sus lágrimas.



Capítulo 19

—Eres idiota. Lo sabes ¿No? —dijo Eli a Thiago, unos días después de lo sucedido en casa de Gema.

Thiago se fue de allí con un gran agujero en el corazón, pero sabía que, en el fondo, era lo mejor. Tarde o temprano ella se cansaría de él y cuánto más tarde fuese, más hundido se sentiría. Aunque el dolor de no estar con ella era insoportable.

—Eli tiene razón, eres idiota —Fue Óscar el que habló que estaba sentado al lado de ella en el sofá del salón, mientras Thiago, sentado en el suelo, le daba bloques de construcción a su sobrino para que los fuese colocando como el niño quisiese.

—He venido a pasar la tarde con mi sobrino, no a que me deis la charla.

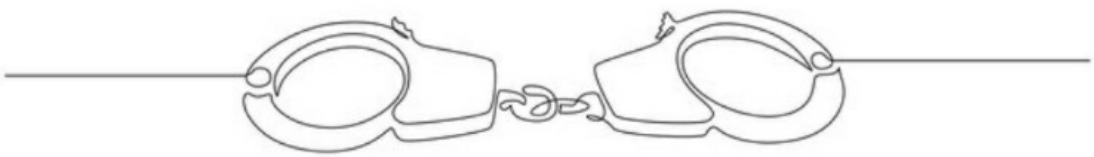
—Pero es que no lo entiendo. —quiso continuar Eli—. Gema es un encanto y se nota que está enamorada de ti y tú de ella, no lo puedes negar, y sin embargo, la dejas.

—Gema es una diosa y yo un simple mortal. No estoy a su altura y sé que, tarde o temprano, se cansará de mí.

—Gema es un ser humano como tú y como yo. No creo que se cansara de ti. Se la veía ilusionada contigo.

Thiago no quiso seguir con aquella conversación, hablar de ella le dolía más de lo que le costaba admitir.

Cambió de tema para poder seguir estando allí con su familia, Eli se dio cuenta y no quiso presionarlo más.



Dos semanas más tarde, Gema no sabía si algún día saldría del pozo en el que estaba sumergida. Ya nada le parecía tener sentido y la casa parecía que se le iba a caer encima. Dejó de ir a clase de yoga con Emma. Lo único que hacía era trabajar y dormir, dormir y trabajar. Para ver si así podía olvidarse de Thiago de una vez, aunque eso no parecía ser posible.

Una noche en la que no podía parar de llorar, llamaron a su puerta. Gema abrió y se encontró con las tres mujeres que no esperaba encontrarse allí.

—Hola ¿Qué tal chicas? —saludó a Emma, Sarah y Clara.

—Hemos venido a animarte. Hoy vamos a tener una noche de chicas —Emma enseñó las dos botellas de licor que llevaba en las manos y Sarah lo, dos botes de helado. Clara, por su parte, traía unas pizzas y, por alguna razón, un plástico lleno de naranjas.

—Chicas, os lo agradezco, pero…

—No. —la interrumpió Emma—. Ese tío no te merece si te ha dejado y piensa de esa forma, así que no te vas a regodear más en la pena. No vas a parar hasta que nos acabemos estás botellas de licor y nos hartemos de insultarlo. La fiesta empieza ahora.

—Sí, ya, licor —dijo Clara con ironía tocándose su abultado vientre se seis meses de gestación —. Echo de menos tomarme una copa de vino. —Hizo un mohín—. ¿Tienes un cuchillo? Tengo que pelar unas cuantas naranjas. No sé por qué, pero no paro de comer naranjas.

Gema le llevó un cuchillo de la cocina y se sentaron todas en la alfombra alrededor de la mesa, menos Clara que se sentó en el sofá, porque sabía que, si lo hacía, luego no podría levantarse.

—Cuando nazca mini Alberto, montamos otra fiesta así y podrás beber hasta caer rendida — sugirió Emma a Clara.

—En primer lugar, mi hijo no se va a llamar Alberto, se llamará Farid, como mi padre. Y en segundo lugar, dudo mucho que pueda beber hasta caer rendida con un bebé recién nacido.

—Eso es verdad —Sarah se encogió de hombros.

—Solo intentaba animarla. —aclaró Emma—. Está muy irascible desde que está embarazada.

Clara respiró hondo intentando obviar el comentario de su amiga.

Gema pensó que con esas tres en su casa, desde luego podría olvidarse por unas horas de Thiago.

Comenzaron comiendo pizza, después los helados y, finalmente, llegaron a los licores.

—Jugamos al *yo nunca* —sugirió Emma con los chupitos en la mano—. Clara, tú en vez de un chupito, si has hecho algo de lo que digamos, te comes un trozo de naranja.

Clara se encogió de hombros satisfecha. Ya llevaba comidas dos naranjas y estaba a punto de atacar la tercera.

—Empiezo yo, yo nunca… —Emma empezó a pensar en algo que podría decir.

—Tiene que pensar algo que no ha hecho. Va a tener que pensar muy a fondo —rio Sarah dirigiéndose a Gema y provocando que Emma la fulminase con la mirada.

—Ya lo tengo, nunca he tenido un susto de embarazo —dijo al fin.

—¿No jodas? —fue Clara la que habló, con cara de sorpresa, antes de meterse un trozo de

naranja en la boca. Sarah y Gema bebieron un chupito— ¿En serio? ¿Nunca?

—No —negó rotundamente Emma.

—¿Con ninguno de todos los tíos con los que te has acostado? —Clara quiso ahondar.

—No fueron tantos. —Emma le quitó importancia.

—¿Qué no fueron tantos? —rio Clara sorprendida, Sarah se aguantó la risa—. Emma, vivimos contigo durante años. Por esa vagina han pasado más penes que por la consulta de un urólogo.

Sarah no pudo evitar que se le escapase una carcajada, chocando las palmas con Clara.

Emma rio con ellas y Gema se unió a las risas de todas.

—Vale, eso es cierto. —admitió Emma—. Pero tomaba la píldora y, a excepción de Michael, todos mis ligues usaban condón.

—Yo no tuve susto de embarazo —aclaró Gema—. Más bien, embarazo a secas.

Las tres chicas se quedaron calladas al escucharla.

—Fue hace mucho tiempo, tenía veintiocho años. —continuó diciendo.

—¿Y qué pasó? —quiso saber Sarah.

Gema jugueteaba con el vaso sin querer mirar a nadie en concreto.

—Fue un rollo de una noche, siempre utilizo condones, pero al parecer, uno tendría una fuga o algo así y, de repente, test de embarazo positivo. El chico se desentendió por completo, no quería saber nada, pero no me importó. Yo tendría a mi hijo sola, estaba muy ilusionada, al principio me chocó, pero, después supe que quería tenerlo y, entonces, a las pocas semanas… la ginecóloga dijo que había sido un aborto espontáneo. Qué era muy joven, que podría tener más hijos y bla, bla, bla.

Todas se quedaron calladas, de pronto el ambiente se había enrarecido.

—No pasa nada, chicas. — Gema quiso cambiar la situación—. Cómo ya dije, fue hace mucho tiempo. Ya me he dado por vencida. Está claro que no estoy hecha para ser madre, ni tener pareja, ni nada de esas cosas.

Sarah la abrazó con fuerza.

—Tu momento va a llegar, lo sé —le susurró al oído con convicción—. Yo pensé que nunca sería madre y ahora tengo dos hijos preciosos. Créeme que, todo llega.

—A mí nunca me han arrestado —quiso cambiar Clara de tema para animar el ambiente.

—¡Anda, la otra! —exclamó Emma —¿No podías haber dicho otra cosa?

—¿Por qué? —Clara se encogió de hombros.

—Porque estamos intentando que se olvide de su ex, el policía.

—Yo no sabía que era policía —se justificó Clara.

—¿Queréis dejar de decir la palabra policía? —preguntó Sarah para que callasen.

Esa conversación absurda, lejos de entristecer a Gema, le provocó que no pudiese parar de reír.

A partir de ese instante, la noche de chicas fue todo risas y bromas. A la mañana siguiente, Gema se levantó algo más animada. Ya era hora de empezar a volver a vivir y no regodearse más en la pena.



Capítulo 20

Un mes más tarde.

Finales de noviembre llegó con un frío helado. La terraza de Gema podía verse completamente blanca por la nevada que había caído. Mientras disfrutaba de un té aquella mañana de sábado, decidió llamar a sus hermanos. Gema era la única de sus hermanos que tenía el pelo rubio, los otros chicos tenían el cabello negro azabache.

—¡Hermanita! —fue Luis el primero en contestar—¿Cómo es que llamas tan temprano?

Seguidamente se conectó Rodrigo con su hija de casi dos años en brazos.

—Saluda a los tíos —le dijo a su hija con cariño. Tras él, salió su cuñada que los saludó a ambos y luego tomó a su hija en brazos para que su marido pudiese hablar tranquilo.

—Pues, os llamo temprano porque tengo una comida de trabajo con un cliente. Sí, chicos sí, es un fastidio que sea sábado, pero ha tenido que ser hoy por fuerza.

—Espero que acabes pronto. —dijo Luis—. Nosotros tenemos una noticia que daros ¿Preparados? —llamó a su novio, Tom, para poder darla con él —¡Nos vamos a vivir a España!

—¿Es en serio? —Gema no pudo evitar que se le escapasen las lágrimas de la alegría, Rodrigo también se sintió muy feliz al saber aquello —¿Cuándo os venís? Y ¿A qué lugar?

—Pues no muy lejos, porque vamos a alquilar un piso en la ciudad de al lado. Si todo va como queremos, justo antes de navidad, estamos allí.

—¿Y por qué no os mudáis a mi piso? —sugirió Gema—. Yo estoy pensando en mudarme a las afueras, quiero comprarme una casita donde vive Michael.

—Pero eso es un apartamento de súper lujo ¿Por cuánto nos lo alquilarías?

—Sabes perfectamente que no me hace falta el dinero. Con que paguéis los gastos, me doy por satisfecha.

Luis quiso protestar, pero Gema dio el tema por zanjado.

—Bueno, pues mi noticia no va a ser tan buena. —dijo Rodrigo dejando expectantes a sus hermanos —. Hemos cogido vacaciones para pasar las navidades contigo, hermanita, y así, esta vez, no fueses tú la que te tuvieses que desplazar.

—Este día de hoy no puede ser mejor. Vamos a estar los tres juntos de nuevo —todas las lágrimas que Gema soltaba eran de pura alegría.

Siguió hablando con ellos un poco más, hasta que no le quedó más remedio que despedirse.

Tenía que prepararse para la comida con el cliente.



Capítulo 21

La comida de negocios parecía ir a las mil maravillas. Ricardo Salvatierra, era el hombre que más concesionarios de coches tenía en los alrededores, y siempre les compraba los neumáticos a G.motors. Esa reunión era de rutina, aunque a Ricardo siempre le gustaba firmar los contratos en una buena comida con un buen vino. Era un hombre bastante atractivo, aunque a Gema nunca le había llamado especialmente la atención.

—Hemos mejorado el agarre de los nuevos neumáticos. Casi no van a necesitar cadenas en la nieve —bromeó Gema.

Ella se había puesto un vestido sencillo de punto, corto de media pierna y con el escote redondo. Ricardo llevaba, como siempre, uno de sus elegantes trajes de chaqueta hechos a medida y el pelo negro engominado peinado hacia atrás.

—No hace falta que me los vendas, ya lo habéis hecho —rio él, mientras firmaba los contratos de renovación.



En la puerta del restaurante, Thiago esperaba a su compañera Elena que llegaba tarde a su comida con él. Habían quedado un par de días atrás debido a una apuesta que habían hecho y que él había perdido.

Elena llegó seria, lo que preocupó a Thiago.

Él llevaba una camisa blanca y unos vaqueros con unas zapatillas de deporte y una chaqueta de cuero negra.

Ella iba vestida con un pantalón negro y un jersey malva acompañado de un abrigo.

—Gloria y yo hemos discutido. —explicó Elena a su amigo—. No quiere que su familia sepa lo nuestro. Dice que son muy tradicionales y no quiere disgustarlos.

Thiago abrazó a su amiga.

—No te preocupes, seguro que acaba entrando en razón y acaba diciéndoselo. —No sabía que más decir para que se sintiese mejor—. Ahora, vamos a comer y a disfrutar de una maravillosa velada.

Ambos entraron en el restaurante, el camarero los guio hasta una mesa y les dio una carta a cada uno.

Justo cuando abrió la carta, al alzar la vista, se cruzó con la mirada, tres mesas más adelante, de la mujer que rondaba todos sus pensamientos desde hacía meses. Lo peor para él, fue ver cómo le sonreía a un chico trajeado de más o menos su edad. Un hombre que no era él, la estaba haciendo reír y eso le dolió en lo más profundo de su alma. Un hombre que, a leguas se veía, podía proporcionarle todo lo que ella quisiese y más.

Ella lo miró y tragó saliva con incomodidad. No sé esperaba encontrarse con él en aquel restaurante. El corazón empezó a latirle con fuerza, estaba con una chica de cabello castaño rizado que parecía bastante guapa. Aunque no podía verla del todo, ya que estaba de espaldas.

Que poco le había durado la pena de dejarla. Quizás, incluso, quién sabe si todo aquello fue una excusa porque se estaba enamorando de otra.

No podía irse sin darle alguna explicación a Ricardo, así que prefirió ignorar a la *parejita* feliz y concentrarse en lo que él le estaba hablando.

Durante la comida, Thiago no paraba de mirar hacia donde ella estaba, estaba muy celoso de aquel tipo. Cómo le tocase la mano o un solo pelo de la cabeza, iba a intervenir. Sabía que no tenía derecho a hacerlo, pero tampoco iba a poder evitarlo.

Cuando ya estaban tomándose un licor de hierbas para finalizar la comida, no pudo soportarlo más y llamó al camarero para pagar la cuenta y poder salir de allí lo antes posible. No iba a estar en ese restaurante ni un segundo más. Si se iba a enrollar con ese tío, que por lo menos lo hiciese lejos de su presencia. Sólo imaginar lo que aquel hombre le haría tras terminar la comida, lo destrozaba por dentro. Sus fosas nasales se ensancharon y su respiración comenzó a acelerarse por la rabia. Un instinto animal de propiedad lo estaba embargando. Era su chica, no la de aquel tipo.

—Señor, —un camarero se acercó después de pedirles la cuenta—, me ha comentado mi compañero que su cuenta ya está pagada. —Señaló con la mano hacia la mesa de Gema—. Esa mujer, que dice ser su amiga, la ha pagado alegando que se la debía.

—¡Qué generosa tu amiga! —exclamó Elena.

—Mucho —la voz de Thiago era puro sarcasmo.

Thiago miró a Gema, mientras él hombre trajeado estaba entretenido buscando algo en sus bolsillos, un *jodete* silencioso salió de los labios de ella junto con una nada disimulada peineta con el dedo corazón alzado.

Gema pidió disculpas a Ricardo para ir al baño. Una vez encerrada allí, pudo dejar de disimular. Expulsó el aire de sus pulmones que pareció haber estado reteniendo durante toda la velada.

Había sentido mucha satisfacción al pagarle la cuenta a ese idiota que quería ir de macho alfa para impresionar a la chica. Pues le había salido en tiro por la culata.

Ahora que la comida había terminado, podría irse a su casa y ya no tendría que disimular con el resto del mundo. Tenía que admitir que le había sonreído más a Ricardo que en toda su vida. Para ver si provocaba algo en Thiago. Ojalá lo hubiera conseguido.

Tenía que olvidarse de él de una vez por todas. No podía darle la satisfacción de verla abatida.

—Vamos Gema, que tú eres fuerte —se dijo a sí misma en el espejo.

Se retocó el pintalabios y salió del baño.

Nada más salir, Thiago la estaba esperando con cara de pocos amigos. Su mirada azul era sombría y cargada de rabia.

—No tenías derecho a pagar nada —Fue lo primero que salió de sus labios.

La llevó hasta un rincón apartado, donde nadie podía verlos.

—¿Es qué hay alguna ley que impida que una mujer pueda invitar a su ex y a la nueva novia de este? —ironizó Gema. Los celos eran más que visibles con cada palabra.

—No, pero no tenías por qué hacerlo. —Thiago ni siquiera se esforzó en explicarle que Elena no era su novia.

Ella iba a irse, pero él se lo impidió.

—Te ha faltado tiempo para lanzarte a los brazos del primer pijo trajeado con dinero que se te ha cruzado en el camino. Eso solo demuestra lo que ya dije —su voz era una mezcla entre celos y furia.

—¿Tú me reclamas a mí? —Gema estaba muy enfadada—. La mujer que está contigo ¿Deja que lo pagues todo? ¿Está dispuesta a que la mantengas? ¿Va a ser tu ama de casa y criar a tus hijos? ¿Sólo para que tú puedas seguir luciendo tu virilidad de machito?

Ninguno de los dos supo que pasó a continuación, pero Thiago, sin poder aguantarlo más, la acorraló en la pared y comenzó a besarla con mucha fiereza. Una fiereza que Gema aceptó gustosa, aferrándose a su camisa con fuerza.

Thiago introdujo la lengua en su boca, levantándole una pierna para que ella sintiese la erección que apretaba sus pantalones. Ella le rodeó la cintura con los brazos para poder acercarlo más a su cuerpo y sentir su calor. Thiago comenzó a descender hasta su cuello en el que dejó unos mordiscos y unos cuantos besos.

Una bandeja cayó al suelo en algún lugar del restaurante, lo que los hizo sobresaltarse y percatarse de donde estaban. Él se apartó de ella y esta se bajó el vestido que se le había subido con las caricias de Thiago.

Él intentó serenarse. Casi le hace el amor en el restaurante sin importarle absolutamente nada.

—Elena es solo mi compañera de trabajo. —quiso aclarar—. Le debía una comida por una apuesta y decidimos venir aquí. No hay nada entre nosotros.

—Ricardo es un cliente de la empresa. —continuó ella—. Siempre que hacemos renovación de contratos, lo celebramos con una comida o una cena. A veces es Michael el que queda con él y

otras veces me toca a mí. No hay nada más entre nosotros que un acuerdo de negocios.

Thiago suspiró aliviado.

—Pues, te doy cinco minutos para que te despidas del pijo trajeado. —Thiago no lo veía de otra forma —. Yo haré lo mismo con Elena, nos vemos en la puerta del restaurante. Tenemos mucho de lo que hablar, si en cinco minutos no estás en la puerta, entraré y te aseguro que te llevaré en brazos hasta mi casa sin importarme lo que piense la gente.

—No serás capaz. —afirmó ella.

—Tú, ponme a prueba —dijo el muy serio.

Dicho eso se apartó de ella para ir a despedirse de su amiga.



Capítulo 22

Nada más llegar a su apartamento, Thiago no pudo contenerse más.

La besó con mucha ansiedad, caminando con ella hacia el dormitorio. Despojándola de las prendas de ropa que ella llevaba, mientras Gema iba haciendo lo mismo con él. Pararon unos instantes al ella notar el borde de la cama en sus piernas.

Ella se quitó el sujetador y las bragas al mismo tiempo que él cogía un condón de la mesilla de noche. No querían, no podían esperar mucho más. Era un profundo anhelo lo que sentían el uno por el otro, una ansiedad que no podían controlar.

Justo cuando ella iba a tumbarse en la cama, él posó cada una de sus manos en sus caderas, dándole la vuelta y haciendo que ella se inclinase hasta ponerla a cuatro patas en el colchón.

—Te voy a follar como nadie te ha follado —gruñó Thiago poniéndose el condón lo más rápido posible.

—Me han follado mejor —gimió ella, no queriendo claudicar.

—Eso lo vamos a ver ahora —se inclinó para susurrarle esas palabras al oído metiendo en el trayecto dos dedos en el interior de ella. Empezó a moverlos sin ningún tipo de delicadeza, notando como su vagina se humedecía e hinchaba cada vez más. Sacó los dedos y se inclinó para pasar la lengua por los pliegues hinchados. Bajó hasta el clítoris en el que se recreó unos instantes para, después, introducir la lengua en su interior.

Gema no podía evitar que se le escapasen unos jadeos acompañados de leves gritos de placer. Se aferró a las sábanas deseando que él no parase y, a la vez, queriendo llegar a la culminación del placer.

Thiago paró justo cuando ella estaba a punto de alcanzar el orgasmo, haciéndola sentir con una sensación de insatisfacción, pero eso solo era el principio.

Él se levantó para introducir el duro pene en la suavidad de Gema, lo hizo de un único empujón, moviéndose con rapidez clavando los dedos en cada cadera de ella.

—Debería parar y dejarte así, deseosa en insatisfecha. —gimió él sin parar de moverse.

—Ni se te ocurra parar. —jadeó ella con exigencia—. Estoy a punto.

Thiago lo sabía, sabía que estaba a punto de alcanzar el máximo placer, pero una vez más, no le dio esa satisfacción.

Salió de ella, volviéndola a dejar con ganas de más.

Ella, desconcertada, se dio la vuelta. Movimiento que el aprovechó para cogerla de la mano, levantarla y poner su espalda contra la pared. Instándola a que le rodease la cintura con sus piernas. En cuanto ella lo hizo, él la volvió a penetrar sin miramientos con una agresividad que a ella la estaba volviendo loca de deseo. Empezó a besarlo, enredando sus lenguas con cada embestida que él le daba. Ella separó la boca para gritar su nombre. Sus cuerpos perlados de sudor se unían en un poderoso abrazo.

—Te vas a correr ¿verdad? —afirmó Thiago al ver como el cuerpo de Gema comenzaba a tensarse.

—No —gimió Gema con los ojos cerrados sin querer que él parase.

—Sé que sí, empiezo a conocer tu cuerpo y sé que te falta muy poco. —Thiago mordió el lóbulo de su oreja y, tras decir aquellas palabras, volvió a salirse de su interior. Gema se sentía temblorosa y vacía. Como si el pudiera hacerle tocar las estrellas, pero, de repente, la tirase por un precipicio de insatisfacción.

Esta vez la tumbó en la mullida alfombra, montándose encima de ella. Le tomó los brazos por encima de la cabeza con una mano, mientras con la otra le abría las piernas para entrar una vez más en su interior.

—Thiago, por favor, deja que ocurra, deja que me corra —ocurrió exactamente lo que él esperaba. La súplica, hacer que se rindiese ante él.

Con una sonrisa de satisfacción, agachó la cabeza para lamer uno de los pezones endurecidos de Gema. Empezó de nuevo a moverse cada vez con mayor rapidez. Ella volvió a sentir las oleadas de placer recorrer su cuerpo.

—Esta vez sí, cariño. Esta vez voy a dejar que lo alcances —jadeó Thiago.

Con unas pocas embestidas más, Gema se dejó llevar por el placer convulsionando su cuerpo con el orgasmo más intenso que había tenido en toda su vida. Justo cuando ella acabó de alcanzarlo, él aceleró el ritmo dejándose arrastrar por su propio placer. Desplomándose sobre el cuerpo de ella.

Tras unos instantes, cuando se hubo recuperado, se levantó para no aplastarla. La tomó en brazos y la tumbó en la cama.

Gema, exhausta, se dejó hacer, mientras él la tapaba con las sábanas y le daba un tierno beso en la frente y en los labios justo antes de ir al baño para quitarse el preservativo y limpiarse un poco.

Cuando volvió, vio a Gema mirando al techo pensativa. Él se tumbó a su lado y la abrazó con mucho cariño. Ella posó su cara en el pecho de él mientras él le daba suaves caricias en la espalda. Provocando que se relajase aún más en sus brazos.

—¿Cómo has…? —se atrevió a preguntar ella.

—¿Cómo he qué? —respondió Thiago sabiendo lo que ella quería decir.

—¿Cómo has hecho eso? Es decir, el orgasmo ha sido… muy bueno —no se atrevía a decir alucinante porque no quería hinchar más su orgullo.

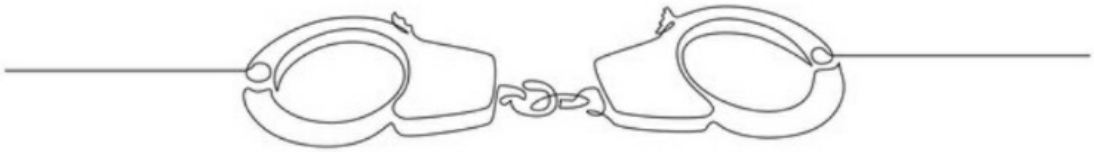
—Es por la prohibición del placer. —Sonrió en su pelo—. Al prohibirte lo que quieres, tu cuerpo lo anhela más y cuando por fin lo consigues, todo es más intenso. ¿Creía que te habían follado mejor?

—Bueno, nunca me habían hecho eso. —Se ruborizó al decirlo.

—Y cuando volvamos a acostarnos tampoco te lo voy a hacer, al menos, no en una temporada. Lo bueno de eso es no saber cuándo va a pasar, así es mucho más divertido.

Gema sintió como de repente le echaban un jarro de agua fría, no por lo de la prohibición de placer, si no por lo de cuando volvamos a acostarnos…

Gema no sabía que era lo que iba a pasar con ellos, si él seguía teniendo aquellos pensamientos por su dinero y su empresa, sabía que esa relación no iba a funcionar, eso le dolía mucho y prefería no pensarlo. Se acurrucó más en el cuerpo de él para quedarse dormida. Estaba exhausta y no quería separarse de él todavía. Cuando despertase, lo vería todo con más claridad.



Bien entrado el anochecer, Thiago se despertó justo para ver como Gema terminaba de vestirse.

—¿Dónde vas? —quiso saber él.

—A mi casa, Thiago —respondió ella sin querer mirarlo.

—Pensé que te quedarías un poco más, iba a sugerirte ir a cenar.

—Lo mejor será que lo dejemos aquí.

—¿A qué te refieres? Creí que lo habíamos arreglado. —Thiago sintió un nudo en la garganta.

—Thiago, esto que tenemos no va a funcionar mientras tu sigas sintiendo miedo por mi dinero.

—No me da miedo tu dinero. Lo que me da miedo es no estar a tu altura, no poder darte todo lo que quieres y necesitas. Y que, por ello, acabes dejándome.

—Thiago, a esto me refiero. Todo lo que quiero y necesito, en lo que a parte económica se refiere, ya me lo doy yo solita. Lo que necesito de ti es un hombre que me quiera por como soy yo y no por lo que tengo en mi cuenta bancaria.

—Yo no te quiero por lo que tienes yo… —un te quiero a ti iba a salir de sus labios, pero no pudo evitar contenerse.

—Tú lo temes que no sé qué es peor. Por mucho que lo niegues, pero ya no estamos en los años treinta, el hombre no tiene que mantener a la mujer, mientras ella se queda en casa a esperarlo. Lo único que pido es un hombre que me ame, que sienta por mí lo que yo siento por él. Y con el que llevar una vida feliz y tranquila. Y algo me dice que, con esa mentalidad que tienes, no vas a

ser ese hombre. Estuvo genial lo de antes Thiago, pero, por el bien de los dos, será mejor que no nos volvamos a ver.

Los ojos de Gema comenzaron a empañarse de lágrimas. Se dio la vuelta para que él no la viese así. Él se quedó de pie en el dormitorio, sin poder moverse, las palabras de ella lo habían dejado totalmente paralizado.

No quería perderla, pero tampoco quería que, pasado un tiempo, cuando él estuviese aún más enamorado, ella se aburriese de él y lo dejase por no poder estar a su altura.



Capítulo 23

Los tres hermanos, a petición de Thiago, se reunieron para desayunar al día siguiente.

Acordaron quedar en un bar en el centro. El primero en llegar fue Thiago, seguido de Óscar y, finalmente, Héctor.

Pidieron unos cafés y unas tostadas y comenzaron a charlar de cosas sin importancia hasta que Thiago se atrevió a sacar el tema por el cual los había reunido.

—Óscar, —se dirigió a su hermano mediano—¿Cuándo empezaste a salir con Eli, dejabas que ella, no sé, dejabas que te invitase a todo?

Óscar frunció el ceño, extrañado por aquella pregunta.

—Bueno, como sabes, Eli y yo fuimos amigos antes que novios, pero a veces pagaba ella, y otras veces era yo el que lo hacía. Y, si la cuenta era muy grande, solíamos pagar a medias. —Óscar no le daba mucha importancia a aquello—. Cuando nos fuimos a vivir juntos, hicimos una cuenta conjunta, así que, ahora da igual quien de los dos saque la tarjeta, todo sale del mismo sitio.

—¿Y tú, Héctor? ¿Cuándo te quieres ligar a alguna chica, sueles invitarla a algo?

—A alguna copa sí que las he invitado, pero normalmente vamos a comer en grupo y pagamos entre todos. —Héctor se encogió de hombros.

—No sé, el abuelo siempre nos decía que para conquistar a una mujer, teníamos que ser unos caballeros e invitar a la dama en cuestión. Siempre le di mucho valor a sus consejos.

—¿Te estás refiriendo al padre de nuestro padre? —preguntó Óscar— ¿El mismo que decía que las mujeres no tenían que trabajar, que debían dedicarse a cuidar de sus maridos?

—A ver, que eso me parecía mal. —quiso aclarar Thiago—. No me refiero a eso, es solo que… temo que Gema me vea poca cosa para ella. La amo, y no podría soportar que me dejase por un tío con más dinero y más influencias que yo.

—Thiago, no entiendo por qué te crees tan poca cosa. Eres un tío de puta madre, al que le

encanta cumplir las normas, tienes un trabajo que te gusta, un sueldo decente que te da para vivir bien. No tienes que demostrarle nada a nadie. Eres infinitamente superior que cualquier pijo con dinero e influencias, como dices. Gema ha sabido verlo ¿Y qué, si tú novia gana más que tú? Lo realmente importante es que os queráis y que llevéis un proyecto de vida juntos ¿Qué más da quien paga qué? Lo que es seguro es que Gema te quiere para toda la vida.

Las palabras de Óscar hicieron mella en él. Tenía toda la razón, había sido un tonto inseguro y había dejado escapar a la mujer más maravillosa del mundo.

Héctor asintió dándole la razón a su hermano Óscar.

Thiago se dio lo que quedaba de domingo para pensarlo todo muy a fondo. Al día siguiente, pensaba ir a buscar a la mujer de sus sueños.



Capítulo 24

Thiago apareció, la mañana del lunes, en la sede de G.Motors con el uniforme de policía. No tenía que ir a trabajar hasta después de comer, pero sabía que, uniformado, nadie le pondría ninguna pega para entrar allí.

Subió por el ascensor y llegó hasta la planta donde se encontraba la oficina de Gema.

La puerta estaba abierta, pero ella no se encontraba allí. Todo estaba en su lugar bien colocado, como si ni tan siquiera hubiese aparecido por allí en toda la mañana.

Justo cuando se dio la vuelta, se topó de frente con Michael.

—¿Se le ha perdido algo, agente? —rugió Michael, enfadado con él.

—Estoy buscando a Gema —respondió Thiago serio, con voz firme.

—Sígueme. —Michael lo guio hasta su despacho y cerró la puerta—. Gema se ha tomado unos días libres.

Thiago asintió y fue a despedirse para salir de allí.

—Thiago, —Michael lo paró en seco—, Gema ha sufrido mucho a lo largo de su vida y no voy a permitir que, ni tú ni nadie, la hagan sufrir más.

—Yo no pretendo eso yo solo venía a decirle…

—¿Sabes cómo fue su vida antes de llegar a dónde está? —lo interrumpió Michael.

—Sé que, ella y sus hermanos no tenían mucho y que estaban los tres solos.

—Hay mucho más detrás de eso. No debería se yo quién te lo dijese, pero es para que entiendas por todo lo que ha pasado. —comenzó Michael invitándolo a sentarse en una de las sillas, mientras él se sentaba en la suya tras la mesa—. Gema no tuvo infancia, ha tenido que ser la que siempre cuidaba de sus hermanos, su madre enfermó de cáncer cuando ella tenía diez años y su padre se entregó a la bebida. Tenía que esconder el poco dinero que tenían para poder comer y

que su padre no se lo gastase en alcohol. Cuando empezó a trabajar de camarera con dieciséis años, por necesidad, pedía que le pagasen en efectivo para que su progenitor no se enterase. Su madre falleció nada más Gema cumplir los dieciocho años. Se armó de valor, tomó a sus hermanos de la mano, salió de aquella casa y se metió en el barrio más peligroso de la ciudad porque era lo que podía pagar. —Thiago se quedó impresionado con la valentía de Gema, ella había sido una auténtica heroína para sus hermanos. No le cabía ninguna duda de que había dejado escapar a una mujer sumamente perfecta—. Cuando montamos el taller. —continuó Michael—. Todo lo que ganaba era para la educación y el mantenimiento de sus hermanos. No sé gastaba ni un solo euro en ella misma. Ya de por sí, en la universidad, iba vestida con ropa vieja de sus hermanos, la que se le iban quedando pequeña. Pero incluso, cuando el primer taller empezó a ir bien, no sé atrevía a comprarse nada para ella. Fue un día, unos dos años después, que se compró unos zapatos de tacón. Los primeros que se había comprado nunca, de hecho, aún los conserva. A partir de ese instante, empezó a mirar más por ella misma. Incluso, todavía, le gusta ser previsora, por lo que pueda suceder. Nadie le ha dado nada, Thiago. Y yo, como su mejor amigo, quiero protegerla de todo aquel que quiera o pretenda hacerle daño. Así que voy a ser claro; si has venido a jugar con ella te sugiero que salgas por esa puerta y no regreses. Porque la próxima vez que te vea no voy a ser tan benevolente.

Thiago se levantó del asiento. No sabía hasta que punto había sufrido Gema, pero tenía claro que con él no iba a volver a sufrir más.

—No es de tu incumbencia lo que he venido a hablar con Gema, pero quiero que sepas que no he venido a hacerle daño ni mucho menos. Estoy aquí porque la quiero y quiero hacerla extremadamente feliz. Y créeme, que me emplearé a fondo lo que me resta de vida para lograrlo.

—Eso es lo que quería oír y más te vale que así sea. —advirtió Michael—. No me importa sacar los puños si es necesario por mi familia. Y Gema es una hermana para mí.

Nada más salir de la sede, cuando iba hacia su coche para ir a buscar a Gema a su apartamento, recibió una llamada de su superior pidiéndole que se personase en la comisaría de inmediato.

Tendría que dejar la charla con Gema para más tarde.



Capítulo 25

Cuando llegó a la comisaría, su jefe lo invitó a pasar a su despacho. Allí se encontraba el agente Torres, de operaciones especiales de la policía Nacional.

Tras los saludos pertinentes, el comisario y el agente comenzaron a explicar el motivo por el cual lo habían llamado.

—Vamos a hacer un operativo está misma tarde. —empezó a decir él agente Torres—. Hemos descubierto donde opera el cartel de Don Juárez, uno de los narcotraficantes más buscados de este país y nos proponemos desmantelarlo a la mayor brevedad. Esto significaría desarticular una de las mayores redes de drogas del país.

—¿Y cuál es mi papel en todo esto? —preguntó Thiago con curiosidad, dado que él era un oficial de la policía local.

—Necesitamos refuerzos. —comunicó el agente Torres—. Le he pedido al comisario Gómez que me propusiera a sus mejores agentes y tú nombre ha salido entre ellos.

El comisario le sonrió. Thiago sintió en aquel momento mucho orgullo hacia sí mismo.

—Será todo un honor servirles —dijo tras unos instantes atónito por la sorpresa.

Thiago vio por fin su oportunidad de hacer algo heroico e importante en su vida, y desde luego, no la iba a desaprovechar.

Después de que él y sus compañeros asignados fuesen al cuartel para saber todos los detalles de la operación, se le facilitó el equipamiento y el armamento adecuado.

Se puso el mono ignífugo *multicam black,* el chaleco y casco antibalas y se le dio un subfusil mp5 con linterna acoplada.

Nada más llegar a una nave que parecía abandonada, el oficial al mando comenzó a dar indicaciones silenciosas de por donde tenían que ir para rodear todo el recinto.

Uno de los agentes utilizó un ariete modelo Z13, con el que golpeó la puerta en repetidas

ocasiones hasta conseguir que esta se viniese abajo.

Los gritos «*alto, policía*» se escucharon por todas partes, deteniendo a toda persona viviente que allí se encontraba. Aquello parecía toda una fábrica de cocaína, entre otras sustancias, también encontraron armas y un montón de dinero.

Thiago detectó un movimiento. Uno de los hombres que allí se encontraban, intentaba escapar. Decidió seguirlo a toda prisa para evitar que huyese.

El hombre, bastante delgado y más bien bajito, se vio acorralado entre la pared y Thiago.

—¡Alto, policía! —gritó Thiago—. Dese la vuelta con las manos arriba.

Al darse la vuelta, Thiago vio que no se trataba de un hombre, si no de un adolescente que no tendría más de dieciséis años. Eso lo desconcertó y provocó que bajase la guardia unos instantes, tiempo que aprovechó el chico para sacar una pistola de detrás de su espalda.

El chaval le apuntaba con la mano temblorosa.

—Tira el arma o me veré obligado a dispararte —advirtió Thiago que no se sentía muy seguro de hacerlo. Sólo podía pensar que era un niño asustado.

De pronto, vio el reflejo de algo tras de sí, no le dio tiempo a reaccionar cuando un hombre, tres veces más corpulento que él, lo agarró por detrás, tapándole la boca con una mano, mientras sostenía un puñal con la otra. Sintió el frío acero atravesándole la piel muy cerca del cuello y un dolor insoportable que provocó que cayera al suelo. Oyó unos disparos y el hombre corpulento cayó al lado de él con los ojos abiertos e inertes. Lo último que escuchó fue a alguien gritar agente herido. Después, perdió el conocimiento.



Capítulo 26

Una de las cosas más duras que te puede ocurrir es ver cómo traen a tu hermano al hospital donde trabajas, gravemente herido, con una hoja de acero atravesándole en cuello.

Eso pensaron Óscar y Héctor en el mismo instante en el que la ambulancia llegó muy deprisa y dijeron el nombre de su hermano. Héctor corrió a la camilla donde este se encontraba y comenzó a pedir pruebas lo más rápido posible.

Tras una resonancia y varias radiografías, llegó a la conclusión de que el puñal no se podía sacar sin más. Requería de una operación bastante urgente.

Lo preparó todo y, en menos de una hora, Thiago estaba intubado y sedado en la mesa de operaciones.

Héctor sería el encargado de intervenir.

Cuando estaba a punto de empezar, la puerta se abrió y entró a toda prisa Óscar con el mismo uniforme de cirujano que Héctor.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Héctor.

—¿No pensarías que iba a quedarme fuera sin saber nada? Yo me quedo aquí contigo —aseguró Óscar, más que dispuesto a ver cómo su hermano empezaba.

Héctor puso los ojos en blanco antes de hacer una incisión a la altura de la clavícula.

Cómo había visto en las radiografías, la hoja de acero había atravesado por completo el músculo y había partido la clavícula como si de una ramita se tratase. Por suerte, no había tocado ninguna arteria importante.

—El tipo debía ser muy fuerte para haber fracturado el hueso así —comentó Óscar.

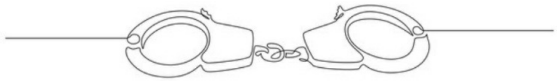
—Sí, y bastante, además. —respondió Héctor—. Voy a tener que ponerle una placa de titanio. Cuando despierte, a Thiago no le va a hacer ninguna gracia saber que va a tener que estar una

larga temporada de baja. Además de, mínimo, una semana en el hospital.

A Óscar se le vio sonreír a través de la mascarilla. Intentaban bromear para quitarle hierro al hecho de estar con su hermano inconsciente.

Consiguió sacarle el puñal y empezó a intervenir el hueso roto, además de coser varios tejidos.

Tras varias horas, una vez hubo terminado de vendarlo, Héctor dio la operación por concluida, ahora solo quedaba esperar.



El martes por la mañana, Gema no tenía muchas ganas de levantarse. Eran poco más de las diez de la mañana y ella solo pensaba en no moverse de allí en todo el día, ni siquiera tenía ganas de comer.

El sonido de su móvil en la mesita de noche le avisó de un mensaje.

Michael le había mandado un vídeo de una noticia seguido de un mensaje que decía: «*tienes que ver esto*». Gema se extrañó de que su amigo le enviase una desarticulación de una red de narcotraficantes, hasta que oyó las palabras: «*agente herido de gravedad y Thiago Sánchez*». Una fotografía de él, de la comisaría, acabó de confirmar de quién se trataba. Gema no podía sentirse más asustada. Thiago estaba grave en el hospital. Se levantó de la cama a toda prisa, se puso unos vaqueros, un jersey, una chaqueta y unas deportivas. Se peinó dejándose el pelo suelto. Corrió a por su coche mientras se repetía a sí misma, una y otra vez, las palabras: seguro que está bien.



Capítulo 27

Gema no había corrido más en toda su vida. Llegó al hospital acalorada, a pesar del frío que hacía fuera.

Tomó aliento antes de preguntar por él en recepción.

—Lo siento, —dijo la chica de recepción—, pero si no es familiar, no puedo dejarle pasar.

—Soy una amiga, necesito verle —suplicó Gema.

—Tengo una orden muy estricta. Ya han intentado colarse varios periodistas y, sin autorización de los familiares, no puedo dejar pasar a nadie.

A Gema se le ocurrió una alternativa.

—¿Y el doctor, Óscar Sánchez? ¿Puedo hablar con él?

—El doctor está ocupado ahora mismo —insistió la chica.

—Por favor, llámale. —volvió a suplicar—. Él me conoce y sé que me dejará pasar.

La chica vio tal desesperación en su mirada, que sintió pena por ella y decidió llamar al doctor Sánchez.

Unos minutos después, que a Gema le parecieron horas, Óscar atravesó las puertas del ascensor y se acercó a recepción.

—Óscar, ¿cómo está? Necesito verle —pidió Gema en un ruego.

Una leve sonrisa salió de los labios de este, junto con un asentimiento de cabeza.

—Tranquila, Vanesa. —se dirigió a la chica de recepción—. Gema es la novia de mi hermano.

Gema respiró hondo y asintió. Siguió a Óscar hasta el ascensor, los dos estaban en silencio. Gema quería hacerle mil preguntas, pero lo que más deseaba era ver a Thiago. Óscar le fue explicando lo que había pasado y como había sido la intervención.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la tercera planta, Óscar la guio hasta una de las habitaciones. En la puerta de esta, una pareja de mediana edad, que más tarde supo que se trataban de los padres de Thiago, se callaron al verla junto a Óscar. Gema los saludó con timidez y Óscar les propuso a sus padres ir a tomar un café para que Thiago y ella tuviesen un poquito de intimidad.

Respiró hondo antes de entrar en la habitación. Thiago estaba tumbado con la cama inclinada. Gema se quedó sin respiración al verlo allí, acostado, con los ojos cerrados y una máquina que no paraba de pitar, tomándole ininterrumpidamente las constantes vitales. Llevaba el pecho cubierto por una venda que le atravesaba el hombro izquierdo y el brazo lo tenía en cabestrillo.

Gema se tapó la boca con las manos y no pudo evitar que se le empañasen los ojos de lágrimas.

Thiago pareció escucharla porque abrió los ojos y sonrió al verla.

—¡Ey! —exclamó con una leve sonrisa en los labios.

Ella se acercó con rapidez, soltó el bolso en un sillón y lo abrazó con fuerza, pero con cuidado de no rozar la herida. De paso, le dejó un reguero de lágrimas en el torso.

No quería soltarlo, él le dio un beso en la sien con mucha ternura y la rodeó con el brazo que tenía sano susurrándole palabras tranquilizadoras.

—Creía que te había perdido —susurró ella en su pecho.

—Hará falta algo más que un simple cuchillito para irme de este mundo —bromeó Thiago.

—Tu hermano me ha dicho que era un puñal bastante grande. —Gema levantó la cabeza para mirarlo.

—Mi hermano exagera —Thiago quería quitarle importancia para que ella se calmase.

Se miraron fijamente y unieron sus labios en un beso cargado de mucho amor. Thiago le rozó la mejilla con el pulgar para eliminar esos restos de lágrimas y, con ello, poder arrastrar también la pena que ella estaba sintiendo. Esa tristeza le estaba doliendo tres veces más que la puñalada que había recibido.

—Estoy bien. —la tranquilizó una vez pararon el beso—. En unos días estaré como nuevo, ya verás.

Ella lo volvió a abrazar, está vez más relajada y él la instó a que se tumbase a su lado, inclinando la cama un poco más para quedar sentados.

—Gema, ayer, antes de este incidente, fui a buscarte…

—No hablemos de eso ahora. —lo interrumpió ella rozando su mejilla con cariño—. Lo importante es que te recuperes, ya hablaremos con más calma.

—Más calma que ahora, no creo que tengamos. —bromeó él —. Puedo hablar sin problemas, me han apuñalado en el hombro, no en el cerebro. Aunque un poco imbécil sí que he sido por alejarme de ti.

Gema se acurrucó en su pecho mientras él hablaba. Ese era, definitivamente, su lugar favorito en el mundo.

—Quiero disculparme contigo, creo que, no solo fue el hecho de que tuvieses dinero o no,

también fue el darme cuenta de que, por primera vez, me estaba enamorando como un idiota de una mujer preciosa y maravillosa. Y temía perderte, temía que un día te cansaras de mí y no quisieras volver a verme. Eso me destrozaría por dentro.

—Pero ¿No te das cuenta de que yo siento exactamente lo mismo por ti? Por no querer sufrir tú, a mí me partiste en dos. Thiago, te quiero con locura. Me gustaste desde el primer momento en que te vi, poniéndome esa multa que, sigo diciendo, fue muy injusta.

Eso lo hizo reír.

—Tú también me gustaste desde ese día. Entonces… ¿ Perdonarás a este imbécil que te quiere con locura? ¿Con sus virtudes y sus defectos?

—Pues claro que sí. —sonrió Gema—. Te quiero demasiado para no perdonarte.

—Te prometo, —aseguró Thiago con rotundidad—, que a partir de este instante, en lo que a mí respecta, no volverás a sufrir. Voy a dedicar cada segundo de mi vida a hacerte sumamente feliz y ya no me voy a separar de ti.

A Gema se le iluminó el rostro al oír esas palabras. Alzó la cabeza asintió y unió sus labios con los de él.

—Bueno, hermanito, vengo a decirte… —Héctor se interrumpió al ver la escena que se presentaba ante sus ojos —. Perdón, no sabía que estabas acompañado, vendré luego.

Iba vestido con un uniforme azul, una bata blanca y llevaba una carpeta en la mano.

Gema hizo amago de levantarse de la cama, pero Thiago se lo impidió rodeándola con su brazo.

—No hace falta que te vayas. —Thiago se dirigió a su hermano —. Ya que nos has interrumpido, di lo que tengas que decir.

—Pues, venía a decir, —dijo Héctor con retintín —. Qué estás evolucionando favorablemente. La clavícula, gracias a que te ha operado el mejor cirujano del mundo, —se echó flores a sí mismo—, parece que va a soldar bien. En una semana te daré el alta si todo sigue así.

—¿Una semana? ¡Vamos, no jodas!, si en un par de días estaré como nuevo.

—No te quejes que puedo hacer que estés aquí indefinidamente. —advirtió Héctor a modo de broma—. Una vez dado de alta, vas a tener que estar al menos tres meses de baja laboral.

Héctor intentaba parecer serio, pero no podía evitar tener un rostro de diversión al ver las reacciones de su hermano.

—¿Tres meses sin ir a trabajar? ¡Tú quieres matarme de aburrimiento!

—He dicho al menos. —quiso puntualizar Héctor—. Todo depende de cómo vaya evolucionando la fractura. Y también dependerá de la rehabilitación.

—Tranquilo, —susurró Gema en su oído—, que yo estaré contigo para tenerte entretenido.

Thiago la miró con esa profundidad de ojos azules. Esa mirada provocaba que a Gema se le calentara el alma.

—¿Y cuándo empezaría la rehabilitación? —quiso saber Thiago, volviendo la mirada hacia su hermano.

—Si todo va bien, en un mes y medio más o menos. Venga hermano, que tres meses pasan volando.

Dicho eso, Héctor salió de allí para dejarlos solos. Momento que aprovecharon para hacerse promesas y darse muchos besos.



Capítulo 28

Thiago se sentó en el asiento del copiloto del coche de Gema. Acababan de darle el alta después de una tortuosa, aburrida y larga semana en el hospital.

Gema iba todos los días para estar con él. Incluso se cogió esa semana libre del trabajo para poder estar a su lado todo lo posible.

Gema se sentó a su lado en el asiento del conductor y le ayudó a ponerse el cinturón de seguridad, ya que él llevaba el brazo inmovilizado.

Puso el coche en marcha y condujo para llevarlo hasta su casa. Cuando llevaba un rato conduciendo, a Thiago le extrañó el rumbo que ella estaba tomando.

—¿A dónde vamos? —quiso saber él.

—A casa —afirmó Gema sin más.

—Pues te has desviado un poco, porque mi piso está justo en el sentido contrario. —explicó Thiago—. De hecho, por aquí se va a la casa de Óscar ¿Habéis preparado una fiesta sorpresa o algo así?

—Tú solo calla y espera —dijo Gema tajante.

Thiago hizo el gesto de cremallera en la boca justo antes de sonreír.

Cuando llegaron a la casa de su hermano Óscar, Eli y él con el pequeño Óscar en brazos, estaban justo en la puerta de al lado, con un cartel gigante en el que podía leerse las palabras:

Bienvenido a tu nuevo hogar.

Thiago miró a Gema sin entender.

—Exacto —dijo ella como toda respuesta.

—Pero… —empezó a decir.

—Antes de que digas nada o protestes. —lo interrumpió ella—. Quiero que sepas que esta casa está a nombre de los dos y la vamos a pagar entre los dos. Me debes el cincuenta por ciento de la entrada y trescientos euros al mes hasta que pagues la mitad de lo que ha costado.

—¿Cómo es que está a mi nombre? Y ¿Cómo has conseguido las escrituras tan rápido?

—Pues, con los papeles que Héctor te dio en el hospital, firmaste sin darte cuenta, un permiso para que él pudiera ir a firmar a la notaría por ti. Y en respuesta a tu segunda pregunta, con dinero todo se puede conseguir.

—Te han dado la hipoteca a una velocidad impresionante.

—No he pedido ninguna hipoteca. —respondió Gema dejando a Thiago por completo anonadado —. Tenía el dinero en efectivo. Habría sido absurdo pedir un préstamo. El dinero me lo debes a mí y tranquilo, que aceptaré que me lo pagues religiosamente.

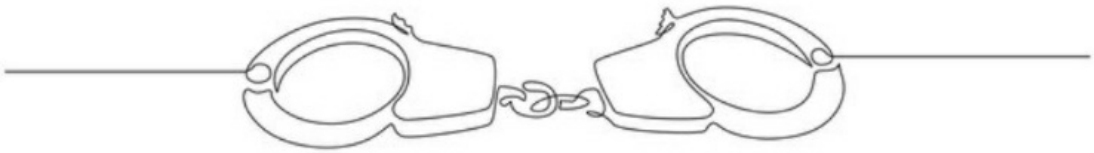
Thiago la miró embargado por una gran felicidad. Se quitó el cinturón y se acercó a ella con cuidado para darle un beso apasionado.

—Eres la mejor ¿Lo sabías? —sonrió él tras el beso.

—¿Acaso lo dudabas? —bromeó ella—. Y ahora vamos a salir del coche, que el pequeño Óscar está deseando darte las llaves de la casa.

Thiago miró a su sobrino, en brazos de su hermano, que agitaba unas llaves con mucha efusividad. Las llaves de su hogar, pensó con ilusión.

Aunque su hogar era donde estuviese Gema. Eso lo tenía ahora totalmente claro.



Tras bajar del coche y abrazar a su hermano, a Eli y tomar en brazos a su sobrino con el brazo sano, que estaba deseando que su tío lo cogiese, Eli y Óscar decidieron llevarse al niño y dejar a la pareja solos para que disfrutasen de su nuevo hogar tranquilos.

—Como ves, la casa está casi vacía. —explicó Gema de la mano de Thiago guiándolo por las distintas estancias—. Me encantará que la amueblemos juntos.

—Ya nos veo a los dos eligiendo muebles en las tiendas —sonrió Thiago tomándola de la cintura para acercarla a él.

—Tiene varias habitaciones. —continuó ella—. La más grande será nuestro dormitorio, podremos poner un despacho para cada uno, y la que queda podemos dejarla vacía… para lo que pueda surgir.

Thiago sonrió y comenzó a besarle el cuello con mucho deseo.

—Me parece una idea estupenda —ronroneó él entre besos.

Gema cada vez se sentía más excitada.

Lo guio hasta el salón donde estaba el sofá de su apartamento que Gema había hecho traer.

Le puso una mano en el pecho y lo instó a que se sentase, no sin antes, desabrocharle los pantalones y bajarle los calzoncillos.

Una vez sentado, Gema se quitó las bragas lanzándolas hacia atrás, se subió el vestido y se puso a horcajadas encima de él. Se besaron con mucho anhelo, ella ponía el máximo cuidado de no darle en la herida. Él, con el brazo sano, la acercó más a su cuerpo rozando la abertura de la vagina de ella con su pene. Ella, sin poder aguantarlo más, se colocó el miembro de él entre los muslos y comenzó a descender haciendo que este entrase en el interior de ella lentamente, sintiendo la invasión con sumo placer.

Se miraron fijamente mientras ella comenzaba a moverse despacio. Sintiendo cada embestida que él daba. Él le besó el cuello pasando la lengua por el escote haciéndola gemir y desear que no parase.

Aceleró el ritmo cada vez más hasta que empezó a sentir como el orgasmo comenzaba en oleadas de placer. Él, al sentirlo, la instó a que acelerase el ritmo y en unas pocas embestidas se corrió en el interior de ella.

Gema escondió el rostro en el cuello de él, saciada. Él depositó un beso en su hombro.

Cuando se hubo recuperado, alzó la cabeza y sonrió a Thiago.

Sin levantarse de las piernas de él, estiró el brazo hasta coger un objeto metálico de detrás de uno de los cojines.

—Estas esposas. —Le mostró ella a Thiago—. Las he comprado yo. Las podemos utilizar sin problema, ya que no tienen nada que ver con la comisaría. También me gustaría decir, que el cabecero de nuestra cama tiene barrotes. Así que ¿Va a atreverse a esposarme, señor agente?

La voz de Gema sonaba muy sensual.

—Pienso tenerte esposada toda la noche —gimió él, deseoso de que ese momento llegase.

—¿Estás seguro? Con el brazo…

—Tú ponme a prueba —rugió Thiago.

Llegada la noche, Thiago cumplió su promesa y Gema lo disfrutó más que en toda su vida.



Epílogo.

Unos meses más tarde.

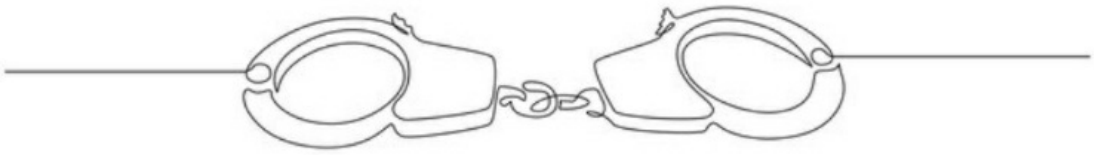
Gema y Thiago estaban celebrando, en el salón de su casa, junto a sus familiares y amigos, el que él hubiese conseguido una medalla de honor por su trabajo en la redada policial. Ya totalmente recuperado, abrazaba a su novia por la cintura mientras ella servía unas copas de vino.

Él llevaba el uniforme oficial de los eventos, que si bien era muy elegante, también era un poco incómodo.

—Si te soy sincero, —le susurró a Gema al oído—. Estoy deseando celebrarlo los dos solos.

—¡Thiago! —lo regañó ella cariñosamente—. Es normal que quieran compartir este momento contigo. Esta noche lo podremos celebrar tranquilamente. —puso una voz sensual—. Me he comprado un modelito muy sexy para esta ocasión y estoy deseando que me lo empapes de champán.

—Joder, ahora sí que tengo ganas de que se vayan — ronroneó él, lo que provocó que a Gema se le escapase una risa.



Estando los dos ya en la cama, saciados y acurrucados como a Gema tanto le gustaba, ella comenzó a rozar, pensativa, la cicatriz del hombro de Thiago para luego darle un tierno beso en esta y acomodarse más en su pecho.

—Todavía no me creo que pasaras por eso —dijo Gema sin querer siquiera recordarlo.

—Tranquila, que no volverá a ocurrir. —aseguró Thiago—. Me limitaré a hacer papeleo y a patrullar las calles. Además, no es algo habitual de la policía local hacer ese trabajo. Eso son

competencias de la policía nacional. Fue solo una excepción porque necesitaban refuerzos.

—Y casi te cuesta la vida —suspiró Gema.

—Lo importante es que estoy aquí contigo, que estamos juntos y que no habrá nada ni nadie que me separe de ti jamás. Eso tenlo por seguro, no te vas a librar de mí. —rio. Metió la mano en un cajón de la mesilla de noche y sacó un pequeño estuche cuadrado de terciopelo negro—. Hablando de eso. Espero que me aceptes.

Gema alzó la cabeza, él abrió el estuche con una mano dejando que Gema viese un anillo de oro blanco con un diamante en el centro. No pudo evitar abrir la boca por la sorpresa.

—¿Quieres… — empezó a decir él.

—Sí. —lo interrumpió ella—. Perdón, acaba la pregunta.

—…casarte…

—Sí —lo volvió a interrumpir.

Thiago alzó una ceja.

Ella se puso una mano en la boca, emocionada.

—…conmigo? —acabó por fin.

—¡Sí, Thiago, sí y mil veces sí! —Se levantó eufórica para ponerse a horcajadas sobre él y besarle todo el rostro acabando en los labios—. Te quiero, Thiago.

— Yo te quiero más —respondió antes de ponerle el anillo en el dedo y tener una deliciosa y muy calurosa noche.

Agradecimientos

Esta es la sexta historia que he publicado. Mi intención fue hacer una historia diferente a las que he leído y espero haberlo conseguido.

Tengo que dar las gracias primero a mi familia. Ellos siempre me apoyaron. En especial mi hermana Yolanda que siempre me dijo que siguiese escribiendo. Gracias a ella este libro existe, porque después tirarme dos años escribiendo y modificando me dijo “O lo publicas ya o no lo publicas nunca.” La verdad es que mi indecisión era bastante grande.

También tengo que dar las gracias a @krifesal, @galyadante, @silviasaje y @galernica por ayudarme siendo mis lectoras beta.

Es curioso cómo sin conocernos encuentras gente tan maravillosa que están dispuestas a echarte una mano sin pedir nada.

También dar las gracias a la policía local de Medina Sidonia porque han sido muy amables contestando a mis preguntas y dudas. Espero no haber sido demasiado pesada.

Y las gracias más grandes se las tengo que dar a la persona que más me apoya, mi pareja y compañero de vida Antonio. Cuando le dije lo que quería hacer él no se lo pensó dos veces. Me dijo que hiciera lo que yo quisiera y lo que me hiciera feliz, que él estaría ahí para apoyarme. Te quiero vida mía, te lo digo una y mil veces. Y no creo que me canse de decírtelo.

Otros libros de esta serie:

-Siempre en mi mente (Belladonna 1)

-Solo Amigos (Belladonna 2)

Otros libros:

-Dulce Miel (Miel 1)

-Atrévete a Quererme (Miel 2)

-Cuando te conocí (Miel 3)

Redes Sociales:

Instagram: @rosmary_flower

Tiktok: rosmaryflower

Facebook: Rosmary Flower